



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

“JUVENTUD Y VIOLENCIA: LA EXPRESIÓN SOCIAL
DESDE LAS PANDILLAS EN CENTROAMÉRICA. UNA
REFLEXIÓN DESDE LA MARA SALVATRUCHA”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN RELACIONES INTERNACIONALES

P R E S E N T A

CLAUDIA ANNEL PORTILLO FERNÁNDEZ

ASESORA LIC. LUZ ELENA ESPINOZA PADIERNA



CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MEX., 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A G R A D E C I M I E N T O S

A la Universidad Nacional Autónoma de México por haberme dado la oportunidad de ser parte de ella. Ha sido todo un honor para mí, formar parte de una de las instituciones de educación más importantes de mi país. Es un extraordinario lugar donde, a quienes nos acoge, nos permite crecer y forjarnos no sólo como profesionistas, sino también como seres humanos con el entrañable compromiso de trabajar para y por nuestro entorno social.

A mis padres por todo el apoyo que siempre me han brindado. Desde que tengo memoria me han alentado a perseguir mis sueños y mis metas y sé, que llegar a este momento no hubiera sido posible sin su apoyo, sus palabras de aliento y sus sacrificios. A mi hermano, por ser mi cómplice y mi apoyo, por haber confiado en que podría llegar hasta aquí y alentarme más de una vez a seguir adelante con lo que me proponga.

A la profesora Luz Elena por haberme dado la oportunidad de trabajar con ella. Su apoyo, la confianza, la paciencia y el haber creído en mí son cosas por las que le estoy infinitamente agradecida. Puedo decir sin temor a equivocarme que trabajar a su lado, no sólo transformó mi paso por la Universidad, también me ha marcado personalmente. Mi inmensa gratitud y admiración hacia usted.

A mis amigos, Jimena Carreón, Eduardo Rivera, Giovanni Granados y Fanny Salas. Iniciamos juntos este trayecto de nuestras vidas y aunque hemos tomado rumbos diferentes, siempre han estado para mí, apoyándome y alentándome a crecer profesional y personalmente.

Finalmente, también le quiero agradecer a las profesas Rosario Ortega, Alma Rosa Amador, Irene Zea y al profesor Alfonso Sánchez por sus valiosos comentarios a la hora de revisar esta investigación.

Índice

INTRODUCCIÓN	I
Capítulo 1	
Juventud y violencia. Aproximaciones a una difícil convivencia	1
1.1 ¿Cuestión conceptual o interdisciplinar? Consideraciones previas	3
1.2 Juventud, jóvenes y violencia: entre el dato, la percepción y el proceso	26
1.3 Juventud y violencia como problemática en realidades concretas. El aterrizaje en Centroamérica.....	41
Capítulo 2	
Juventud y violencia en El Salvador: de la problemática actual a sus raíces en el pasado histórico	53
2.1 Del contexto de la guerra civil y la pacificación en El Salvador. Una mirada hacia los cambios sociales.....	55
2.2 Los jóvenes durante la pacificación: un actor y problemática en emergencia.....	72
2.3 La proliferación de las pandillas en El Salvador: la relación entre los jóvenes y el tejido social.....	86
Capítulo 3	
Juventud, pandillas y violencia. Una aproximación al caso de la Mara Salvatrucha en El Salvador	97
3.1 Una interpretación de la noción <i>pandilla juvenil</i>	99
3.2 De la interpretación a la realidad social: la Mara Salvatrucha.....	114
3.3 La Mara Salvatrucha en El Salvador. La pandilla como fenómeno social entre la juventud.....	125
3.4 Juventud y violencia en la pandilla. Una reflexión sobre las <i>nuevas</i> formas de expresión social desde la Mara Salvatrucha.....	135
CONSIDERACIONES FINALES	144

FUENTES DE CONSULTA.....	157
---------------------------------	------------

INTRODUCCIÓN

Desde hace unas décadas, lo social se ha convertido en un *lugar* más complejo de lo que solía ser. Con la intensificación de las relaciones y el cambio en las estructuras sociales a partir del proceso de globalización y la puesta en marcha del modelo económico imperante, el cambio social se ha mostrado como un hecho constante, apresurado e insospechado. Con ello, hemos sido testigos del avance tecnológico, la generación de conocimiento científico y la apertura económica, social y cultural de nuestras sociedades pero también, de la aparición de nuevas problemáticas en los ámbitos públicos y privados de nuestras cotidianidades.

Dicho lo cual, hasta hace unas décadas la juventud y la violencia no se encontraban presentes como una realidad *tangible* a la que debíamos prestar atención, pues aunque son cuestiones que siempre han estado presentes, se encontraban ocultas y contenidas en asuntos de otro orden. Con la atención centrada principalmente en lo político, durante casi toda la segunda mitad del siglo XX, nuestras sociedades debieron esperar hasta la década de los noventa para que el cambio en las dinámicas económicas, políticas y sobre todo sociales colocaran en la escena social a la juventud y la violencia, no sólo como parte de las nuevas categorías sociales sino también, como problemáticas de primer orden.

De entrada, la violencia ha transitado, de ser una manifestación social, a un problema central; en nuestras sociedades se ha vuelto común asignarle un lugar privilegiado en el imaginario social, ya sea porque es parte de nuestras vivencias personales o porque de alguna forma, las condiciones sociales nos han hecho conscientes de que vivimos y nos desarrollamos en un entorno violento y de supervivencia. Y es que la violencia pasó a ser de *dominio público* — en el sentido de que antes sólo se encontraba ostentada y legitimada por el poder político—, y como consecuencia, se ha diversificado en sus formas y en sus actores, por lo que no resulta nada extraño que hoy día, hablar del asunto nos remita a percibir una problemática compleja y difícil de aprehender.

Asimismo, hemos sido testigos de cómo la juventud ha ido ganando espacio en el imaginario social, lo cual no sólo tiene que ver con el hecho de que los jóvenes hayan *aparecido* como grupo social; el hecho de que la juventud adquiriera relevancia como etapa intermedia entre la

niñez y la adultez, se encuentra relacionada con la idea de que ésta constituye la esperanza del futuro y por tanto, es percibida como *el momento* de preparación de los jóvenes para asumir las problemáticas y responsabilidades que los adultos estaban dejando a su paso. Sin embargo, en tiempos recientes también se ha considerado a los jóvenes como grupo social de riesgo, razón suficiente para prestarle atención.

Dicho esto, el *tema* de la juventud se ha mostrado como una problemática creciente en nuestras sociedades, en tanto los jóvenes se han conformado como uno de los grupos sociales más vulnerables debido, en gran medida, a su condición social *intermedia* y a las desventajas que esto supone frente a la situación económica actual, pues ante la falta de acceso a espacios educativos, laborales, de salud y en general, mejores condiciones de vida, así como a la transformación de los núcleos familiares, ha dado cabida a que miles de jóvenes en nuestra región vivan en condiciones de exclusión económica, política, social, cultural y simbólica cotidianamente.

Sin embargo, la problemática de nuestros días no reside únicamente en el hecho de que la sociedad no se encuentre preparada para hacer frente al reto que supondría la presencia de los jóvenes en todos los espacios sociales, aunada a sus respectivas necesidades, también tiene que ver con el hecho de que esta posición de desventaja que viven en sociedades como la nuestra, los ha llevado a relacionarse de diferentes maneras con la violencia.

Sin dar por hecho que la juventud no es víctima de violencia, mi interés reside en esa otra parte de esta relación donde la llamada violencia juvenil se ha constituido como parte de esos cambios que tuvieron lugar desde la última mitad del siglo XX en nuestras sociedades. Se ha vuelto casi cotidiano dar cuenta sobre algún hecho violento cometido por los jóvenes, ya sea desde un acto de delincuencia, hasta un acto más profundo y violento como es el asesinato; sin embargo, lo que hoy en día resulta alarmante no sólo reside en el hecho de percibir la tendencia de la juventud a la violencia *sin aparente razón*; de igual manera, en determinados contextos se ha presentado como un fenómeno muy particular que rebasa los esquemas dominantes para aprehenderlo.

Dicho lo cual, en nuestra región la relación entre juventud y violencia se ha constituido como una problemática con características diferenciadas, pues más allá de que los índices sobre violencia juvenil varíen de un país a otro o bien, las condiciones sociales, económicas y

políticas que la posibilitan sean similares, la forma en cómo se construye y se significa, así como el impacto que tiene en el tejido social y en particular en la juventud, no es el mismo.

En este sentido, América Central se ha construido como uno de los ejemplos paradigmáticos en torno a la relación juventud-violencia, no sólo por el hecho de que los niveles de violencia son tales, que la región es considerada como uno de los lugares más violentos del mundo sino también, porque la relación que se establece entre estas categorías sociales se condensa en la figura de la pandilla juvenil que, a pesar de no ser originaria de Centroamérica, ha prevalecido como actor emblemático y dominante de la realidad social.

Precisamente, estas agrupaciones han jugado un papel preponderante en el contexto centroamericano de las últimas décadas en muchos sentidos, pues a través de ellas, la juventud se ha delineado como categoría social y los jóvenes han *aparecido* como actores sociales pero también, la violencia juvenil se ha convertido en un fenómeno social característico de este grupo específico mientras que, y al mismo tiempo, las pandillas se han *construido* como una forma de vida.

Si bien en la realidad de Centroamérica dominan dos pandillas juveniles, el caso de la Mara Salvatrucha en El Salvador es un ejemplo muy específico donde la juventud por un lado, ha sido protagonista de una violencia cotidiana en lo social, y por el otro, se ha agrupado en colectivos y su comportamiento violento se ha vuelto una referencia en lo social, económico y político para hablar y definir violencia juvenil. Esta pandilla y la violencia juvenil que genera, son consideradas hoy en día como un problema grave de seguridad pública, pero también y desde otra perspectiva, un serio fenómeno entre la juventud de El Salvador.

Mi primer acercamiento a este fenómeno surge de las noticias acerca de las pandillas centroamericanas cuando se encontraban en su apogeo; la inquietud acerca de la violencia juvenil termina de anclarse a este colectivo con la película *Sin Nombre*, pues fue en este marco de referencia donde las preguntas acerca de la naturaleza de la violencia a la que le dan lugar y el impacto en lo social, despertaron mi inquietud para dar forma a la presente investigación.

Cabe decir que en un inicio, la Mara Salvatrucha no sólo fue el pretexto que me incitó a pensar en las causas, los rasgos y el impacto social de los comportamientos violentos,

también fue mi punto de partida para iniciar el ejercicio de aproximación. En este sentido, el proyecto inicial de investigación estaba más orientado hacia la pandilla y la llamada violencia juvenil en el contexto general de América Central; sin embargo, al ir avanzando fue necesario recalibrar las consideraciones previas de las que había partido pues, más que entrar directamente al caso de estudio para llegar a un tipo de violencia tan específica como la que expresa esta pandilla, de entrada fue necesario reconocer que se trata de un caso *sui generis* en el cual los esquemas tradicionales y dominantes de aprehensión no alcanzaban a retratar el fenómeno a abordar; y por otro lado, que a pesar de que la presencia de la pandilla se ha extendido a lo largo de la región con una particular concentración en el llamado Triángulo del Norte, la violencia juvenil tiene una connotación diferenciada en El Salvador, por ser el país donde arribó y desde donde se convirtió en un fenómeno propio de la juventud de la región.

Dicho lo cual, las primeras apreciaciones al comenzar esta investigación fueron que, más que hablar de *violencia juvenil*, en se habla de *delincuencia juvenil* generalmente desde el plano individual; es decir, desde el joven —en singular— y la forma cómo éste se relaciona con los actos delincuenciales y criminales mientras que, por otro lado, para el caso de colectivos, la apreciación de la violencia juvenil ha partido de casos muy específicos, donde la Mara Salvatrucha ocupa un lugar preferencial en los estudios sobre violencia en Centroamérica y esto tiene que ver, en gran medida, con que la pandilla sea percibida social y políticamente como un ejemplo a gran escala de lo que *es* la violencia juvenil aunque también, ello ha dado cabida a que este tipo de violencia sea aprehendida y recuperada en términos cuantificables y por ende, claramente identificables. De esta forma, ha surgido una postura dominante que ha visualizado a la violencia juvenil desde valoraciones jurídicas, institucionales y políticas; por otro lado, esta forma de *ver* y entender el fenómeno ha obviado las causas, los impactos y las consecuencias, desde este colectivo y este contexto espacio-temporal.

Es decir, la problemática inicial recayó en el hecho de que la violencia juvenil fuera definida bajo una expresión y límites muy rígidos que no alcanzaban a retratar los impactos de la misma a nivel social; sin embargo, al estar frente a un fenómeno multidimensional, fue necesario abrir la problemática a una consideración más amplia sobre su construcción, los elementos que comprendía y los alcances que tenía sobre la juventud; de ahí que, más que

comenzar con el aterrizaje concreto, la investigación requirió como punto de arranque descomponer el fenómeno en sus elementos básicos: juventud y violencia.

Comenzar con una reflexión sobre juventud y violencia —por separado— supuso un reto, considerando que son conceptos que han generado un extenso debate en las ciencias sociales. Asimismo, en tanto categorías sociales, sus límites de construcción dependen en todo momento del contexto espacio-temporal en el que tienen lugar. Así, contrariamente a lo que ocurrió con la violencia juvenil, donde las perspectivas de aprehensión sugerían que su construcción era lineal y estática, *mirar* estas realidades a través de conceptos separados, puso de relieve no sólo el vasto abanico de aprehensiones sino también, desde un inicio sugirió que se trataba de categorías multidimensionales, es decir, su significación se encontraba en constante cambio y por tanto, se encontraba determinada por diferentes elementos que tendrían que ser ponderados a la hora de pretender una reflexión teórico-metodológica.

Aclaro, esto no sugiere que el proceso de reflexión teórica se encuentre desligado de lo *práctico*, pues cuando digo que estas categorías de análisis a las cuales intento dotar de contenido en lo abstracto, tiene procesos de construcción propios *en lo real*, me refiero a que la reflexión, en el plano teórico por un lado, nos brinda la posibilidad de reconocer desde dónde se ha partido y que se ha dejado de lado; por otro lado y al mismo tiempo, fue necesario un tratamiento *sui generis* si partimos del hecho de que su caracterización se encuentra intervenida por otros procesos que tienen lugar en la realidad. De esta forma, lo conceptual se construye como marco de referencia para sustentar el análisis de una problemática social particular.

Así pues, establecer límites de aprehensión en torno de diversas posibilidades de explicación, me obligó a no perder de vista que no se trataba de *definir* un segmento de la realidad, escogiendo una perspectiva por sobre otra; más bien, el sentido de la reflexión buscaba recuperar los elementos que me permitieran caracterizar dos categorías en abstracto, sin olvidar que esta significación, en un punto de la investigación, requeriría ser aterrizada a una realidad, donde el proceso de configuración se encontraba ligado a la dinámica y las particularidades del contexto donde se presentaban e interactuaban.

Precisamente, esta primera caracterización en abstracto también requirió contemplar un marco de referencia en la realidad, pues más allá de que el caso de estudio exigiera un contexto previo para poder plantear el fenómeno y con ello, dar cabida a la reflexión sobre el mismo, resultó fundamental contextualizar en primera instancia, tanto juventud como violencia, más allá de los límites geográficos que supone el aterrizaje concreto de la investigación. Esto, ante el reconocimiento de que no son categorías analíticas que sólo han tenido cabida en este contexto, como tampoco que fue en esta región donde hayamos sido testigos de su primera aparición como realidades que convergían e interactuaban.

Antes de que en América Central se observara la presencia de una juventud tendente a la violencia, en el resto de Occidente la presencia de jóvenes, tanto de forma individual como colectiva, ya habían presentado los primeros esbozos de su relación con la violencia. Desde principios del siglo XX, el dueto juventud-violencia fue vislumbrado por diferentes escuelas de pensamiento e incluso manejado como un binomio, aunque no se le trató propiamente como objeto de estudio; los abordajes tradicionales en torno de la juventud se ocuparon de las formas de organización entre los jóvenes para plantear a la violencia como un comportamiento presente pero, al mismo tiempo, obviado respecto de esos otros procesos situados como marco de explicación para el surgimiento de colectividades juveniles.

No obstante, de nuevo de forma separada, juventud y violencia encontraron marcos explicativos una vez que se convirtieron en un asunto político. Hacia finales del siglo XX, comenzaron a figurar como una problemática social compartida en América Latina; esto dio cabida a que ambas categorías adquirieran una definición más o menos estandarizada para efectos de políticas públicas; así, la aprehensión de la juventud como un rango etario basado en la edad y el proceso biológico de la adolescencia, y la violencia como una práctica de daño físico, las volvió cuantificables y con ello, se dio cabida a los mismos vicios asociados a la reflexión sobre violencia juvenil: una visión rígida desde una postura dominante respecto a procesos en constante construcción.

Dado el hecho de que Centroamérica se vio trastocada a nivel político, económico y de forma particular, en lo social y cultural una vez finalizada la guerra fría, su dinámica política y económica abrió a la región a nuevas interacciones desde los procesos de la globalización y

el neoliberalismo, donde en el terreno político, tanto la violencia como la juventud quedaron circunscritas a dichas apreciaciones, más no así en lo social.

Así, aunque en un inicio pensé en retomar las categorías por separado, la reflexión desde distintos ángulos me llevó a considerarla como una sola problemática donde no era posible dar ese salto, como si sólo sumáramos una apreciación con otra para crear *algo nuevo*, ignorando todo lo que hay detrás. Resulta que si bien las discusiones académicas sobre el tema han dado múltiples interpretaciones sobre esta cuestión, lo que representan o el cómo se construyen estas categorías, en la realidad las dinámicas sociales hacen lo propio para darles contenido específico; de ahí la necesidad de considerar ambas no como una sumatoria de elementos sino como dos caras de una misma problemática que, por lo mismo, se complementan.

Con esto no quiero decir que haya desdeñado esa parte de la apreciación política sobre juventud y violencia, de hecho se vuelve necesaria a la hora de hacer una lectura más incluyente; no obstante, se trata de un ejercicio de aproximación donde el interés de la reflexión reside en esa parte de la realidad que, para el caso de las Relaciones Internacionales, pocas veces se atiende como el espacio donde se construyen problemáticas que no se desligan de lo político y económico, pues estos resultan determinantes en el tejido social. Sin embargo, los alcances de estos acontecimientos para el caso que nos ocupa, trastocan y determinan lo político y económico de modo específico.

De hecho, fue necesario discutir el fenómeno a la luz de su carácter interdisciplinar, no sólo por el hecho de haber tenido que echar mano de múltiples miradas teórico disciplinares para lograr una aprehensión integral del mismo sino también, porque tanto violencia juvenil como juventud y violencia, no han sido rescatados como objeto de estudio propio de las Relaciones Internacionales. Esta percepción de que ciertas problemáticas son “naturales” de ciertas disciplinas, fue la visión a la que me enfrenté en esta investigación, una vez que intenté abordar una problemática que no sólo era considerada un objeto de estudio propio de la sociología, sino que fue trabajada desde las Relaciones Internacionales privilegiando la perspectiva social como punto de referencia para el análisis, y no a la pandilla centroamericana y la problemática de seguridad regional, como lo supondría un abordaje tradicional desde nuestra disciplina.

Dicho lo cual, en la presente investigación propongo una interpretación sobre el fenómeno de la violencia en la juventud más allá de las apreciaciones dominantes sobre el tema, para lo cual tomé como punto de referencia y aterrizaje el caso de la Mara Salvatrucha en El Salvador, no sólo por ser uno de los ejemplos más visibles y llamativos de las últimas décadas en Occidente sino también, por constituirse como un caso paradigmático, donde los elementos que convergen —juventud y violencia— se han reconfigurado más allá de los esquemas tradicionales y, al mismo tiempo, le ha dado cabida a un tipo de violencia que no empata con la perspectiva institucional cuantificable y de políticas públicas que suponen los abordajes de carácter político tradicional.

En este sentido, los resultados de investigación se presentan en tres capítulos; cada uno de ellos da cabida a una inquietud en particular acerca del fenómeno que intento conocer, de forma tal que en cada uno de ellos se privilegió un aspecto de la problemática y por ende, se estructura bajo una línea específica de argumentación; sin embargo, esto no sugiere que se encuentren desvinculados uno del otro, más bien el tratamiento focalizado responde a que fue necesario descomponer la problemática en diferentes elementos a fin de darle un tratamiento integral que abordara, tanto la parte teórico-conceptual, la histórica como la sociocultural del mismo.

Así pues, el primer capítulo está abocado a plantear las principales consideraciones conceptuales acerca de juventud y violencia que, posteriormente, me permitirán aproximarme al análisis de la violencia juvenil desde una lectura más abierta e incluyente. Dado que no es posible restringir la apreciación de ambos conceptos a una sola disciplina y a una sola perspectiva teórico-metodológica por la naturaleza multifacética que muestran, también presento la discusión sobre la interdisciplinariedad de la problemática, así como de la misma disciplina de Relaciones Internacionales frente a un fenómeno no exclusivo de nuestra disciplina.

El análisis de estas categorías está hecho desde un marco espacio-temporal general, dado que su construcción como categorías sociales no se encuentra únicamente determinada en el plano de lo abstracto, pues juventud y violencia surgen ante todo en el plano de lo real; de ahí la necesidad de recuperar el contexto como espacio de significación, a fin de vislumbrar

los elementos que le han dado cabida a dichas nociones, antes de entrar al aterrizaje concreto de la Mara Salvatrucha en El Salvador.

En el segundo capítulo hago una primera aproximación al contexto de El Salvador desde una perspectiva histórica; el objetivo central es proponer un análisis a partir del contexto de la segunda mitad del siglo XX, pues es en este momento cuando tienen cabida dos coyunturas determinantes que definirán las estructuras económicas, políticas y sobre todo sociales del país: la guerra civil y la pacificación.

Por un lado, con la guerra civil no sólo se vislumbra una primera aparición de los jóvenes y de forma más amplia, de la violencia; también serán los remanentes que dejara este conflicto de poco más de una década sobre el tejido social y en particular sobre los jóvenes, al ser este grupo uno de los más golpeados por el conflicto armado. Por otro lado, con la pacificación y los cambios económicos y políticos, los jóvenes no sólo quedan como uno de los más desfavorecidos sino como un grupo social desvinculado del resto del cuerpo social, a esto se le sumará la aparición de la violencia desde otros referentes y otras naturalezas, de forma tal, que la juventud y la violencia se harán espacio como problemáticas que irán conviviendo hasta converger en una sola: la violencia juvenil.

El tercero y último capítulo, da paso a un planteamiento sobre la violencia juvenil desde la Mara Salvatrucha; sin embargo, antes de entrar de lleno al fenómeno, vuelvo a hacer consideraciones previas, pues si bien el punto central de la investigación es vislumbrar la construcción de este tipo de violencia desde el caso específico de este colectivo, la naturaleza del mismo requiere una reflexión sobre la noción *pandilla*; esto ante el hecho de que la violencia juvenil se encuentra íntimamente relacionada con la naturaleza y los elementos socioculturales a partir de los cuales se construye este colectivo.

Precisamente, pese a que en los estudios sobre las formas de organización de los jóvenes no hay un abordaje de la juventud y la violencia, pues se obvia la categoría de juventud, el interés por estos estudios se sitúa en las causas que los originan; sin embargo, las apreciaciones sobre las formas de organización entre los jóvenes, influyen en la construcción de la juventud y la significación de la violencia; por ende, aunque son aproximaciones a otros referentes relacionados y construidos por los jóvenes, irremediablemente habrán de influir toda vez que

se busca aprehender la violencia juvenil en colectivos específicos, como el que se propone como caso de estudio en esta investigación.

En este sentido, una consideración sobre la naturaleza y las causas que dieron origen a la Mara Salvatrucha es rescatada como eje referencial de las reflexiones, pues no sólo está el hecho de que la pandilla tenga un fuerte componente sociocultural que influyó en su configuración como pandilla tanto en Estados Unidos como en El Salvador, también este elemento se ve plasmado en la violencia a la que da lugar, tanto hacia afuera como al interior de la misma pandilla. Esto permite plantear una reflexión sobre cómo es que, tanto juventud como violencia, se construyen al interior de la pandilla y determinan estos procesos hacia el exterior; además, la violencia juvenil que se desprende de este grupo, tiene alcances y significados que se recrean como parte de esas formas modernas de expresión social entre los jóvenes; de igual forma, y en este contexto específico, es percibida como una vía para crear lazos sociales.

Así pues, mi hipótesis general considera que abordar la problemática de la violencia juvenil en un contexto específico como El Salvador y con un actor igual de particular como es la Mara Salvatrucha, requieren una aproximación desde juventud y violencia, a fin de no caer en las delimitaciones rígidas de los modelos explicativos que hay alrededor de la problemática; de ahí que sea necesario considerar que tanto juventud como violencia, son resultado de un largo proceso histórico donde las secuelas sociales de los conflictos bélicos y la reconfiguración de las relaciones en todos los ámbitos de la vida social que trae consigo la pacificación, dieron cabida a que el fenómeno de la violencia juvenil surgiera entre la juventud desde el marco de las colectividades juveniles, donde la violencia se recrea como expresión social de las actuales formas de ver, entender y construir las relaciones sociales entre los jóvenes.

En este sentido, los objetivos de la presente investigación se encuentran divididos principalmente en dos grandes líneas; por un lado, busco hacer un abordaje de la problemática desde otros referentes como es juventud y violencia, a fin de vislumbrar la problemática más allá de los enfoques institucionales y operacionales; asimismo, pretendo una reflexión de orden interdisciplinar, pues al no ser considerada la problemática así planteada como objeto

de atención propio de las Relaciones Internacionales, —al igual que en la mayoría de los distintos campos de conocimiento que la estudian— lo hacen en el marco de los esquemas tradicionalistas o dominantes de las ciencias sociales y dejan de lado una reflexión adecuada del fenómeno.

Por otro lado, una reflexión particular al respecto da lugar a un análisis sobre las condiciones económicas, políticas y sociales que permitieron que la juventud y la violencia surgieran como problemática social después de la guerra civil, hasta constituirse en un fenómeno muy particular de El Salvador, a través de las pandillas. Dicho lo cual, una reflexión sobre la juventud y la violencia desde la Mara Salvatrucha, en tanto expresión más representativa de esta relación y donde los alcances e impactos de la violencia juvenil sobre los jóvenes suponen a la violencia como una expresión de socialidad, permitirá explicar la perspectiva en cuestión desde una óptica integral.

Por último, la recuperación de material especializado que sirvió de apoyo para realizar la investigación obedeció, en gran medida, a la intención de construir una apreciación más *ad hoc* de las categorías de análisis, para lo cual fue necesario hacer una búsqueda amplia que considerara tanto las perspectivas tradicionales clásicas y las posturas críticas como también, diferentes perspectivas teórico-disciplinares, a fin de dar unidad a los resultados que aquí presento.

A lo anterior responde, en gran medida, el proceso de selección y discriminación de las fuentes bibliográficas y hemerográficas, hecha desde los elementos y perspectivas que me permitieran reflexionar, cuestionar y analizar por un lado, la parte abstracta de la problemática, y por el otro, el aterrizaje espacio-temporal al fenómeno propuesto. Para el caso de juventud y violencia, la línea del material recuperado se orientó principalmente hacia perspectivas de corte psicológico, sociológico y antropológico pues, desde mi mirada, son categorías multidimensionales que de igual forma, se interactúan con el plano biológico, social y cultural, de ahí la necesidad de retomarlas desde las diferentes aristas de construcción.

Para el aterrizaje al caso de estudio, fue necesario hacer primero una recuperación de fuentes para contextualizar la situación de la última mitad del siglo XX en El Salvador, en la región

centroamericana y en general en Occidente, a fin de ubicar las pautas y coyunturas tanto internas como externas, que dieron lugar a la guerra civil, la pacificación y pasó a los cambios políticos, económicos y sociales que determinarían la aparición de nuevos actores y problemáticas en el país. Finalmente recurrí a documentos que me permitieran hacer una caracterización de la Mara Salvatrucha y del fenómeno de la violencia desde un enfoque sociocultural.

Capítulo 1

Juventud y violencia. Aproximaciones a una difícil convivencia

El entorno en el que nos desenvolvemos necesariamente nos ha condicionado para percibir la realidad de una forma determinada, y esto no es fortuito; el modo como aprendemos y nos relacionamos con nuestro medio se basa, tanto en las experiencias propias de nuestra interacción directa con el medio, como con la interiorización de cánones que nos ha enseñado la sociedad, la familia o las instituciones educativas acerca de nuestra realidad.

Si bien este conocimiento adquirido podría pensarse como general y compartido, por ser el mismo para todos los individuos de una misma sociedad y configurarse de la misma forma al compartir referentes sociales, políticos, económicos y culturales, en el proceso de aprehensión e interiorización, adquiere características particulares.

Esto se debe a diferentes aspectos; por un lado, pertenecer a una sociedad y compartir un referente cultural no nos hace tendentes a adquirir las mismas experiencias de vida, como tampoco a entender de la misma forma nuestra realidad aunque esté enmarcada en una cosmovisión compartida; y por otro, que la relación que establecemos con nuestro entorno adquiere características específicas según la dinámica de la misma.

De esta forma, cuando se nos presentan situaciones que identificamos como parte de nuestra realidad pero con las que no hemos interactuado o bien, no nos identificamos, resulta sencillo aludir al imaginario social que compartimos para identificarlas respecto de una figura real aunque no necesariamente logramos definir las o caracterizarlas.

Es en este marco que operan las figuras de juventud y violencia. Como parte de nuestra realidad las vemos interactuar; las referencias cotidianas nos han acostumbrado a una imagen representativa tanto de juventud como de violencia; no obstante, lo anterior sólo refleja una de tantas posibilidades de como pueden plantearse sujetos y problemáticas, en un segmento

de la realidad que se distorsiona cuando la imagen preconcebida, no empata con una representación diferente.

La cotidianidad en la que nos encontramos sumergidos, nuestro entorno inmediato, nuestra propia historia, condicionan nuestra percepción de la realidad y por tanto, sugiere que *no todo es como parece* y no todo es homogéneo y uniforme. Esta simple reflexión, marca una diferencia significativa cuando consideramos la aprehensión de un segmento de la realidad.

En este sentido, la aproximación a las nociones de juventud y violencia, desde el plano conceptual, no pueden dissociarse del análisis social, pues es aquí donde se representa y desde donde se sugiere una construcción particular que debe permear la aprehensión teórico-conceptual capaz de vislumbrar, en la construcción de estas nociones, un planteamiento de aterrizaje específico.

Así pues, en el presente capítulo propongo como primer ejercicio de aproximación, abordar las nociones de juventud y violencia desde el plano conceptual, a fin de dar paso a en una reflexión que permita situar, no sólo los puntos de referencia que les han dado contenido dentro del tratamiento teórico-disciplinar sino también, vislumbrarlas en su aprehensión respecto de la realidad social de referencia. De igual modo, el primer apartado incita a reflexionar en torno a la figura de la interdisciplinariedad como una forma amplia de abordar tanto una problemática que tiene construcciones complejas en la realidad, como los difusos límites en lo teórico-conceptual, al desarrollarse como conceptos y categorías atravesados por varios enfoques disciplinares.

En este sentido, el segundo apartado se busca un análisis que parta de la construcción de juventud y violencia desde el terreno social, donde el modelo establecido para su definición, la apreciación y sus propios procesos de construcción pongan de relieve, además de la complejidad de su difícil convivencia, los elementos sociales, económicos y políticos que desde la segunda mitad del siglo XX, vienen incidiendo en la forma como se presentan en la escena social.

En un contexto diferenciado como el de Centroamérica, las nociones de juventud y violencia han nacido a la luz de una perspectiva política y social marginal para dar cabida a

construcciones sociales que redefinen su percepción social como nuevos paragonos que condensan los cambios estructurales y socioculturales que se insertaron en la región a finales del siglo XX.

1.1 ¿Cuestión conceptual o interdisciplinar? Consideraciones previas

Cuando nos referimos a juventud o violencia difícilmente lo hacemos pensando en el vasto universo de diferencias que encierra cada palabra en un contexto o en otro. De hecho, cuando pensamos o hablamos de una u otra pueden parecer dos palabras sencillas cuando vemos que en la realidad, son *cosas* que nos resulten familiares. El entorno social en el que nos desenvolvemos día a día, necesariamente le ha dado cabida a una forma de concebir ambos términos en el imaginario social.

Por ejemplo, si hablamos de juventud nos resultaría muy obvio pensar en los jóvenes que vemos a diario por la calle o en los medios de comunicación, los que estudian o los que identificamos —a veces con espanto— por sus formas de vestir, hablar y comportarse. De igual forma, la violencia la presenciamos indirecta o directamente en nuestro entorno. Los comportamientos individuales o colectivos de conflicto que se muestran en manifestaciones extremas como la lesión física hacia otro o hacia algo, se constituyen como ejemplos cotidianos.

No obstante, lo que pareciera ser simple e identificable no necesariamente conforma, en sí mismo, un referente específicamente acotado. De hecho, tratar de definir estas categorías puede resultar una tarea difícil de llevar a cabo, si consideramos que los jóvenes no son iguales y la juventud no es la misma en una sociedad que en otra, ni siquiera dentro de la sociedad; de igual forma, la violencia no es la misma en dos lugares a la vez y tampoco encierra un contenido único ni se desarrolla de la misma forma en cualquier momento y en cualquier lugar. Por estos elementos aparentemente simples, seguramente caeremos en cuenta que no guardan criterios uniformes, y en la práctica, tampoco tienen los mismos significados para todas las personas aunque *pareciera* ser así.

El análisis de problemáticas o fenómenos en apariencia identificables a los cuales nombramos de forma particular, no resulta sencillo cuando reparamos en el hecho de que pueden remitirnos a una multiplicidad de imágenes y representaciones posibles que, si bien suponen la presencia de elementos mínimos esenciales, éstas se han construido a partir de la forma de ver y entender la realidad en el contexto donde tienen lugar. En términos generales, la *estandarización de una definición* nos habla de una *construcción* hecha a partir de una perspectiva dominante; por tanto, problematizar en torno a objetos de estudio tan dinámicos y ligados a nuestra cotidianidad, reclama un análisis cuidadoso de los elementos, orientaciones y enfoques desde los cuales se pretenda estudiarlos, para cuidar no caer en simplificaciones, por inadecuadas, erradas o limitantes.

Esto último nos lleva a la necesidad de hacer una serie de consideraciones a fin de organizar y clasificar los diferentes aspectos que permitirán una caracterización inicial del problema. De entrada, aproximarse a estos términos nos obliga a no perder de vista que juventud como violencia entrañan un cambio constante, pues lo que hoy se considera como joven en un contexto y/o en una época, no lo será en cualquier otra; asimismo, lo que hoy se entiende como violencia, en otro momento o en otro contexto espacio-temporal, no tendrá el mismo significado. En este sentido, a pesar del aparente acuerdo para entenderlos respecto de ciertas cualidades asignadas o elementos comunes que les dan significado, los límites de aprehensión y definición merecen ser considerados a la hora de entenderlos y explicarlos como unidad en un entorno social determinado¹.

Así pues, la literatura especializada —no únicamente desde las ciencias sociales— ha desarrollado extensamente ambos conceptos desde diferentes líneas de análisis, lo que nos sugiere por un lado, que las reflexiones han sido en varios órdenes, como también que la cantidad tan vasta de interpretaciones se presta para traducir, de forma prematura, que tenemos frente a nosotros un reto de polisemia conceptual. Si bien no se trata de *escoger* la *mejor* definición, si se vuelve fundamental discutir las nociones de mi interés a la luz de sus

¹ En esencia, el planteamiento del capítulo, nos reclamaría abordarlo de forma conjunta —juventud y violencia—; no obstante, una primera aproximación por separado se hace necesaria para comprender como se han construido como conceptos y categorías separadas, pues en conjunto y ubicados en un contexto espacio-temporal como el propuesto, adquieren una significación *sui generis*.

dos consideraciones, como concepto y como categoría, al igual que desde aquellos elementos que sugieren una construcción amplia y no una definición rígida y acotada.

En este sentido, a pesar de ser *juventud* un concepto multifacético y multidimensional, su abordaje nos permite acotar su naturaleza como fenómeno; no sucede así con términos similares que a veces se usan de forma equiparable como *jóvenes* y *juvenil*. Si bien, la referencia a los jóvenes y se encuentra presente en toda aproximación a juventud, son inherentes, tanto a la realidad —occidental y no occidental— como a los tratamientos teóricos, pues siempre se encuentran presentes como referencia tangible, más no clara, del individuo que interactúa en lo social; es decir, que *jóvenes* y *lo juvenil* adquieren significado y una *imagen* en lo social, sólo a partir de aquello que se entiende como *juventud*.

De ahí que comenzar con el tratamiento de la noción desde sus diferentes perspectivas permita acotarla respecto de una visión amplia, donde no se presente únicamente como modelo rígido, como parámetro cuantitativo, y menos aún para dar contenido a la figura de los jóvenes y lo juvenil, aduciendo a una caracterización abstracta como noción y como proceso, fuera de en un contexto espacio temporal específico.

En general, la literatura especializada tiene referentes específicos de Occidente² y su desarrollo como categoría de análisis ha sido desde ciertas disciplinas y sesgos teóricos. La sociología, la antropología y la psicología han sido las disciplinas que se han ocupado tradicionalmente del tema, no obstante, *grosso modo* podemos hablar de dos perspectivas generales de abordaje que se han vuelto un referente a la hora de definir y caracterizar *juventud*: por un lado, aquella que la plantea como un proceso biológico, y por otro, la que propone un proceso social. En este sentido, retomar cómo se ha vislumbrado, implica dos condiciones que se encuentran ligadas y que hoy en día tiene un peso considerable en la definición de juventud, es decir a los cambios biológicos —la adolescencia— y en consecuencia, la edad biológica.

² Cabría señalar que juventud se ha presentado desde sus inicios como categoría de análisis y problemática propia de Occidente, y no es que en otras latitudes del mundo los jóvenes no se encuentren presentes en la realidad social, más bien ha sido en esta realidad donde se le ha asignado nombre y apellido a la problemática, siendo que las teorías predominantes han salido de Occidente frente a la necesidad de entender lo que *es* y cómo se construye.

Juventud, vista como proceso biológico, nos indica entenderla como suceso que tiene cabida en la naturaleza física y psicológica del ser humano. Así, desde los enfoques biológicos, se ha intentado *equiparar juventud* como el referente de la *adolescencia*. La psicología ha esbozado definiciones sobre juventud donde interviene, por un lado, el cambio interno del individuo, y por el otro, la relación que emprende a partir de esto con la sociedad.

En este sentido, el estudio de la adolescencia como inicio de la propia juventud ha sido ampliamente manejado en la psicología; la rama de la psicología evolutiva constituye el primer acercamiento a esta etapa de transición, como también la perspectiva teórica clásica, a partir de la cual se sentaron las bases que permitieron hablar de la adolescencia como forma de juventud, según las manifestaciones psicológicas del individuo en transición.

Esta línea de pensamiento advierte —de forma general— que la adolescencia es “una edad especialmente dramática y tormentosa en la que se producen innumerables tensiones, con inestabilidad, entusiasmo y pasión, en la que el joven se encuentra dividido entre tendencias opuestas”³. De forma complementaria, la adolescencia se ha apreciado como parte e inicio de la juventud; así, “la diferenciación del joven con el niño se da en el plano biológico, ya que a partir de la maduración de los órganos sexuales, el joven se encuentra en condiciones (maduro) fisiológicamente óptimas para la procreación”⁴.

Si bien adolescencia no es sinónimo de juventud, desde esta perspectiva teórica-disciplinar la adolescencia se esboza como el inicio de la misma juventud. En este sentido, se entiende como un proceso individual, es decir, no incidido o determinado por el medio social, es de naturaleza biológica y sus manifestaciones se desarrollan en dos planos: el físico y el psicológico, el límite entre el término de la niñez y el comienzo la etapa temprana de la juventud.

³ Delval, Juan, *El desarrollo humano*, Madrid, Siglo XXI, 1998, citado en **Dávila León, Oscar**. “Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes”, *Última Década*, vol. 12, núm. 21, Santiago de Chile, Centro de Estudios Sociales, 2004. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=s0718-22362004000200004&script=sci_arttext, [Consultado el 15 de marzo de 2014].

⁴ Brito Lemus, Roberto, “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud”, *Última Década*, núm. 9, Valparaíso, Centro de Estudios Sociales, 1998, p. 3.

En esta línea, la naturaleza física de la adolescencia se agota tan pronto se concluye el desarrollo del individuo; sin embargo, en el plano psicológico la identidad juega un papel fundamental como elemento de análisis a partir del cual, otras ramas de la psicología han tratado de destacar una diferenciación de la juventud. La psicología social la reconoce a partir del desarrollo de la identidad, al tiempo que sugiere la forma como el individuo va cambiando la relación con su entorno social. Al respecto Lozano Urbietta señala que:

En el plano de lo sociopsicológico, existen muchas interpretaciones sobre la diferencia entre la adolescencia y la juventud. Se considera que en la adolescencia se depende en mayor o menor medida de la familia, la escuela, y de otras instituciones. La identidad se va construyendo a medida que aparecen las manifestaciones biológicas de la pubescencia, el cuerpo y sus comportamientos se transforman y se vivencian éstos a través de las percepciones y las ideas de los otros. Sin ser un cambio abrupto, aquellos que ya hicieron el tránsito lo expresan como un antes y un después [...] Se ha planteado también que alcanzar el carácter de joven implica la concientización de sí mismo en relación al mundo. Las [sic] persona joven dependerá de su familia en mayor o menor medida, según él o ella lo quieran o puedan hacer. Su asistencia a clases, su inclusión en procesos productivos, su deseo sexual y hasta de reproducirse, su preferencia política, su participación en los movimientos sociales será una decisión. Participación limitada, preconfigurada, mediatizada, pero invariablemente consciente. En esta tesis, es la conciencia la que lleva a un sujeto a dejar de ser niño y perfilarse hacia la madurez social.⁵

Desde esta perspectiva, la identidad pasa a jugar un papel preponderante como elemento de caracterización y diferenciación, pues si bien se retoman los aspectos biológicos y físicos de la adolescencia, el desarrollo de la identidad marca los límites entre el adolescente y propiamente el joven; de igual modo, como elemento psicológico que incide en el comportamiento social, es decir que, una vez que se va construyendo su auto percepción y la posterior concientización de sí mismo como parte del cuerpo social, se ha de dar una necesaria modificación de la dinámica de su entorno; no obstante, en la medida en que se integre en sociedad, también ha de suponer que la sociedad va a influir, tanto en sus comportamientos como en la manera como viva su juventud.

Precisamente el umbral entre niñez y juventud, a partir de la naturaleza física y psicológica de la adolescencia, también da cabida a que juventud siga suponiendo un concepto ambiguo una vez que pasa, de su consideración como proceso biológico e individual, a uno intervenido

⁵ Lozano Urbietta, María Iciar, "Nociones de juventud", *Última Década*, núm.18, CIDPA, Viña del Mar, 2003, p. 14.

por lo social, puesto que los elementos de este tipo que influyen en la diferenciación de juventud, también fijan marcos de referencia respecto de su otra frontera: la adultez.

En este sentido, Brito Lemus menciona que “la juventud se encuentra delimitada por dos procesos: uno biológico y otro social. El biológico sirve para establecer su diferenciación con el niño y, el social, su diferenciación con el adulto”.⁶ De forma tal que juventud, como categoría social, no es universal ni homogénea, a la vez que implícitamente remite lo que se niega: que no ocurre de igual forma en todos los individuos, porque no sólo apela a procesos naturales sino también sociales.

La sociología ha recuperado el estudio de la juventud como categoría de análisis desde otros referentes, donde su aprehensión respecto de la diferenciación —la adultez— ha jugado un papel fundamental si hablamos de contenido. Ésta, como punto de referencia, por un lado, ha construido nociones de juventud respecto de valoraciones, idealizaciones y/o la obtención o carencia de ciertas aptitudes sociales; por el otro, también la supone como una construcción cultural aparte, dotada de significados, símbolos y valores propios, que no emergen necesariamente de aquel mundo adulto y sin embargo, lo segmenta como *algo* diferente del resto del cuerpo social. Un ejemplo de esto es que *juventud* no sólo se ha intentado conceptualizar a partir de definiciones de lo que es o no, sino también a partir de la apreciación de lo *joven*, así como de la interpretación de *lo juvenil*.

Dicho lo cual, la construcción discursiva que ha desarrollado la sociología sobre la juventud ha esbozado perspectivas con una carga valorativa y simbólica de lo que es y lo que se espera que sea.⁷ Sin embargo, lo discutivo es que juventud es presentada más bien como una serie de interpretaciones de lo que es y lo que representa como categoría social, es decir, atraviesa niveles de aprehensión, a la vez que se convierte en un compendio de perspectivas, nociones

⁶ Brito Lemus, Roberto, *op. cit.*, p. 3.

⁷ En el texto de Revilla Castro, “La obra discursiva de la juventud: de lo general a lo particular”, *Papers. Revista de Sociologia*, vol.63, Universidad Autónoma de Barcelona/ReDi, 2001, desarrolla diez discursos sobre juventud. Estos discursos se estructuran como perspectivas que van en consonancia tanto con líneas de pensamiento como con perspectivas socio-políticas de contextos específicos; así pues, la apreciación de la juventud respecto de lo que *es* y lo que se espera que sea, retoma en gran medida un análisis desde la carga valorativa y simbólica que la juventud ha adquirido en los diferentes contextos históricos, tanto como etapa de vitalidad, o los jóvenes como el futuro del mañana, hasta visualizar a la juventud como una etapa particularmente peligrosa.

y acepciones del término juventud. Asimismo, los discursos sobre juventud en Occidente han impregnado de una carga simbólica y estereotipada a la noción que refiere a momentos específicos donde el contexto económico, social y político puso en el centro de la escena social a los jóvenes —más que a juventud— y fueron aprehendidos a partir de líneas muy específicas y sesgos teóricos bien diferenciados.

En esta línea, ilustra muy bien mencionar que los jóvenes ya existían en el imaginario social mucho antes de que apareciera juventud como categoría social, pues durante la segunda guerra mundial los jóvenes se impusieron como un ideal, valores, cualidades y actitudes con el nazismo y el fascismo, que proclamaban una etapa vital marcada por el heroísmo, el desinterés y la belleza, pero también una actitud (*Haltung*), un comportamiento, una forma de espíritu; no obstante, fue durante la segunda posguerra cuando se constituyó como un referente y grupo social con manifestaciones propias.

A partir de la teoría clásica de la sociología —el funcional estructuralismo del análisis parsoniano, la sociología urbana de la Escuela de Chicago y los estudios culturales del Círculo de Birmingham—, juventud fue aprehendida como *categoría grosso modo*; es decir, comenzó a ser vislumbrada como etapa de transición social, la cual se encontraba caracterizada por cualidades como el hedonismo y la irresponsabilidad respecto de ciertos espacios sociales como la familia, los iguales o la escuela, así como de las condiciones sociales como la moratoria escolar y la carencia de capacidades y aptitudes para *ingresar* el mundo adulto y encontrarse en construcción la identidad; como *concepto*, *jóvenes*, tuvo una interpretación según donde fueron vistos, de modo que fue entendido como un grupo social, un estatus o una subcultura aparte, pero siempre respecto *de lo que se esperaba inculcar*.

La herencia de estas perspectivas teóricas refiere, por un lado, que juventud se presenta como una categoría social homogénea, donde el énfasis ya no se sitúa en la edad sino en aquellos valores, roles y aptitudes que se espera inculcar, así como una carga moral y simbólica ya fuese positiva o negativa. Así, la percepción de juventud refiere una etapa pasajera y *moldeable* donde se prepara al joven para lo que será en el futuro.

Aquel futuro es lo que representa la madurez social. En la literatura especializada, la madurez social se identifica como uno de los sesgos a partir de los cuales se diferencia a la juventud

de la adultez, —aquello de lo que carece—. Así pues, la madurez social es identificada “con el momento en que los individuos logran —en diversas circunstancias específicas— el cierre del ciclo educativo formal, el ingreso al mercado de trabajo y la formación de un hogar propio, con lo cual pasan a la categoría de adultos”⁸, es a lo que se apela también como la adquisición de una edad social.

Precisamente, Lemus menciona que “la diferenciación con el adulto se da en el plano social. En la medida en que el joven se encuentra en su proceso de inserción en la sociedad, [...] todavía no se incorpora plenamente en los procesos de reproducción de la sociedad, como tales”⁹, lo cual sugiere que juventud adquiere también una carga moral respecto de la adultez, puesto que se refiere a la reproducción de un capital social, ese capital *socialmente* aceptado y mientras no haya tal reproducción, aunque se cumpla con una o varias de las condicionantes mencionadas, no puede salir del todo de la apreciación de juventud, al entendimiento de la sociedad.

A pesar de que lo anterior marca límites más o menos claros entre la adultez y la juventud en un plano social general, también resulta tajante dar por sentado que sucede de la misma forma y en el mismo tiempo para todos, por lo menos en el contexto señalado de Occidente. Precisamente, una de las observaciones previas era lo relativo a una percepción diferenciada de la juventud en la realidad, el significado y la forma que adquiere en un contexto y en otro. No porque jóvenes de distintos países se encuentren dentro de un mismo rango de edad, entiendan y vivan de igual forma una etapa o la transición hacia la adultez, significa que las condiciones sociales, culturales, económicas y políticas se desarrollarán de igual forma para otros.

Esto significa que no todos los individuos generan experiencias de vida de la misma forma, como independizarse del núcleo familiar, estudiar, trabajar, desarrollarse en los mismos ámbitos o incluso relacionarse con otros individuos. “La posición en la estructura de distribución de bienes materiales y simbólicos de la sociedad está determinando diversas

⁸ Organización Panamericana de la Salud, Ministerio Federal de Cooperación Económica. *Políticas públicas y marcos legales para la prevención de la violencia relacionada con adolescentes y jóvenes. Estado del arte en América Latina 1995-2004*, Washington D. C., OPS, 2006, p. 31.

⁹ Brito Lemus, *op. cit.* p. 4.

formas de vivir la experiencia joven, por lo tanto, no es un estado por el que necesariamente pasan todos los individuos en una determinada sociedad”.¹⁰

En este sentido, se puede asumir que juventud “es una condición social con cualidades específicas que se manifiestan de diferente manera según las características histórico sociales de cada individuo.”¹¹ De esta forma, el contexto personal de cada individuo juega un papel determinante; sin embargo, tampoco podemos ignorar el hecho de que este plano se encuentra determinado por el contexto social general de una sociedad, y da cabida a que juventud tenga construcciones y características diferenciadas en una sociedad y en otra.

Esta aproximación sugiere que la construcción y significación de juventud deberá hacerse desde los contextos sociales específicos donde tiene lugar e incluso, a partir de la consideración de la propia historia —experiencias de vida del individuo—, sin perder de vista el papel que juegan los medios sociales, culturales y económicos para acceder y construir estas experiencias de vida de todo ser humano.

En esta línea, desde la perspectiva de la sociología de la cultura, se ubica a “la juventud, como toda categoría socialmente constituida, que alude a fenómenos existentes, tiene una dimensión simbólica, pero también debe ser analizada desde otras dimensiones: se debe atender a los aspectos fácticos, materiales, históricos y políticos en que toda producción social se desenvuelve”¹², es decir, ésta no es “mero signo, una construcción cultural desgajada de otras condiciones, un sentido socialmente constituido, relativamente desvinculado de las condiciones materiales e históricas que condicionan a su significante”¹³, se recrea de significado a partir de los valores sociales, económicos y políticos imperantes.

Así pues, el hincapié que se hace a la hora de aludir al concepto desde un rango de edad, refiere al sentido práctico de los criterios socio-demográficos a partir de los cuales la apreciación de la edad sugiere una de las tantas aproximaciones definitorias que hoy en día

¹⁰ Castillo, Analisa; Lucero, Miriam y Gasquez, María, “Aproximaciones al discurso de juventud como construcción socio histórico-cultural”, *Última Década*, núm. 33, Valparaíso, CIDPAD, 2010, p. 4.

¹¹ Brito Lemus, *op. cit.*, p. 4.

¹² Margulis, Mario y Urresti, Mariano, “La juventud es más que una palabra” en Ariovich, Laura y Margulis Mario, *et. al.* (eds.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, 3 ed., Buenos Aires, Biblos, 2008, p.17.

¹³ *Ibidem*, p. 17.

tienen un gran peso en nuestras sociedades. No obstante, aunque de forma implícita la distinción entre rangos de edades, atienden a características biológicas, también refiere por fuerza a significaciones sociales y culturales.

Dicho lo cual, Bourdieu señala que “las relaciones entre la edad social y la biológica son muy complejas y, por lo tanto, suelen ser sujetas a manipulación, sobre todo en el sentido de concebir a los jóvenes como unidad social con intereses comunes, por el único hecho de compartir un rango de edad”¹⁴. Así, la juventud refiere entonces a la complejidad de procesos físicos, psicológicos, sociales y culturales que tiene un significado específico según el contexto.

Lo anterior, pone de manifiesto que la construcción de esta categoría social en la realidad trasciende una definición, pues acotar lo que *es* no basta, hay que mirar los elementos que caracterizan y significan el proceso de la juventud; a partir de éstos será posible distinguir los matices que presenta una realidad determinada a pesar de su enunciación como un hecho compartido, generalizado y bien identificado. De esta forma, el meollo del problema no radica en ponerle nombre a los sujetos sino comprender juventud en su construcción cotidiana; el joven como individuo que convive y se desarrolla en sociedad se encuentra determinado por los referentes socioculturales, económicos y políticos de su realidad inmediata —un contexto espacio temporal específico—. De ahí que las principales fallas de su conceptualización recaigan en la ambigüedad que hacen que juventud sea presentada como categoría general e indistinta; de tal forma, juventud refiere entonces a *una apreciación* homogénea; un grupo más o menos encasillado en un rango de edad cuyas relaciones sociales son iguales.

Si bien señalaba que la edad biológica tiene un peso considerable en nuestras sociedades, ya que de forma estadística juventud no sólo ha sido presentada y equiparada con una reducción numérica de un rango de edad; para fines prácticos también se ha presentado como lo “tangible” de una categoría social aunque no sea el único referente, cuando hemos escuchado

¹⁴ Pérez Islas, José Antonio; Valdez González, Mónica y Suárez Zozaya, María Herlinda (coords.) *Teorías sobre la juventud. La mirada de los clásicos*, México, Porrúa, 2008, p. 30.

que jóvenes son aquellos que estudian, trabajan pero aún no se independizan, quienes aún no tienen una familia propia.

Sin embargo, desde los enfoques socio-demográficos no sólo se construyó una aproximación a este grupo social, se definió en función de aquello que estadísticamente se consideraba niñez y adultez, en cuyo caso también descansaba en una base jurídico-política, aunque también se le dio forma a un tipo de aprehensión sobre la juventud, y es en este punto donde la violencia se planteó como un comportamiento que, en determinados contextos, aludía a la juventud.

No son pocos los estudios académicos e institucionales que se han ocupado de la relación entre juventud y violencia. En la segunda mitad del siglo XX el interés por los jóvenes, tanto en el plano político como académico, vislumbró algunas muestras de su asociación; sin embargo, fue hasta la década de los años noventa cuando se plantea como una problemática claramente identificable en determinados contextos, tal fue el caso de nuestra región. En la actualidad se ha extendido como una visión problemática generalizada que, en algunos casos, se ha convertido en un fenómeno de fuerte preocupación social y política.

El cambio general que trae la década de los noventa con la globalización y el neoliberalismo, dio cabida a que situaciones de pobreza, marginación, desempleo, entre otros se acentuaran en América Latina, donde los jóvenes aparecieron no sólo como un grupo social considerable, también como uno de los grupos sociales más golpeados por las condiciones sociales. En este sentido, la *aparición* de la violencia como una problemática social casi se puede inferir como la asociación que en los años siguientes, comenzó a formar con la juventud y que en ciertas regiones se ha disparado de forma alarmante.

En la actualidad, la preocupación por este sector de la sociedad y sus condiciones de vida ha pasado a ser objeto de políticas públicas, donde la violencia ha ocupado un lugar preferente como tema de seguridad, desarrollo social y salud pública; asimismo, los acercamientos académicos han hecho esfuerzos copiosos por tratar de establecer marcos de referencia que permitan aprehender la relación que se ha configurado entre juventud y violencia; no obstante, antes de tomar una posición o inclinarnos por algún sesgo en particular, no podemos perder de vista que la relación entre juventud y violencia constituye una realidad de múltiples

caras y dimensiones, pues así como juventud se construye de forma inherente a las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales, violencia no escapa a la misma dinámica.

En este sentido, es conveniente señalar que esta última también refiere un objeto de estudio multiforme; su presencia en los distintos escenarios de la realidad, —social, económica, política e incluso cultural—, como la diversificación de su naturaleza —física, psicológica, simbólica— la vuelven un concepto problemático a la hora de ser aprehendido. Dicho lo cual, proponer una reflexión conceptual se hace necesario antes de establecer propiamente la relación entre juventud y violencia, debido a sus formas, escenarios y líneas de abordaje.

De entrada, en el imaginario social, violencia representa la figura de algún daño físico o incluso, la figura del ataque dirigido hacia alguien o algo; los golpes, las lesiones e incluso y de forma más extrema, la muerte, se puede recrear como imagen de la violencia *tangible* que ocurre en nuestras sociedades. A través de los medios de comunicación o en una conversación habitual es factible escuchar hablar del tema de una forma frecuente y como un fenómeno conocido e *identificable* en la sociedad. De este modo, se le refiere y se nos presenta como conductas y condiciones de distinto orden que van, desde la agresión física como la delincuencia, hasta condiciones de marginación y pobreza.

Frente a esto sería difícil asegurar que abordar el concepto en el plano social resulta una tarea sencilla y acotada, pues, a pesar de que la asociamos al daño físico, en lo social no se limita a una naturaleza ni a una sola expresión aunque hagamos una asociación inmediata cuando nos referimos a la problemática. De tal forma, la consideración de los múltiples escenarios y sujetos que la desarrollan, nos lleva a considerar lo variable de su naturaleza porque, si bien se le puede presentar como un acto fácilmente identificable en nuestra realidad cotidiana, éste obedece a diferentes órdenes.

Violencia, al igual que juventud, no ha escapado a una vasta cantidad de acepciones, definiciones e interpretaciones, tanto en lo individual como lo colectivo, como comportamiento y problemática, y respecto de sus manifestaciones, sus causas y sus consecuencias. No obstante, tomando en cuenta que la apreciación que hoy en día tiene un peso importante en nuestras sociedades, refiere justamente a la violencia como un

comportamiento de manifestaciones físicas, es decir, el daño físico intencional contra una persona o un grupo de personas; esta primera aproximación supone, por un lado, la consideración indistinta del plano como del sujeto o sujetos ejecutores y por tanto, la descontextualización del marco social que paradójicamente, representa. Es decir, cuando se ve de forma operacional, se hace respecto de una realidad que se intenta medir y/o representar; en nuestras sociedades identificamos esta realidad con figuras muy concretas de crimen o muerte por homicidio. De modo que violencia, como fenómeno social —desde esta perspectiva— pierde elementos de caracterización, para quedar encasillada como problemática uniforme, identificable y medible.

No obstante, diferentes anclajes de aprehensión la han dotado de distintos sentidos y alcances como problemática social. Si partimos de que la violencia en la realidad cotidiana se presenta en dos niveles, el individual y el colectivo, podemos también identificar que sus manifestaciones no son las mismas, como tampoco los escenarios en los que se desenvuelven o bien, las causas que la motivan. Así, mientras en lo individual identificamos y entendemos la violencia desde la figura del crimen o bien, la asociamos como un problema de orden psico-biológico, en lo colectivo se asocia más con las condiciones socio-políticas o socioeconómicas.

En este sentido, la psicología se ha ocupado de abordar el término de violencia como un comportamiento de bases psicológicas en el individuo, pero también ha vislumbrado el papel que desempeña la dinámica social sobre el individuo. Así pues, un factor definitivo en perspectivas teóricas de la psicología social como la *frustración-agresión*, la violencia se entiende como una reacción provocada por un estímulo externo que es causado por la frustración ante una situación; asimismo, en la línea del conductismo la *teoría del aprendizaje social* sugiere que a partir de ciertos estímulos, la agresividad puede manifestarse y será reforzada en la medida que así aprecie su recompensa en su entorno. “En esencia, lo que esta teoría postula es que ‘se puede aprender comportamientos por imitación, más concretamente por la visión de que esos comportamientos observados han sido

recompensados o reforzados. De este modo, si alguien ve que un comportamiento agresivo de una persona es reforzado, entonces lo puede aprender”.¹⁵

Si bien pareciera haber evidencia de que la violencia es un hecho socialmente mediado — aunque su análisis se centre en el individuo—, es relativamente fácil equiparar agresividad con violencia, cuando no son lo mismo. *Grosso modo*, mientras la agresividad se entiende como parte de la naturaleza humana: “una tendencia natural para la defensa frente a alguna amenaza o la necesidad de alimentarse, lo cual opera a favor de la sobrevivencia”¹⁶, violencia se inscribe en el hecho de ser un acto orientado al daño intencional de un individuo hacia otro, es decir, “la violencia es agresividad, sí, pero agresividad alterada, principalmente, por la acción de factores socioculturales que le quitan el carácter automático y la vuelven una conducta intencional y dañina”¹⁷.

De modo que, desde la perspectiva de la psicología social, implícitamente se reconoce que la configuración de la violencia —como comportamiento— responde a la incidencia del medio en el individuo, aunque esta concepción abstracta del entorno sociocultural también nos haría suponer que todos los comportamientos violentos se pueden explicar a través de la frustración o el aprendizaje en contextos diferenciados, como también se puede visualizar la violencia como un acto de manifestaciones físicas, porque de la misma forma se piensa la agresividad.

Si bien algunos teóricos como Jean-Claude Chenais sostienen que: “La violencia en sentido estricto, la única violencia medible e incontestable es la violencia física. Es el ataque directo, corporal contra las personas. Ella reviste un triple carácter: brutal, exterior y doloroso. Lo que la define es el uso material de la fuerza, la rudeza voluntariamente cometida en detrimento de alguien.”¹⁸, lo cual es cierto en enfoques socio-demográficos y estadísticos; sin embargo, Sanmartín recupera propiamente los elementos que abren el término a la

¹⁵ Padilla Arias, Alberto, “Reflexiones en torno a una psico-sociología de la violencia, cultura y educación”, *Versión. Nueva Época*, núm. 8, 2011, p. 3. Disponible en la Web: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/articulos/7-577-8271tjo.pdf [Consultado el 22 de abril de 2014].

¹⁶ *Ibidem*, p. 3.

¹⁷ SanMartín, José, “¿Qué es esa cosa llamada violencia?”, *Boletín diario del campo*, suplemento, 2006, p. 9.

¹⁸ Blair Trujillo, Elsa. “Aproximación teórica al concepto de violencia”, *Política y Cultura*, núm. 32, México, UAM-X, 2009, p.13.

consideración de matices, tanto en su naturaleza, en las formas, como sus manifestaciones según los factores socioculturales que le dan cabida como “conducta intencional y dañina”.

En este sentido, la sociología ha sido probablemente la primera disciplina que visualizó la problemática de la violencia en el entramado social; así, es visualizada como una acción que va y viene del plano individual al colectivo y viceversa, explorar en su explicación requerirá primero entender las relaciones individuo-sociedad. Al retomar una interpretación de la teoría clásica de Durkheim

[...] la relación entre individuo y sociedad está en función de la relación entre el volumen de la conciencia colectiva y el de la conciencia individual; a igual relación entre los dos volúmenes, debe ejercerse una acción tanto mayor sobre el individuo la conciencia colectiva cuando ésta tiene más vitalidad; si sucede en todo caso lo contrario, la conciencia colectiva sólo débilmente conduce a la conciencia individual y, por ende, ésta tenderá a seguir su propia inclinación y la solidaridad social será menor.¹⁹

Dicho lo cual, la violencia estaría relacionada con la conciencia del individuo respecto de su colectividad, lo que empata con la idea del debilitamiento de las estructuras del control social y la búsqueda de intereses particulares en la teoría durkheniana de la desintegración y la solidaridad social. No obstante, esta perspectiva a su vez supone y sugiere una valoración y construcción dual de la violencia respecto de la dinámica de reproducción social:

[...] el conflicto como la violencia son “normales” en la medida en que se repiten en los diferentes tipos sociales y coadyuvan a su reproducción y supervivencia. Pero la concepción general de la teoría lleva a que se los considere como “patológicos”, a partir de su magnitud y efectos sobre la cohesión y la solidaridad. En efecto, el conflicto y la violencia pueden contribuir de manera decidida a resquebrajar las formas de solidaridad y cohesión más que a consolidarlas.²⁰

No obstante, hay que señalar varios puntos a partir de lo anterior; en primera instancia, la violencia quedó compendiada de forma secundaria en el análisis de la solidaridad y cohesión social en la teoría de Durkheim, lo que supone que fue vista de forma somera, no como una problemática *per se*; de igual forma, esta aproximación es una interpretación de la *función* que cumple la violencia, implícitamente se da por sentado que ésta en los “diferentes tipos

¹⁹ Arteaga Botello, Nelson, “El espacio de la violencia: un modelo de interpretación social”, en *Sociológica*, año 18, núm. 52, México, UAM, 2003, p. 124.

²⁰ Guzmán B, Álvaro, “Sociología y violencia”, *Documento de Trabajo no. 07*, Colombia, CDS-Universidad del Valle, 1990, p. 13.

sociales”, refiere a su naturaleza tangible —el enfrentamiento directo con miras al daño físico del o de los otros—.

En la obra de Durkheim, la *División del trabajo*, las tensiones que pueden surgir en la estructura organizacional y la falta de normatividad que puede llevar al conflicto entre grupos, sugiere la mirada de la violencia desde la perspectiva colectiva pero, al mismo tiempo, esclarece la manifestación de la violencia en lo social. Es decir, se plantea la lucha colectiva o individual por *resolver las tensiones en la estructura*, o bien, *la satisfacción de intereses personales*. En nuestras sociedades la apreciación de la violencia también se ubica desde estas dos perspectivas: la individual, que aduce generalmente a la violencia como la delincuencia y criminalidad; y la dimensión colectiva, que señala a la protesta o manifestación respecto de las condiciones sociales en sus diferentes niveles, lo cual considera la dimensión política y económica.

Si bien en la misma línea de la teoría clásica de la sociología la violencia, trasladada a estas esferas —parte del entramado social— también adquiriría características específicas, con la sociología política y la teoría clásica de Weber que retoma a la violencia como un desagregado y poder del Estado, socialmente la violencia también tendría cabida a partir del cuestionamientos del orden legítimo y aparecería la protesta, la manifestación social y la lucha armada contra el Estado y el orden establecido.

De igual modo, en el ámbito económico, siguiendo el pensamiento marxista, la violencia estaría guiada por la tensión creada en la colectividad a partir del sistema productivo y el modo de producción capitalista, de forma tal que la solidaridad entre la clase obrera sería el motor de la revolución que también estaría encaminada al resquebrajamiento del sistema económico; sin embargo, en nuestras sociedades actuales la violencia ya no se configura respecto de las luchas políticas o de clases.

Según los supuestos de la globalización y el neoliberalismo la violencia, en el ámbito político y económico, ya no tendría cabida dados los principios de democracia y desarrollo económico generalizado en los que se desarrollan nuestras sociedades actuales, lo que no sugiere que esta problemática ha dejado de existir sino, más bien, pareciera se ha enmarcado únicamente en el espacio social sin ninguna relación con lo político y económico; sin

embargo, ésta también ha sufrido una metamorfosis respecto de la forma como hoy en día se construye, se percibe y se entiende tanto a nivel individual, como colectivo.

De entrada, la idea general presente en nuestras sociedades es que se trata más de una problemática de individuos que de colectividades; asimismo, la dificultad que ha generado el aprehenderla como categoría y como concepto, deviene de que en la realidad se ha dado una diversificación de actores que la ejecutan, como escenarios en los que tiene lugar y por tanto naturalezas, formas y expresiones a las que ha dado cabida.

Por un lado esto tiene sentido si miramos las condiciones sociales, económicas y políticas que se desarrollan en la actualidad, pero también los cambios socioculturales que ha traído consigo el modelo económico y la globalización. Lo anterior aduce a que la violencia como categoría, también se enmarca respecto de una carga simbólica y valorativa que le da sentido a aquellas conductas reprobatorias social y culturalmente, según el contexto socio-cultural de la sociedad en la que se hace presente.

Así, desde la perspectiva social, la violencia correspondería con una serie de circunstancias en donde un determinado comportamiento es catalogado por una sociedad como violento.

Establecemos relaciones con nuestro entorno, empleando modelos aprendidos de pensamiento que tienen asociaciones afectivas de lo deseable y lo indeseable. Cuando actuamos siempre lo hacemos evocando ciertos esquemas que orientan nuestras acciones y le dan un sentido específico. Estos esquemas los hemos incorporado en nuestra vida social con otros, en nuestro círculo íntimo y en el más amplio. Son ellos los que confirman la justeza y el sentido de nuestras acciones. Por ello las acciones humanas, y las acciones violentas entre ellas, sólo pueden entenderse en relación con un contexto social particular.²¹

La sociología clásica lo concibió como una consecuencia producto de las tensiones que se podían formar en lo social; desde otras perspectivas, no sólo se entiende como una consecuencia sino como un proceso cotidiano que tiene sus raíces en la cultura y no *necesariamente cumple con la cualidad de ser medible e identificable.*

²¹ Jimeno, Miryam, “Cultura y violencia”, *Biblioteca Virtual de Desarrollo Sostenible y Salud Ambiental*, p. 17. Disponible en: <http://www.bvsde.paho.org/sde/ops-sde/bvsde.shtml>, [Consultado el 22 de abril de 2014].

En este sentido, el estudio de la violencia desde la antropología recupera elementos que otros enfoques no retoman o bien, no consideran como elementales en su construcción como proceso sociocultural. El sentido mismo que juega el referente cultural, los valores objetivos y subjetivos que se le atribuyen, así como su construcción simbólica, ética y moral, adquiere relevancia cuando se plantea que la noción en cuestión involucra otras cualidades que la definen, pero al mismo tiempo la particularizan en un espacio temporal determinado.

Si bien la etnografía se ocupa del estudio de la cultura de sistemas sociales ajenos a Occidente, con frecuencia su interpretación retoma lo anterior cuando “en sus usos habituales o ‘nativos’ el concepto de violencia funciona más como término moral que descriptivo. Se le utiliza para condenar prácticas o procesos que nos resultan desagradables o intolerables para sus enunciadores, esto es: objeto de censura [...]”.²²

Este significado que le asignamos a la violencia, para definir y/o identificar qué es y qué no es, parte de consideraciones socioculturales individuales y colectivas; si bien nuestro comportamiento se encuentra determinado por nuestro modelo cultural, incorpora toda una concepción particular de valores y símbolos que dotan de significado a nuestras relaciones, es decir, que la violencia desde una perspectiva sociocultural, se encuentra definida por la carga moral que le es asignada según las normas y costumbres socialmente aceptadas.

Por su parte, Alejandro Isla y Daniel Miguez precisan el contenido anterior al incorporar otros elementos de juicio provenientes de distintos campos pero que adquieren unidad de sentido:

La violencia... siempre depende de valores subjetivos el dominar una acción de tal forma (...) Estas interpretaciones siempre están relacionadas con valores que se desprenden, no sólo de normas y leyes generales, sino de su socialización según un conjunto de relaciones sociales mediadas por la clase, la cultura y subculturas, la localidad, la familia e incluso también por la misma subjetividad de la persona [...] Tiene de esta forma múltiples puntos de referencia (...) por ello nosotros la conceptualizamos, en una primera aproximación como forma de transgresión a usos, normas y leyes de una sociedad. De esta manera la violencia, en su expresión física o simbólica es parte de las relaciones sociales. Es episódica en sus manifestaciones extremas (el daño físico) pero en sus manifestaciones no extremas es

²² Garriga Zucal, José y Noel, Gabriel, “Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso”, en *Publicar*, año VIII, núm. IX, 2010, p. 3.

cotidiana e inminente a las relaciones sociales, pues hace parte de la tensión permanente entre el cumplimiento del orden establecido y su trasgresión.²³

Con esta postura, al tiempo que reafirman la construcción sociocultural de la violencia y su significación, también dan pauta para rescatar elementos que supondrían pensar a la violencia como un comportamiento que pasa casi desapercibido en el modelo cultural, que lo asimila como natural y que incluso resulta, socialmente aceptado.

En esta línea, la sociología de la cultura en su vertiente constructivista rescata una aproximación que hace Bourdieu respecto a la violencia desde el plano de lo simbólico. Parte de la consideración de las estructuras sociales y su relación —imposición, lucha de clases, dominación— con el individuo aunque también abre a la consideración de causas lo que él denomina las condiciones subjetivas, donde se insertan los comportamientos entre individuos y las interacciones sociales. La violencia simbólica “se estructura como una forma ‘invisible’, que busca imponer unos significados legítimos ilegitimando a otros no convenientes, contrarios”.²⁴ Ésta se estructura a partir de expectativas colectivas y creencias socialmente inculcadas, es decir, tal o cual forma de actuar en una sociedad específica no resulta violenta dado su referente cultural, sino a los ojos de otra sociedad que lo reconoce como violencia a partir de la identificación del componente de dominación.

Asimismo, esta concepción de lo que es o no violencia según nuestro referente sociocultural, también determina la forma como dicha problemática se ha de manifestar, es decir que, “la violencia al generarse o tener eco en determinada sociedad, adquiere su expresión a través de los modos de vida que ella afecta y en medio de los cuales se desarrolla”²⁵. Esto constituye el punto de referencia que permite hablar de diferentes tipos de violencia en lo social y donde el *daño* intencional se abre a la consideración de diferentes niveles y naturalezas de manifestación.

En este sentido, su construcción en la realidad pone de manifiesto que violencia, en el sentido estricto de la palabra, no alcanza a retratar el proceso respecto de su naturaleza en constante

²³ *Ibidem*, p. 8.

²⁴ Moreno Moreno, Hugo César, “Bourdieu, Foucault y el poder”, *Voces y contextos*, vol. I, núm. II, México, Universidad Iberoamericana, 2006, p. 3.

²⁵ Recasens Salo, Andrés, “Aproximaciones antropológicas al fenómeno de la violencia”, *Revista de Antropología*, núm. 18, Santiago de Chile, FCS-Universidad de Chile, 2005-2006, p. 32.

construcción y significación, como tampoco retrata las formas, expresiones y naturalezas que de ella se desprenden o a las que da lugar cuando se construye en un contexto y a partir de sujeto y escenario específicos; de ahí que, al establecer una relación entre juventud y violencia, no sólo se piensa de forma inmediata en los jóvenes como los agresores, sino también en nuestras sociedades actuales, donde este tipo de violencia es percibida en torno a actos de delincuencia y criminalidad.

Así pues, en el imaginario social la violencia juvenil no sólo pareciera estar bien identificada y delimitada respecto de lo que comprende y quienes la ejercen, sino también esta apreciación obvia las interrelaciones que se pueden establecer entre los jóvenes y la violencia, así como también a la misma construcción de las categorías sociales en cuestión; es decir, se da por hecho que la juventud y la violencia pueden ser fácilmente definidas e identificadas en lo social al igual que, el impacto que tiene sobre las víctimas y los victimarios, en tanto se alude, generalmente, a una manifestación de daño físico que atenta contra las reglas socialmente aceptadas.

Lo anterior tiene sentido si consideramos que al reparar en violencia juvenil como acto de delincuencia y criminalidad, necesariamente nos remite a una perspectiva jurídica pues, por un lado, la juventud es aprehendida respecto de un rango de edad, mientras que la violencia únicamente se entiende como el daño físico intencional hacia alguien, en consecuencia la violencia juvenil se ha entendido como las “acciones u omisiones que suponen un quebrantamiento de la ley y que ponen al joven en contacto formal con los sistemas de justicia.”²⁶

En este sentido, gran parte de la apreciación social y política sobre la problemática se encuentra delineada por esta perspectiva, y aunque es indiscutible que la violencia juvenil tiene que ser aprehendida desde lo jurídico, dado que en esencia constituye conductas reprobatorias socialmente, en el terreno de las ciencias jurídicas en su tarea de regular para una mejor convivencia social, también es cierto que este tipo de violencia, sus expresiones,

²⁶ Sanmartín, José, “¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia”, *Daimon. Revista de Filosofía*, núm. 42, Murcia, Universidad de Murcia, 2007, p. 17.

impactos y naturaleza se encuentran estrechamente vinculadas a cuestiones de orden social y cultural y por tanto, no pueden ser únicamente encasilladas en una definición

Lo anterior, nos hace suponer que si tratamos la problemática de la violencia juvenil, ésta resultaría igual de compleja y difícil de aprehender y de hecho así es; no obstante, sucede lo mismo que con una primera apreciación de las categorías por separado, lo que redundaría en la literatura especializada en esos elementos básicos a partir de los cuales se ha definido a esta problemática, es decir, como hechos fácilmente identificables tanto a nivel social, como jurídico, sin caer en cuenta de que en nuestras sociedades, la juventud no sólo se ha vuelto más tendente a expresiones de violencia sino también, la ha recreado más allá del acto físico orientado únicamente al daño intencional hacia otro.

Así pues, sucede que desde estas perspectivas se descontextualiza tanto juventud como violencia, lo cual no permite visualizarlas como procesos complejos que tienen razón de ser y se encuentran caracterizados, en primera instancia, por la forma de manejar la categoría juventud, y en segunda por cómo se construye, entiende y desarrolla la violencia. Así, en tanto que no sean caracterizados ambos términos a partir de su contexto, no será posible mirarlos como procesos, como tampoco entender a los jóvenes y a las expresiones de violencia como construcciones socioculturales.

De igual forma, propiamente desde lo conceptual, la relación entre juventud y violencia resulta ser una expresión que comprende algo más que definiciones rígidas o perspectivas acotadas a una sola disciplina. La realidad está planteando a la violencia en ciertos contextos como una problemática que se ha impregnado en el tejido social; se ha recreado incluso como un referente de cotidianidad, donde las apreciaciones simplistas y lineales se han visto superadas por los procesos que están sucediendo en la realidad.

De ahí que tales categorías por separado se vean desfasadas desde lo conceptual si se plantean en realidades concretas, pues son en éstas donde su relación no empata con una definición o la mirada única de una disciplina. Asimismo, la complejidad y dilema que refiere en estos términos la relación de juventud y violencia, es que por separado se abren a una gran cantidad de acepciones, mientras que de forma conjunta, se reducen a visualizarlas y equipararlas a la luz de consideraciones jurídicas, lo que tiende a estrechar y hacer rígido su contenido.

Si intentáramos una aproximación desde las Relaciones Internacionales (RRII), nos vemos en la necesidad de mirar a la violencia desde una consideración política. Los acercamientos que se han hecho desde nuestra disciplina tienden a privilegiar la problemática desde un enfoque político preferente y recientemente, económico, lo que nos remite a una visión clásica sobre las relaciones de poder.

El tema de la violencia no es concebido en si mismo desde las RRII sino en función de la teoría clásica del realismo y el neorrealismo, así como de sus “efectos internacionales”, siempre desde un enfoque político y económico, siendo que en la actualidad la violencia está planteando desafíos tanto conceptuales como disciplinares que no pueden ser analizados únicamente desde un enfoque, una disciplina y mucho menos ignorando lo social o relegándolo a lo político y económico. Incluso desde esta perspectiva, la violencia *per se* no constituía como un objeto de estudio propio sino subordinado u “oculto” en las relaciones políticas.

Lo anterior nos sugiere que se ha privilegiado y desdeñado el estudio del binomio juventud y violencia desde el ámbito disciplinar; como objeto de estudio, únicamente se ha planteado respecto de ciertas disciplinas o su análisis a partir de ciertos enfoques, como si la realidad fuera algo que se pudiera fragmentar de forma tajante y se pudiera aseverar que la incidencia entre esferas no ocurre. No obstante, en la actualidad la realidad se reconoce como más dinámica y compleja: lo que ayer parecía tener límites claros y fijos, hoy en día se recrea a partir de nuevos procesos y dinámicas.

Este cambio en la realidad o mejor dicho, la complejidad con la que se desarrolla y construye en la actualidad, nos sugiere que tratar nociones desde una única tradición disciplinar — generalmente aquella que las vio nacer—, nos acota a veces de modo rígido a una forma específica de entender y aprehender la realidad, lo que si bien no sugiere que sea inapropiado, sí tiende a segmentar la realidad como si fuera posible identificar o establecer límites precisos entre objetos, sujetos y sus relaciones.

A partir de tal consideración, la dinámica de la realidad ha dado pie a que los fenómenos se manifiesten en las diferentes esferas de la vida social, lo que también supone un cambio en sus causas, sus manifestaciones y en los sujetos y los escenarios que intervienen para

reconfigurarlos. Estos cambios no son inherentes a su aprehensión como objeto de estudio en las ciencias sociales, de modo que “ciertas nociones circulan y, a menudo, atraviesan clandestinamente las fronteras sin ser detectadas [...]. Contrariamente a la idea, fuertemente extendida, que una noción no tiene más pertinencia que en el campo disciplinario donde ella ha nacido”²⁷.

Precisamente esto sucede con las categorías de análisis propuestas, pues si bien, se ubican en el marco de una disciplina preferencial —la sociología—, al ser ésta la que les dio cabida como categorías de análisis o desde donde se han establecido los paradigmas y principales líneas de abordaje, no sugiere un monismo teórico-metodológico; el traslado conceptual o bien su recuperación por otras disciplinas para su estudio, nos habla de que como fenómeno, su alcance trasciende una cuestión conceptual y por tanto el campo disciplinar.

En este sentido, la construcción de conocimiento en las ciencias sociales ante la complejidad de la realidad, necesita echar mano de diferentes enfoques y perspectivas teóricas, no como una suma de partes sin relación alguna, sino como una recuperación de elementos que permitan explicar un segmento de la realidad a partir de su múltiple interacción. Esto sugiere que en ciertas disciplinas debe romperse la idea que aún prevalece sobre los fenómenos o problemáticas que son pertinentes a su área de estudio y los que no lo son, pues si bien la naturaleza disciplinar ya implica una determinada orientación, es erróneo creer que los objetos de estudio sólo tienen cabida y explicación en lo social, lo político o lo económico por ser las más redundantes.

De modo que la realidad actual nos obliga a reflexionar, tanto desde lo teórico como desde lo disciplinar, acerca de la forma como estamos aprehendiendo segmentos tan complejos, como en el caso de juventud y su relación con la violencia. Una simple mirada hacia sus construcciones como sujetos y fenómenos tangibles en el tejido social hace evidentes las diferencias entre su conceptualización, la teoría, su construcción social y nuestra percepción.

²⁷ Morin, Edgar, “Sobre la interdisciplinariedad”, en el curso internacional sobre “La complejidad y la transdisciplina”, Medellín, Dirección de Investigación-U.P.B., Unesco, Colciencias, CNRS, Embajada Francesa y Unisalle, del 24 al 28 de febrero, p. 11.

1.2 Juventud, jóvenes y violencia: entre el dato, la percepción y el proceso

En nuestras sociedades se han manejado ciertos modelos que registran formas particulares de percibir un determinado segmento de la realidad. Para el caso de figuras como juventud y violencia se consideran ciertos parámetros sociales que sugieren una forma de definir e identificar estos términos, tanto por separado como en su conjunto. Así, en la actualidad la juventud se entiende respecto de dos características: la edad biológica y la carga valorativa que se le asigna; mientras que violencia es percibida según conductas tipificadas como un delito, esto es, la criminalidad y el homicidio.

A partir de lo anterior, podemos decir que juventud primordialmente en Occidente constituye una apreciación más o menos identificable que comienza con la entrada a la adolescencia y termina en el momento cuando se adquiere la condición adulta. Esta visión *formal* de juventud se apoya, por un lado, en los enfoques socio-demográficos y estadísticos, y por otro, de la visión biológica del ser humano. Asimismo, la carga valorativa que entraña juventud como categoría social la caracterizan respecto de la idea de vitalidad, fortaleza o cambio social aunque también como una etapa de irresponsabilidad y vulnerabilidad, o peligrosa y violenta.

Lo anterior indica la importancia del referente punto de partida en los análisis, planteamientos y acciones al estudiar o abordar el fenómeno, según sea el caso, pues la tendencia a objetivarlo y, por tanto, a reducirlo a datos en informes y estadísticas fuera del contexto en el que tienen lugar limita la posibilidad de caracterizarlo, tipificarlo y, en tanto manifestación de un malestar social, enmarcarlo para encauzarlo con mejores resultados, en primer lugar, para la sociedad donde se presenta. Por ello, conviene hacer algunas consideraciones.

En nuestras sociedades y desde la visión dominante —la visión político-institucional— juventud es una realidad homogénea, una etapa biológica y transitoria obligada para todo ser humano; sin embargo, este mismo parámetro que va, entre la edad en que se desarrollan las funciones sexuales y la edad promedio en que se reproduce los cánones tradicionales de

salida hacia la adultez —la total autonomía e independencia del núcleo familiar y la construcción de una familia propia, así como la plena inserción en el sistema productivo—; también sugiere que en sí misma, pierde sentido cuando no se visualiza respecto del grupo específico que la contiene: los jóvenes.

La visión formal alude a juventud y jóvenes como si fueran una misma categoría, de tal modo que algunos organismos internacionales recuperan juventud respecto del rango de edad que comprende *ser joven*. Así, la Organización de las Naciones Unidas ha tomado como rango aproximado el que sitúa a los jóvenes entre los 15 y los 24 años de edad; esta aproximación por un lado, constituye el referente internacional que ubica quien es joven y quien no, pero también, ha supuesto que los jóvenes son un grupo poblacional, etario que se *da* y se desarrolla de igual forma en cualquier sociedad.

No obstante, a esta apreciación formal también sigue una apreciación social como proceso paralelo que, si bien se ha visto alterada por la visión dominante, también se construye de forma más abierta y difusa respecto de los límites que se nos han presentado como rígidos. Esto nos sugiere que tanto juventud como jóvenes, no son ni pueden ser iguales en todos los contextos de Occidente, como tampoco han surgido de forma conjunta o se han mantenido como una categoría y sujeto social estático desde su institucionalización, hasta los tiempos actuales.

Si bien la institucionalización de la juventud como fenómeno contenido en los jóvenes propiamente se da en la década de los ochenta a partir del *Año Internacional de la Juventud* en 1985, la aparición de los jóvenes se manifiesta incluso antes que la propia juventud en Occidente. El contexto de la reconstrucción de Europa a inicios de la segunda mitad del siglo XX, no sólo significó una urgente reconstrucción económica y reestructuración política después de los dos grandes conflictos bélicos, sino una serie de cambios estructurales que condujeron a modificar las relaciones sociales. Conceptualmente hablando, los jóvenes no aparecen en la escena social sino hasta la década de los años setenta; la industrialización, la reactivación económica de los países europeos y la urbanización promovieron la migración de las zonas rurales a las urbanas, así como una explosión demográfica posterior dio como

resultado que años más tarde, los jóvenes manifestaran su existencia como actores sociales, y después se construyera la juventud como una apreciación del nuevo contexto social.

[...] una época particularmente significativa en la historia del siglo XX fue la década de los setenta, caracterizada por un acusado desarrollo económico. El consumismo que acompañó el *boom* de los setenta fue simultáneo a acontecimientos e innovaciones de gran trascendencia social, tales como la masificación del turismo, la emigración, el notable auge de los medios de comunicación —en especial de la televisión, que entró en escena—, todo lo cual redundó en mayor intercomunicación y se coronó con la apertura política del sistema. Aunque los cambios sociológicos producidos afectaron a la población en su totalidad, fueron sin duda los jóvenes los principales beneficiarios, así como sus máximos protagonistas, un protagonismo sin precedentes en la historia del movimiento juvenil, que hizo que se hablara de jóvenes en los setenta. Lo más destacado y característico fue la revolución que produjeron en la esfera de las costumbres en cuyos signos externos figuran la indumentaria extravagante, colorista y descuidada, las melenas, los pósters, los discos y la música estridente, relaciones sexuales, etc. Con estos y otros ingredientes, la juventud, pasó a considerarse casi como una nueva clase o estamento social, que tomó conciencia de sí misma y su poder rompiendo con la atonía de las épocas pretéritas.²⁸

La manifestación masiva de los jóvenes en esta década caracterizó la forma de percibir *lo juvenil* como una construcción propia, es decir, la forma de ser, comportarse y vestirse desde los mismos jóvenes; desde el imaginario social y el poder político pero, al mismo tiempo, dio una pauta para que *juventud* fuera etiquetada respecto de ciertos valores, y *jóvenes* respecto de un estereotipo.

Sin embargo, esto supuso sólo una apreciación de las tantas *juventudes* que tenían lugar en Occidente y que se venían construyendo desde décadas anteriores. Si bien las condiciones sociales, económicas, políticas, culturales e incluso tecnológicas de esta década permitieron que los jóvenes saltaran a la escena social y se consolidaran como parte del cuerpo social, una década atrás ya habían hecho eco en el entramado social y la escena política con los movimientos estudiantiles y las subculturas urbanas.

A partir de condiciones generalizadas pero en contextos diferenciados, los jóvenes y la juventud se configuraron y se manifestaron de diferente manera en las distintas latitudes de Occidente, una vez entrada la posguerra y la reconstrucción. La década de los sesenta es recordada —entre otras cosas— por los movimientos estudiantiles que tuvieron lugar en

²⁸ Cueva Perus, Marcos. *La juventud como categoría de análisis sociológico*, México, Cuadernos de investigación-IIS-UNAM, 2005, pp. 25-26.

Europa y América Latina, los movimientos culturales en Estados Unidos, así como una industria cultural en auge que influyó directamente en los jóvenes.

En este sentido, la perspectiva que dominó la apreciación de la noción de jóvenes en el plano social y político fue la construida a partir de su pertenencia a los sistemas de educación, es decir, fueron concebidos como los estudiantes de nivel medio y superior. Así pues, este contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial donde los procesos de educación formal se alargaron, la moratoria escolar y la incorporación a los sistemas de producción constituyó uno de los ejes referenciales que le dieron contenido a juventud como categoría de análisis social en el terreno académico.

Precisamente, “el análisis parsoniano [que] domina la literatura sobre juventud durante las décadas de los cincuenta y sesenta, dentro de la temática de la modernización, del fin de la sociedad de clases y la expansión de la sociedad de consumo: la cultura juvenil sería la punta de lanza de un cambio hacia una sociedad mejor, más democrática, más rica”²⁹. Así, el desarrollo económico que se gesta a partir de la Segunda Guerra Mundial, tanto en Europa como en Estados Unidos, cambia los estándares de vida y con ello, lo juvenil se convierte en un nuevo mercado cultural. De tal suerte surgía “un nuevo orden internacional que conformaba una geografía política en la que los vencedores accedían a inéditos estándares de vida e imponían sus estilos y valores. La sociedad reivindicó la existencia de los niños y los jóvenes como sujetos de derechos y, especialmente, en el caso de los jóvenes, como sujetos de consumo.”³⁰ A partir de la consolidación del capitalismo en Occidente, la juventud se entiende —desde el área económica— como un agente de consumo y por tanto, lo juvenil no refiere una característica de la juventud, constituye una cualidad o actitud que era posible insertar de forma indiscriminada en los individuos, siempre que fuera compatible con las exigencias económicas que implicaba *adquirir* la juventud.

No obstante, este panorama que le presentó como grupo social unificado, fue una imagen construida a partir de la industria cultural y la sociedad del consumo pero también, de la

²⁹ Martín Criado, Enrique, *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*, México, Istmo, 1998, p. 28.

³⁰ Reguillo Cruz, Rossana, “Emergencia de culturas juveniles, estrategias del desencanto”, en *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000, p. 6.

apreciación muy específica de los jóvenes: los universitarios de clase media que tenían la posibilidad de acceder a cierto capital material y simbólico de la modernización. En las mismas latitudes pero en diferentes escenarios tuvieron lugar otras realidades; la juventud, no era —desde esta perspectiva— pensada y vista a partir del estereotipo de las clases medias, donde el consumismo era posible, más bien se presentaba como una consecuencia de otro tipo de problemas sociales.

En el contexto específico de las áreas urbanas de Estados Unidos, estaba pensada y tenía presencia otra realidad de juventud y jóvenes que distaba de la perspectiva *cuasi* romántica de la juventud como el futuro del mañana. En un contexto social marginal, la emergencia social de la juventud y los jóvenes tuvo cabida desde la primera mitad del siglo XX. La industrialización, la urbanización, el crecimiento demográfico, la migración de las zonas rurales a las zonas urbanas, así como la migración internacional que llegó a Estados Unidos y se asentó en las grandes ciudades, dio paso a problemáticas de desempleo, pobreza, marginación, violencia y racismo que se concentraron en las periferias de las zonas urbanas.

En este sentido, la juventud se entendió como consecuencia de la desorganización social en las grandes ciudades, de modo que fue vista a la luz de subculturas de corte preferentemente delincuenciales; con la aparición de pandillas juveniles en las periferias urbanas durante toda la primera mitad del siglo XX. Así, las problemáticas de pobreza, marginación, exclusión, racismo y delincuencia pusieron en la escena a la juventud desde las consideraciones psico-biológicas y a los jóvenes bajo el estereotipo de la raza, clase y su condición situacional desfavorecida, en las teorías de criminología y desviación social desarrolladas por el departamento de sociología de la Escuela de Chicago.

Los contextos de estas décadas también dieron pie a que social y políticamente, la juventud pasara, de ser la metáfora del *cambio social*, al desencanto de una problemática en ascenso. Una situación similar pero diferenciada que también tuvo lugar en el contexto anglosajón de la posguerra fue la aparición de subculturas, donde la expresión de los jóvenes adquirió un estilo propio al manifestarse como grupos con una forma cultural propia.

Los aportes de los estudios culturales en el Círculo de Birmingham también propusieron la perspectiva de las *subculturas juveniles*, de modo que la juventud fue entendida como el

resultado de la relación entre clases; ésta tenía razón y sentido de ser a partir de la dominación de clase y la resistencia a la cultura hegemónica, donde un grupo social —los jóvenes de las clases populares— buscaba negociar su posición a partir de la construcción sociocultural que se materializó en el surgimiento de lo que hoy en día se denomina *tribus urbanas*.

Desde finales de la década de los sesenta, los movimientos estudiantiles surgieron como un reclamo al Estado y al sistema educativo incapaz de proveer condiciones para la enseñanza y sociales para toda la población. Asimismo, “el desfase se produce desde el momento en que, con la entrada en la crisis a partir de los años setenta, las condiciones de empleo para los jóvenes no tiene ya paragón con las incitaciones de consumo”³¹; así pues, la “problemática juvenil apareció como el resultado normal, en muchos aspectos, del crecimiento económico de posguerra y de las transformaciones sociales que trajo consigo, pero al mismo tiempo puso al descubierto los aspectos patológicos de aquél, con la aparición de bolsones periféricos de marginación y exclusión predominantemente juveniles.”³²

En América Latina estos procesos sucedieron más lento. Mientras la juventud ya se había consolidado como categoría social y de análisis, y los jóvenes adquirirían cada vez más protagonismo en otras partes del mundo, América Latina aún se encontraba sumida en la inestabilidad política y social en la segunda mitad del siglo XX, lo que por un lado, no permitió el reacomodo de las relaciones sociales sino hasta la última década del siglo y, por otro, que la juventud apareciera como categoría social, aunque los jóvenes ya fueran parte activa de la sociedad.

Los movimientos estudiantiles que también se desarrollaron en la región a finales de los sesenta, como la participación en los movimientos de resistencia y las guerrillas latinoamericanas, construyeron en el imaginario social y político la idea de que los jóvenes eran un grupo de riesgo por su comportamiento activista y “subversivo”; en este contexto, la *juventud* fue identificada de forma indirecta a partir de los procesos de escolarización, donde los jóvenes eran los estudiantes de nivel medio y superior de los sectores populares, sólo

³¹ Cueva Perus, Marcos, *op. cit.*, p. 52

³² *Ibidem*, p. 15.

aquellos que accedían a la enseñanza pública y que participaban como actores políticos; lo juvenil entonces se reveló como lo contestatario y/o lo subversivo en términos políticos.

Sin embargo, la derrota política y el reacomodo económico y social que se da en la década de los ochenta, dejan de nuevo a los jóvenes desmovilizados como actores políticos aunque no por eso pierden presencia en lo social; las condiciones socioeconómicas que arroja la llamada década perdida, los incrementos en la pobreza, la marginación y el desempleo, propician que los jóvenes le den cabida a nuevas formas de agrupación que habrán de manifestarse abiertamente en la década siguiente, una vez que se pacifica la región de conflictos bélicos y se instaura un nuevo sistema económico y político.

Así, la juventud en la década de los ochenta deja de pensarse como un actor subversivo y peligroso desde el terreno político, pero en lo social se empieza a construir de forma diferente respecto de las décadas anteriores. Los jóvenes se visualizaron en la siguiente década como un grupo poblacional específico que habría de convertirse nuevamente en una problemática, pero ahora de la mano de las condiciones socioeconómicas que deja a su paso la incipiente modernización económica y la pacificación política. “Mientras se configuraba el ‘nuevo’ poder económico y político que se conocería como neoliberalismo, los jóvenes del continente empezaron a ser pensados como los ‘responsables’ de la violencia en las ciudades.”³³

Estos procesos develaron una problemática que ya se esbozaba en la Europa de la posguerra pero en América Latina, es hasta la década de los noventa que se establece la relación de los jóvenes con la violencia como una cuestión identificable y de carácter social. En este sentido, juventud como categoría social, no tiene espacio sino hasta la década de los noventa, tanto en el plano político como en el académico en la región y en ambos, viene recuperada una tradición heredada de ese otro Occidente que no sólo la concibió en la realidad y en el imaginario social, sino también para ese entonces, ya la había institucionalizado.

Esto reafirmó no sólo a la atención internacional que se le había concedido al tema desde los grandes organismos internacionales, también a la tipificación, legislación y definición internacional que se hizo a *juventud* casi como equiparación de *jóvenes*. Entonces, juventud

³³ Reguillo Cruz, Rossana, *op. cit.*, p. 20.

pasó, de ser una construcción social, a un actor sujeto a consideración y regulación política y jurídica independiente. La mirada institucional a partir de la cual se estructuró supuso, por una parte, *convertir* a los jóvenes en un dato numérico y por otra, desproveerlos —y a la misma juventud—, de su componente social y cultural particular y dinámico.

Así pues, el estudio de las condiciones socioeconómicas hecho por organismos internacionales, como las características demográficas de los países desarrollados, no sólo constituyeron un referente desarrollado en las últimas décadas del siglo XX como formas de hacer políticas públicas a través de las recomendaciones internacionales, sino igualmente permitieron visualizar la noción de manera tan homogénea como lo suponía el modelo económico y la globalización, lo cual remitió de nuevo a las bases psico-biológicas pero al mismo tiempo, pugnó por el establecimiento de diferencias según sus contextos particulares.³⁴

En el contexto de América Latina, juventud tuvo cabida, o mejor dicho fue visualizada a partir de referentes particulares y predeterminados. A diferencia de como fue percibida en un inicio en la posguerra, —juventud como grupo social y lo juvenil como un estatus/actitud en el terreno económico, o una condición en el terreno social—, en la región se percibió como grupo social delimitado por la edad pero también por la clase social y las condiciones situacionales, es decir, jóvenes eran aquellos de estratos sociales bajos y populares, expuestos a condiciones de pobreza, marginación, desigualdad y/o exclusión, de ahí que se encontraran ligados a situaciones de violencia —esencialmente desde una visión donde ellos eran los ejecutores— y por tanto, juventud se volvía una categoría estática y marginal, mientras que violencia era presentada como conducta pero principalmente, una consecuencia de los vicios sociales que esta misma juventud había adquirido en la década de los ochenta; no obstante, los procesos de formación, como de interrelación, resultan más complejos en situaciones específicas, que una caracterización general.

³⁴ Esta situación se ha visto reflejada aunque de forma parcial en los distintos rangos de edad que manejan no sólo los organismos internacionales sino también los propios gobiernos, así como las políticas públicas puestas en marcha, pues si bien hablan de jóvenes y juventud —como unidad—, se encuentran focalizadas en grupos sociales de cierto territorio geográfico o cierto contexto situacional.

Socialmente, juventud tiene lugar como proceso intervenido por el contexto sociocultural particular de cada sociedad; con esto no quiero decir que socialmente no haya un marco de referencia para proponer un cambio de estatus social de joven a adulto, puesto que esto tiene que ver con la madurez social —independencia económica, la conclusión de la educación formal, la incorporación al mercado de trabajo y la conformación de una familia propia—; más bien, a pesar de estos referentes, la dinámica sociocultural determina las experiencias de vida y por tanto, no son iguales para todos, ni se inician en iguales condiciones en términos temporales.

Los procesos que tienen lugar en el nuevo siglo se encuentran mediados por la globalización y el sistema neoliberal de suerte tal que, en la actualidad, las dinámicas sociales están construidas desde una base de constante cambio que interactúa con nuevos actores y en nuevos escenarios donde los valores, tanto sociales como familiares, también se han modificado. Así pues, juventud y los jóvenes no han quedado ajenos a los cambios de todo tipo; hablando de la juventud, ésta ya no representa lo que hace tres décadas significaba en el terreno social, ya no se idealiza del todo como el futuro del mañana ni el cohorte donde se inculcarán y albergarán los valores para permitir la reproducción social; más bien, es vista como un actor social presente, con fuerza y dinámica propia, a veces más distante del mundo adulto y de los valores y aspiraciones de décadas atrás.

Si bien juventud sigue siendo vista como un fenómeno segmentado y homogéneo, en tanto grupo etario con una fuerte carga moral y simbólica desde donde es percibido como bueno o malo, más que una etapa de transición, se ha vuelto un segmento de permanencia que se va alargando hacia arriba o hacia abajo, según las consideraciones “oficiales” de los rangos de edad pero sobre todo, según las condiciones socioculturales y socioeconómicas de los jóvenes.

En este sentido, a pesar de que los jóvenes están pensados como sujetos desvinculados de su realidad social respecto de un rango de edad biológica que traspasa aquellas condiciones que socialmente los caracterizan y los dotan de límites —la escolaridad, la clase social, las condiciones situacionales en las que se desenvuelven, su condición familiar—; las grandes cuestiones de hoy en día que determinan al individuo en sociedad, giran alrededor de nuevas

exigencias de la vida, como el sustento económico, la adquisición de nuevas obligaciones y deberes, el reajuste de los roles, principalmente en el entorno familiar, lo que los ha llevado a una “maduración más rápida” a partir de la cual, se mueven e interactúan los límites entre la niñez y la juventud, como entre la juventud y la adultez.

No obstante, esta exposición acelerada a los cambios sociales y forzar hacia una constante adecuación a las exigencias sociales, también ha resultado en grandes problemáticas enfrentadas en las que se encuentran inmersos los jóvenes. Si bien desde el siglo pasado los jóvenes lentamente se iban perfilando como un problema social, hoy en día el fenómeno juvenil evidencia que los jóvenes se han visto trastocados por asuntos colaterales que vienen arrastrándose desde el siglo pasado, cuyo impacto se ha visto modificado porque con anterioridad, de alguna forma se encontraba más resguardado por las primeras instancias sociales, como la familia y la escuela.

Ahora, como herencia y como realidad, el desempleo, la pobreza, el deterioro de la enseñanza escolar, el cambio de valores, la modificación de las relaciones y del núcleo familiar tradicional, esbozan una cotidianeidad más acentuada en algunos contextos más que en otros de suerte tal, que el cambio socioeconómico y sociocultural también ha reconfigurado y actualizado, *grosso modo*, la problemática de la juventud respecto de la violencia.

En este sentido, aunque la relación entre jóvenes y violencia no es nueva, en Europa como en América se configuró de forma diferenciada. En un inicio, con la alusión a la delincuencia, el vandalismo y las peleas callejeras, el discurso político y la percepción social colocaron a los jóvenes en un primer plano de alerta, resultado de la asociación común entre las subculturas de la posguerra y el ocio en el viejo continente, de forma tal que la característica de la peligrosidad, adherida a la idea general de esa juventud que se mostraba como participante en lo social, constituyó también una etapa de transitoriedad.

En Estados Unidos, devino de forma diferente. La asociación de juventud respecto de una condicionante de raza, también fue hecha respecto de condiciones situacionales; la peligrosidad dependía de la condición social de los jóvenes, lo que implicaba que el término fuera pensado y visto respecto de un espacio geográfico específico que comprendía las periferias de las grandes ciudades; ahí donde afloraban o eran más visibles las grandes

problemáticas sociales de la crisis económica, y por tanto, el entendimiento de esa juventud como problemática, refería a una condición natural y constante.³⁵

En América Latina, no es sino hasta la década de los noventa que la delincuencia y la criminalidad aparecen como problemáticas visibles en la región —sin una distinción clara de inicio, pues políticamente los jóvenes aún no eran identificados—, asociadas a las condiciones desfasadas que generaron la pacificación política y el modelo económico en el grueso de la población. Por tanto, desde una apreciación jurídica y política, los primeros años de la década de los noventa remiten a la criminalidad como una problemática en ascenso que sólo se proclama como violencia, en el momento en que el homicidio se convierte en el crimen más destacado que aqueja socialmente aunque de modo específico, ligado a los jóvenes como actores de mayor protagonismo, como víctimas y como victimarios.

Desde el punto de vista social, los jóvenes habían pasado de ser un grupo social en el olvido, a sujetos activos y con dinámica propia a partir de las condiciones sociales, económicas y políticas que dejaba el fin de siglo; en este sentido, la *juventud* se configuraba a partir de las condiciones sociales y culturales que enfrentaban día a día los jóvenes. Es decir, si bien socialmente el término juventud estaba definido e identificado por la sociedad a partir de la referencia que situaba límites con la niñez y la adultez, la configuración del todo social lo dotaba de una configuración particular.

El contexto de globalización y el neoliberalismo de los primeros años de la década de los noventa dio cabida a cambios en la esfera social, donde principalmente los valores y roles sociales se vieron modificados de forma tal, que la lógica del consumo, como la acentuación de problemáticas del desempleo, la pobreza y la desigualdad, crearon un desfase entre las aspiraciones materiales y de consumo y las necesidades de subsistencia diaria que no se

³⁵ Es decir que, a diferencia de Europa donde había condiciones más homogéneas, los jóvenes que se manifestaban no eran precisamente de estratos bajos y tan marginados como sucede en Estados Unidos; las subculturas juveniles que se gestaron en la época de la posguerra remitían, por un lado, a una cuestión del cambio social y cultural de la reconstrucción y, por el otro, a las condiciones socioeconómicas imperantes. Así, los actos de vandalismo, delincuencia y peleas callejeras planteaban cómo se desarrollaba una asociación en común y el ocio, al igual que la expresión social —era, por así decir, una moda extendida donde intervenían procesos, como la conformación de la identidad—. No así se dio en Estados Unidos, en donde las condiciones socioeconómicas de estos sectores en específico se gestaba esa *juventud* y se encontraban intervenidos por un clima constante de amenaza tanto social como económica, por lo que las prácticas delincuenciales referían a formas de defensa, protección y sobrevivencia.

limitó a la obtención de recursos económicos sino también, a un cambio de valores y roles familiares que empujaba a los individuos a asumir otros papeles como sostén económico de la familia.

De tal forma que, a partir de estas peculiaridades de un contexto social y familiar de América Latina, juventud se vio configurada de forma más amplia respecto de la edad biológica pero también de la edad social para la adultez, en el sentido de que la situación social y económica obligaba a los jóvenes, no sólo a entrar en esta *etapa* social de forma anticipada, pues también los orilló a otras situaciones donde se inscribió la violencia como defensa, lo mismo que como daño intencional.

De igual forma que juventud, la violencia dejó de ser entendida preferentemente como un desagregado del poder político; con el término de la década de los ochenta, el paradigma político cambia, la lógica de la seguridad nacional y las luchas políticas que tuvieron lugar en la región durante toda la segunda mitad del siglo XX se terminan bajo el establecimiento de la democracia y la idea de sociedades más abiertas. No obstante, los cambios socioeconómicos de estas sociedades “modernas” dieron cabida a que la violencia se reconstruyera pero ahora como una problemática de carácter social, y surgiera de forma generalizada en la región donde los jóvenes rápidamente se perfilaron como el sujeto ejecutor.

Dicho lo cual, la relación que se estableció entre juventud y violencia tuvo en principio, un antecedente rígido de juventud y después, una problemática en construcción con parangones por identificar y delimitar. Tanto desde la perspectiva política como académica la violencia, en esencia, no tenía razón o sentido de ser; la modernidad como venía siendo esbozada suponía una nueva era de progreso que trastocaría todos los niveles; casi suponía un desarrollo económico, social y político mágico a partir del establecimiento de las medidas que llevarían al éxito.

No obstante, en contextos tan disímiles, lo único que provocó fue que aquellas problemáticas que habían quedado eclipsadas por las luchas de poder resurgieron como realidades agravadas y cada vez más complejas, donde la construcción de nuevos procesos tuvo cabida. En este sentido, la relación entre juventud y violencia también adquirió características

vinculadas al contexto pero en especial al sujeto que la desarrolla —los jóvenes—. Si bien en la década de los noventa, a través de un incremento de delitos como la delincuencia y la criminalidad se identificó la llamada violencia social, ésta constituyó el precedente para que, a partir de la identificación de los jóvenes como los perpetradores de la misma, la relación fuera pensada de forma inmediata como *violencia juvenil*.

De modo que la violencia juvenil fue entendida como “(la que afecta a personas de edades comprendidas entre los 10 y los 29 años) [y] comprende un abanico de actos agresivos que van desde la intimidación y las peleas, hasta formas más graves de agresión y el homicidio”³⁶, en tanto que eran los hombres jóvenes sus principales perpetradores y víctimas y las manifestaciones más visibles iban, desde la delincuencia hasta el homicidio.

Sin embargo, en los noventa la violencia no presentaba las mismas características que en la actualidad. Políticamente ha adquirido tanta homogeneidad, que violencia estadísticamente hablando representa una media de criminalidad y homicidios; asimismo, en lo social algo de esta perspectiva se ve reflejada en el acto a partir del cual, se ha cuantificado la información pero en el fondo, se desarrolla como un fenómeno complejo.

Si bien hay un reconocimiento en el sentido de que no es fácil definir violencia porque en ella intervienen múltiples formas en las que se presenta, así como la cultura y las condiciones sociales donde tiene cabida, el consenso internacional también se decanta por una apreciación de límites identificables y medibles, es decir, “[...] el fenómeno requería de una definición operacional cada vez que fuera referido a casos particulares, pues presentaba diferentes facetas según su anclaje en las diversas situaciones socioculturales en las que emergía, o según qué membranas traspasaba y en qué ambiente se desencadenaba y propagaba.”³⁷ De esta forma, se volvía relativamente fácil aprehender el fenómeno y estructurar políticas públicas para hacerle frente; no obstante, en los procesos sociales cotidianos por los que

³⁶ OMS y OPS, *Informe mundial sobre la violencia y la salud. Resumen*. Washington, D.C., 2002, pp. 15-16. Disponible en: http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/es/summary_es.pdf [Consultado el 27 de abril de 2014].

³⁷ Recasens Salo, Andrés, *op. cit.*, p. 35.

atraviesa tienen alcances más profundos en la percepción sociocultural del individuo, que sólo el daño intencional al otro.

Respecto de la juventud, sus consideraciones socioculturales no sólo dan pauta a una amplia diversidad, donde *jóvenes* se inscribe como un abanico de edades que rompe con la media establecida en los niveles político e institucional sino que también, la interrelación que hay entre este sujeto social y el fenómeno, en la actualidad no se limita a la violencia juvenil como el daño físico, ni en las formas compendiadas en el código jurídico de cada país; en su lugar, tiene alcances más profundos aquello que se persigue, se castiga o preocupa y escandaliza, pues constituye una parte —la más visible— de la verdadera configuración del problema. La otra parte, la que no se visualiza, remite a lo que significa el uso de la violencia, así como al modo de tomar forma entre los jóvenes.

La violencia se ve como un problema por resolver, un escándalo en la sociedad; se entiende como algo antinatural y aberrante de nuestras sociedades modernas; no obstante, la violencia constituye un referente cotidiano en nuestras vidas en sus diferentes niveles aunque en algunos lugares, es una forma de vida.

[...] mientras los procesos de globalización de los mercados van ahondando cada vez más las diferencias entre los estratos sociales más ricos (pocos) y los más pobres (muchos), la violencia se va arraigando y multiplicando en las formas más insospechadas, principalmente entre los jóvenes, que la reciben como enseñanza diaria y en forma natural, ante la aparente modificación de los valores tradicionales que se tenían respecto a la vida, al trabajo, a la familia y a la sociedad en su conjunto. El dinero se ha convertido en el valor esencial de nuestra sociedad y no tener acceso a él, o tener un acceso muy limitado, propicia el aislamiento, la frustración, la exclusión y la soledad.³⁸

En la actualidad, los acelerados cambios que plantean tanto lo económico como lo político, necesariamente han repercutido en lo social. Así, hoy en día hablar de juventud y violencia nos remite casi por definición a considerar los grandes cambios que en otro momento no se visualizaban con tanta naturalidad en todos los ámbitos de la vida de nuestras sociedades.

Desde el cambio de valores, la forma de entender las relaciones sociales, la construcción de las mismas, hasta la profundización de la pobreza, la desigualdad social, la marginación o las

³⁸ Castillo Berthier, Héctor, “Pandillas, jóvenes y violencia”, *Revista Desacatos*, núm. 14, México, CIESAS, 2004, p. 20.

políticas desiguales, plantea no sólo los diferentes niveles, naturalezas y actores que intervienen en la generación de una violencia cotidiana sino también, los sectores donde los impactos han sido más notorios y profundos, de ahí que la violencia en los jóvenes se haya constituido como un práctica cada vez más recurrente, con diferentes funciones y connotaciones.

Justamente, lo cambiante de la violencia en las últimas décadas indica que no se trata únicamente de plantear el asunto como una cuestión aparte que tiene lugar en todos los espacios de la vida social a partir de múltiples actores y en diferentes formas, pues la constante exposición a ella provoca incluso su invisibilización en la vida cotidiana, cuando se ha visto envuelta en múltiples cambios resultado de una forma de mirar, entender y desarrollar la violencia.

Los acercamientos oficiales hechos al tema han definido a la violencia como un comportamiento intencional, preferentemente físico tendente al daño hacia al otro; y la relación entre juventud y violencia se ha circunscrito desde una síntesis: la violencia juvenil; no obstante, en el tejido social aquella, desde la juventud, implica otros alcances y construye otras realidades.

Los usos de la violencia como forma de defensa propia o como una respuesta necesaria ante las duras condiciones de vida, ponen de relieve no sólo una perspectiva opuesta de la violencia juvenil sino que plantea los tipos de violencias a los que la juventud se ve sometida en los diferentes escenarios en los que se desenvuelve. En la actualidad, esa complejidad resultado de la reestructuración de las relaciones sociales, ha permitido que también se mire el lado contrario de la relación entre los jóvenes y la violencia. En este sentido, *las violencias*, en unas sociedades más que en otras, resultan ser un referente cotidiano para los jóvenes que les atañe como víctimas pero que también tienden a desarrollar como victimarios. Desde esta perspectiva, los impactos sociales en la misma juventud en constante contacto con la violencia, ha dado lugar a un replanteamiento de sus formas y sus funciones.

1.3 Juventud y violencia como problemática en realidades concretas. El aterrizaje en Centroamérica

En Centroamérica como en América Latina, la juventud y la violencia tuvieron un tardío aparecer en la escena política y social. A principios de la década de los noventa y en un contexto particular tuvo lugar que hoy en día sean considerados como una de las mayores problemáticas que enfrenta la región a nivel político, económico y social. En el contexto actual de la región, la violencia se ha vuelto una de las problemáticas preponderantes que posiciona a Centroamérica como una de las zonas más violenta de América Latina y el mundo, motivo de preocupación a nivel político, económico y social, dados los altos índices de incidencia que la muestran como *algo* cotidiano que se ha recrudecido en los últimos años.

Si bien la violencia social —criminalidad y delincuencia— se ha constituido como una de las mayores inquietudes a nivel social y político, en la actualidad este fenómeno se encuentra mediado por una amplia gama de tipos y niveles en que se desarrolla esta problemática y que van, desde la delincuencia común, hasta la represión estatal o el problema del narcotráfico y la delincuencia organizada. Así pues, en este escenario los jóvenes parecerían “inexistentes” y la juventud poco aludida, hasta que el tema de las pandillas centroamericanas aparece como un problema emblemático de la región.

La constante preocupación por la violencia que generan las pandillas se ha convertido en un tema de corte social, económico y político que incluso, se enmarca más allá de la región, donde los jóvenes han adquirido un papel central como principales actores de estas organizaciones de tal forma, que la percepción social y política ha ubicado a los jóvenes como responsables del actual clima de violencia en la región en sus diferentes niveles, pues si bien son relacionados de forma casi inmediata con la delincuencia y la criminalidad en las calles, las pandillas también han sido asociadas con crímenes relacionados con el narcotráfico y el crimen organizado.

No obstante, más allá de la imagen criminal que rodea a la figura de las pandillas centroamericanas, éstas han tenido un peso considerable a la hora de definir juventud y jóvenes desde el contexto político y social, en parte por el poder social que han demostrado tener sobre la *juventud* como espacio de recreación, socialización y empoderamiento social;

y por otra parte, por la percepción generalizada que se ha dado de los jóvenes respecto de su vulnerabilidad, su peligrosidad y su relación con la violencia.

Si bien la apreciación formal de juventud y violencia se apega en gran medida a los parámetros y definiciones internacionales, esto es, para juventud el rango de edad que maneja la ONU —de los 15 a los 24 años—; para el caso de la violencia, se le define respecto de los enfoques de salud pública de la Organización Mundial de la Salud como el daño físico o psicológico infringido de forma intencional hacia otro individuo o grupo de individuos. Lo cierto es que hace poco más de dos décadas, ni juventud ni violencia tenían un parámetro claro de lo que comprendían jurídica y políticamente, a pesar de contar con una apreciación de la problemática en su conjunto que hasta la actualidad, influye como referente de construcción y definición social y política.

En este sentido, el contexto particular de la última década del siglo XX fue el escenario que permitió que los jóvenes y la violencia fueran adquiriendo relevancia; en principio, como problemáticas separadas y después, en su forma conjunta pero a la luz de la violencia como problemática referencial de la década en el plano social. Así pues, finalizados los conflictos bélicos en la región, cuando se da un reacomodo de fuerzas políticas y económicas, la violencia comienza a surgir como problemática ligada a las condiciones socioeconómicas de la población en general.

Sus primeros esbozos fueron identificados y tuvieron lugar como asuntos de orden social después de la pacificación, en un contexto donde apenas se iniciaba un proceso de reacomodos sociales y políticos. En este sentido y dadas las condiciones en que la inestabilidad política que las luchas armadas habían dejado en el sistema productivo y la economía de por sí incipiente, no resultó extraño que la delincuencia en las áreas urbanas se desarrollara frente a otras problemáticas de desempleo y pobreza, las cuales fueron visibles una vez terminadas las guerras civiles en la región.

Desde los años 90, [...], en el istmo se percibe un aumento exorbitante de la violencia “cotidiana”, la que se define sobre todo como violencia delincencial. Esa violencia es actualmente el tema dominante en el debate público centroamericano. La violencia se señala como una de las mayores amenazas para el futuro social, político y económico de la región. Noticias sobre homicidios, delincuencia juvenil (especialmente las “maras” o pandillas juveniles), delitos del crimen organizado, secuestros, robos, atracos, uso ilegal de armas de

fuego, violencia sexual e intrafamiliar etc., llenan todos los días las páginas de los periódicos.³⁹

Esta problemática se desarrolló paulatinamente en la última década del siglo XX y fue escalando poco a poco, hasta convertirse en una problemática generalizada de criminalidad —aunque no con los mismos efectos y presencia en toda la región—; con ello, adquirió un nuevo nombre y apellido para presentar a los jóvenes desde una postura marginal como un grupo particularmente peligroso, desde el momento que se comienza a notar que son ellos las principales víctimas de la criminalidad y los homicidios pero también, los ejecutores de este tipo de violencia.

En este sentido, social y políticamente se dieron dos procesos de percepción de la *juventud*. Por un lado, *juventud* se visualizó en lo político desde una percepción particular de *jóvenes* que refería a estos como un grupo específico a partir de sus condiciones situacionales, es decir, la juventud fue ubicada en un primer momento como un grupo más o menos etario pero bajo condiciones de clase, puesto que era en las clases bajas o populares de las periferias urbanas donde los jóvenes se mostraban más proclives a los actos de violencia, debido a sus condiciones de pobreza y marginación.

No obstante, esta perspectiva marginal dio lugar a que sólo se visualizara a la *juventud* desde un plano y por tanto, se estigmatizara y criminalizara de forma indiscriminada a los jóvenes de sectores bajos, en tanto que no todos los pobres eran delincuentes y no todos los delincuentes necesariamente lo hacían por su condición socioeconómica. A la par, también había otras condicionantes ligadas al cambio de valores y relaciones sociales, consecuencia de la pacificación de la región y la puesta en marcha de un nuevo modelo económico y político.

En lo social sucede una situación similar, los jóvenes existieron desde el momento en que la sociedad dio pautas para considerarlos como tales; sin embargo, la percepción de la sociedad respecto de la juventud, así como su misma construcción, se dieron como procesos

³⁹ Huhn, Sebastian y Oettler, Anika, “La telaraña de los discursos sobre violencia en Centroamérica”, *Iberoamericana*, núm. 19, Instituto Ibero-Americano de Berlín/Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo/Editorial Iberoamericana/Vervuert, 2005, pp. 188-189.

interrelacionados pero desligados, donde resultó central la propia mirada social de los jóvenes y el papel que comenzaron a desempeñar en esta década.

Así pues la juventud, como construcción social, tuvo cabida desde el momento en que el cambio en las estructuras familiares por las guerras civiles dio paso al cambio de roles familiares que marcaron la pauta de carácter social como entrada a la juventud, mientras que el mismo contexto económico incipiente hizo que los límites con la adultez se alargaran respecto de la incorporación del individuo al sistema productivo y la reproducción de los cánones sociales, de tal forma que los jóvenes eran tales en tanto desarrollaban o accedían a ciertas experiencias de vida, como asumir nuevos roles familiares y responder a las exigencias sociales que les aquejaban desde sus situaciones particulares pero hasta cierto punto, compartidas. Esto también supuso que los jóvenes fueran percibidos como un grupo social homogéneo presente en las zonas urbanas y sus periferias; esta delimitación espacial implícitamente refería a los estratos sociales bajos, de forma que juventud y jóvenes sólo existían en el imaginario social en estos contextos desfavorecidos.

En contexto urbano de los noventa con sus secuelas y sus nuevos referentes sociales, políticos, económicos de la pacificación, los jóvenes se hacen presentes hasta apoderarse de un espacio social que comprendió, no sólo hacerse presentes como grupos con ciertos referentes compartidos —desde un rango de edad, hasta ciertos gustos o situaciones como la pobreza y la marginación—, pues también se apropiaron de espacios que constituyeron ámbitos de socialización: la calle.⁴⁰

Los jóvenes comienzan a ser vistos en primera instancia por las formas de asociación a las que su condición les da lugar y, de forma paralela, respecto de la delincuencia y criminalidad a la que lo anterior daba lugar. En este sentido, fueron pensados también como un problema, un grupo social antagónico a los valores socialmente aceptados y, con el paso del tiempo y el recrudecimiento de la violencia, también como un actor social estático, siendo que no había una transición hacia la adultez sino que más bien, una juventud que se hacía más

⁴⁰ Hay estudios que hablan sobre los jóvenes durante la época de inestabilidad política de la segunda mitad del siglo XX y refieren que desde ese entonces, ya configuraban grupos sociales con características similares a las llamadas subculturas procedentes en la posguerra en Europa, pero bajo una lógica y un parecido similar al de las bandas de los ochenta en México, aunque sin la fuerza que éstas tuvieron en nuestro país.

amplia en tanto los individuos ingresaban a ésta a más corta edad y al mismo tiempo, su permanencia era más larga demorando la adultez.

Dicho lo cual, aunque juventud propiamente como categoría social y de consideración política no aparece hasta entrado el siglo XXI, la primera apreciación política la asumió como una misma, homogénea y peligrosa, que sólo existía en las clases bajas, a fin de que la relación entre juventud y violencia se diera por sentada en lo que se denominaría hasta el cambio de siglo como violencia *juvenil*. En esta línea los jóvenes, como categoría analítica, pasaron a ser percibidos desde lo político y académico como una amenaza que atentaba contra la seguridad a todos los niveles. “Los motivos del surgimiento de estas percepciones sobre los jóvenes son múltiples y de orígenes diversos, sin embargo, es un hecho —aceptado actualmente en las ciencias sociales—, que respecto a este sector en particular existe una estigmatización que, con los años, se ha visto reforzada y muy difundida por los medios masivos de comunicación”⁴¹.

En esta línea, en los países de Centroamérica donde la problemática juvenil ha sido más fuerte⁴², —mucho antes de que se reconociera oficialmente la existencia de una juventud así como de la violencia—, desde el aparato estatal se pusieron en marcha medidas de represión contra los jóvenes que, de entrada, no consideraban las verdaderas raíces del problema, sólo eran el “nuevo enemigo social”, como tampoco tenían un objetivo claro para aquella represión; es decir, aquellos países donde la violencia política se ejerció contra los jóvenes de forma indiscriminada, estuvo guiada por el estereotipo que tomaba como referencia una forma de vestir, un lenguaje corporal, las marcas corporales, entre otros asociados con la estética de las pandillas.

Éstas surgen como grupos de asociación entre jóvenes que habían regresado de Estados Unidos tras la pacificación en Centroamérica. Bajo una lógica de agrupación juvenil pero también delictiva, se instalaron como una reproducción cultural que venía de ese país; no

⁴¹ Castillo Berthier, Héctor, *op. cit.* p. 8.

⁴² En algunos países de la región como en El Salvador, Guatemala y Honduras, se comenzó a escuchar sobre los jóvenes desde inicios de los noventa. Emergieron como grupo social a partir de que, fueron percibidos como una problemática social, dado su comportamiento criminal como la estética particular que comenzaban a proyectar.

obstante, el contexto de la región permitió que se extendieran como una problemática generalizada en Honduras, El Salvador y Guatemala.

El empoderamiento social de grupos extiende la idea general de que en toda Centroamérica hay pandillas y en esencia, son extensiones de una en especial que, en la década de los noventa adquiere especial protagonismo por su estética, la fuerza social que toma y su violencia —la Mara Salvatrucha—; estas características que desarrollan sus miembros posteriormente, fue tomado por los gobiernos centroamericanos como la forma de identificación de los pandilleros, de forma tal que pandillero fue referido como joven y el joven como pandillero si presentaba alguno de los rasgos estéticos y de vestimenta que comprendían, desde los pantalones holgados, hasta los tatuajes y el lenguaje de señas, lo que sustentó una represión política indiscriminada y el consecuente rechazo social.

En este contexto de criminalización que ponen en marcha los gobiernos a través de planes contra la *mara*, también se extiende la idea de que la juventud, *grosso modo*, es muy violenta, situación que en determinados contextos es una realidad; sin embargo, no toda la juventud de la región era pandilleril y mucho menos violenta aunque se encontrara inmersa en esta dinámica. Si bien para el caso de El Salvador —que es el que me interesa abordar al ser la cuna y epicentro de la Mara Salvatrucha en la región—, la percepción política de la juventud y su relación con la violencia, ha sido incipiente desde que se identificó como problemática, pues no tenía un marco claro de referencia que comprendiera una relación; su percepción se ha encontrado mayormente influida por actores externos, particularmente por la injerencia que Estados Unidos ha tenido en El Salvador desde la segunda mitad del siglo XX y hasta la actualidad.

Con la guerra fría, Estados Unidos pasó a considerar al país centroamericano como área de influencia natural; las tensiones durante esta época que culminaron entre otras cosas en la guerra civil de El Salvador, y la migración de un parte considerable de la población salvadoreña serían el parteaguas para que en un futuro, al retomar a su país, los jóvenes saltaran a la vista de la sociedad, dada la aculturación con la que regresan y comienzan a perfilarse como problemática social; cuando las *maras* se dan a conocer a nivel internacional, como una problemática propia de El Salvador tanto como de Centroamérica, Estados Unidos

también influyó para que se tomaran medidas políticas, al considerar a las pandillas como una problemática que atentaba contra la seguridad de la región y por ende, de su seguridad nacional.

Así, gran parte de la alarma política que se extiende a finales de los noventa y principios del siglo XXI, viene influenciada por la visión que Estados Unidos tenía del problema desde su propio país, así como a partir de un tema que en esta década se perfila como nueva preocupación en torno a la seguridad regional: el narcotráfico y el crimen organizado. En este sentido, la preocupación estadounidense gira en torno a la debilidad institucional de los países centroamericanos para controlar el problema, de la violencia como de la movilidad de los jóvenes a través de las fronteras en toda Centroamérica, México y hasta llegar a Estado Unidos; asimismo, se percibe la problemática del narcotráfico como atentado para la seguridad regional, al ser Centroamérica el área de cruce hacia el mercado estadounidense.

Por ello, la presión internacional también fomentó la atención al tema como una problemática de alto nivel que comprometía la seguridad pública, nacional y regional, donde se satanizó a la pandilla como causante de la violencia en la región, se le caracterizó de ultra violenta y se le relacionó con el tráfico de armas y de drogas; por supuesto, esta “percepción generalizada de la delincuencia y de la violencia como problema colectivo en todas las sociedades centroamericanas no es más que la cara visible de una cadena de acontecimientos discursivos en los cuales se reflejan procesos sociales”⁴³; sin embargo, esta imagen creada alrededor de la figura de la Mara Salvatrucha no sólo los presentó como deshumanizados, también opacó la complejidad del fenómeno en la región.

Entonces, la juventud quedó estigmatizada y encasillada como una condición social homogénea, etaria y de riesgo y en consecuencia, a los jóvenes como un grupo social de riesgo; mientras que la violencia, como una consecuencia de la debilidad institucional para reprimir a las pandillas, así como parte de la injerencia del narcotráfico y el crimen organizado en la región. No obstante, a pesar de que mantiene una estrecha relación con las pandillas, ya sea porque los discursos políticos así lo han manejado o porque en el imaginario social así está concebido, o bien porque en la realidad los jóvenes se encuentran

⁴³ Huhn, Sebastian y Oettler, Anika, *op. cit.*, p. 190.

constantemente expuestos como víctimas y victimarios a la violencia en sus diferentes formas y en diferentes niveles, lo cierto es que el fenómeno de la violencia respecto de la juventud, se desarrolla en Centroamérica como un proceso sociocultural muy complejo.

En este sentido, la tendencia de las últimas décadas ha hecho notar a la violencia en lo social y la delincuencia urbana, violencia relacionada con el narcotráfico y violencia juvenil, como resultado de las pandillas apreciadas en tanto problemática lineal y sin matices. Lo anterior ha quedado implícita por un lado, en los estudios estadísticos y por otro, como parte de una “tradicción” discursiva de los aparatos gubernamentales.

Así pues, si miramos las estadísticas sobre violencia, ésta se refiere a dos actos de *tipificación jurídica*: la criminalidad y el homicidio; de igual forma, si se mira a las víctimas y victimarios, el criterio oscila en un rango de edad que va de los 15 a los 34 años, dependiendo el estudio que se consulte y de forma causal, está relacionada —entre otros actores y problemáticas— con el fenómeno de las pandillas.

Organismos internacionales como las Naciones Unidas o el Banco Mundial han hecho apreciaciones sobre el fenómeno que dicen, por ejemplo, que el “índice de homicidios para la región en general es de 35,4 por cada 100.000 habitantes, comparado con aproximadamente 20 por cada 100.000 en toda América Latina”⁴⁴, donde los jóvenes —varones— de entre “15 y 34 han adquirido un protagonismo central, siendo que representan aproximadamente el 60 por ciento de todas las víctimas de homicidio”⁴⁵.

Estas perspectivas, sustentadas por un lado en los enfoques socio-demográficos y por el otro, en enfoques de salud pública, han supuesto una forma de ver, entender y aprehender tanto juventud como violencia. Su definición en lo formal no cambia; juventud tiene como marco de referencia la definición elaborada por las Naciones Unidas décadas atrás, respecto de la consideración de la edad biológica y la integración del individuo a lo social, mientras que violencia se sustenta en el daño físico intencional y en el imaginario social y político. En

⁴⁴ Banco Mundial, *Crimen y violencia en Centroamérica. Un desafío para el desarrollo*, BM, 2011, p. 1, Disponible en: http://siteresources.worldbank.org/INTLAC/Resources/FINAL_VOLUME_I_SPANISH_CrimeAndViolence.pdf [Consultado el 11 de septiembre de 2013].

⁴⁵ *Ibidem*, p. 3.

esencia, gira entorno de los actos homicidios y la criminalidad y delincuencia urbana, sin embargo, la aprehensión de juventud y violencia, desde el plano político-institucional no alcanza a retratar la configuración y los procesos que tienen lugar en la realidad.⁴⁶

En este sentido, institucionalmente su relación se ha equiparado con la violencia juvenil que se ha cuantificado en las estadísticas de homicidios principalmente, y sus formas refieren diferentes tipos según las víctimas, los escenarios en los que se realiza y la forma individual o colectiva de los victimarios, pero siempre desde la apreciación de la violencia física directa.

Lo anterior se entiende como una práctica física pero también simbólica por parte de las pandillas juveniles. Si bien en sus inicios la violencia se pensó y tuvo sentido como una cuestión de supervivencia ante el clima hostil donde se desarrollaba, hoy en día refiere una forma diferente de ver, entender y vivir la vida. El significado de la violencia en las pandillas hacia afuera y hacia adentro, no se limita al daño físico, también se ha estructurado una violencia simbólica a partir de la cual se crea el sentido de lealtad, la disciplina y la responsabilidad para con la pandilla. Tal tipo de violencia responde a su misma estructura jerárquica, el rito de iniciación, así como a la construcción física y simbólica de pertenencia y aceptación, pasando por los códigos de conducta que cohesionan y desarrollan en la identidad, un sentido de pertenencia.

De esta forma, las expresiones de violencia frente a las condiciones sociales, económicas y políticas que presionan a estos grupos se desenvuelven de forma compleja, sobrepasando la cuestión de la sobrevivencia para darle cabida también a formas de socialidad. De modo que en la actualidad, ya no estamos hablando únicamente de la pérdida de vidas humanas o secuelas psicológicas en términos de miedo social, hoy día la violencia se plantea desde su recreación en el tejido social.

No obstante, cabría señalar que el abordaje desde el terreno académico hasta hace unos cuantos años había sido marginal, pues si bien son términos de estudio relativamente

⁴⁶ Si bien la institucionalización permitió llevar a cabo un esfuerzo por atender el escenario y las problemáticas vinculadas a juventud y violencia —la pobreza, la exclusión, la marginación, la violencia, entre otras—, en la práctica tiene un desarrollo incipiente como problemática que se busca aprehender, así como respecto de las políticas públicas que se han puesto en marcha para hacer frente a esta situación.

recientes en el contexto centroamericano, la tradición teórica tanto como la influencia política, permearon para que estos fueran aprehendidos más a tono con una cuantificación que pudiera ser reflejada en estadísticas sobre la edad promedio de los pandilleros, sus condiciones familiares y situacionales, además de la cantidad de afiliados a las pandillas, en un estilo de censo. Esto por supuesto responde a la segunda mitad de la década de los noventa, justo en el contexto donde la alarma social comienza a hacer eco en la esfera política, por lo que la forma de aprehender esta problemática en sus inicios también respondió al ordenamiento de los mismos gobiernos centroamericanos para intentar conocer la situación.

Por ello, la percepción de la juventud y la violencia en la región aún tiene mucho de aquella apreciación parcial y de estigmatización. En lo político, se ha modificado lentamente de tal forma que, aunque aún se percibe a las pandillas como responsables de gran parte de la violencia en la región, de unos años a estas fechas el gobierno salvadoreño ha focalizado la atención en la juventud respecto de las condiciones sociales que enfrenta el país.

Propiamente en el ámbito académico, a pesar de que conceptualmente violencia no aparece sino hasta la década de los noventa y juventud, es prácticamente un fenómeno del siglo XXI en la región, los esfuerzos han sido copiosos desde Centroamérica, como en toda la región, por comprender una problemática que se muestra como general en toda América Latina pero con rasgos específicos en América Central.

Desde los parangones que han propuesto las ciencias sociales en el terreno de la sociología, la psicología y la ciencia política, ha sido posible dar una explicación a las condiciones socioculturales diversas que han impactado desde hace poco más de dos décadas la configuración actual de la juventud y la violencia en Centroamérica.

Las problemáticas que hoy en día aquejan a la región centroamericana no se reducen a las estadísticas de delincuencia y homicidio. La subregión se ha convertido en un área estratégica para la operación de otros actores que, si bien ya se encontraban presentes en el pasado, el cambio de dinámicas lo ha dotado de mayor movilidad y poder. El narcotráfico y el crimen organizado se han constituido como actores aparte, con dinámica propia y fuerte injerencia e influencia en la región, debido a su uso como ruta de paso para el tráfico de armas, drogas y personas. Asimismo, las pandillas hoy en día están consideradas como el mayor problema de

violencia y seguridad regional que enfrentan los países, debido a la extensión que han consagrado principalmente en el Triángulo del Norte (Honduras, El Salvador y Guatemala).

Por otra parte, las condiciones económicas y sociales de pobreza, marginación y exclusión también se han profundizado desde la pacificación, contribuyendo a la actual situación de precariedad social; así, la violencia en lo social ha tenido lugar a partir de la profundización de las condiciones sociales marginales en las que se desenvuelve gran parte de la población. Desde este referente, no resulta extraño la incorporación de los jóvenes a las actividades delictivas, lo cual ha quedado de manifiesto en las últimas décadas, como tampoco lo es el hecho de que tanto juventud como jóvenes, hayan quedado encasillados en un rango de edad específico además de ubicar a la juventud desde un estereotipo bien definido, estigmatizado, o que violencia se perciba en lo social y político como la problemática más aquejante y grave de la región.

A pesar de que los enfoques socio-demográficos se muestren como una tendencia de las últimas décadas del siglo XX y probablemente se les identifique como el enfoque dominante desde la mirada internacional, esta visión que si bien retrata y se apoya en las estadísticas criminales, de ninguna manera puede encasillarse en una definición que se antoja simplista, como una respuesta causalista y lineal a la problemática que acontece en la región.

Las exigencias del contexto actual, la misma situación y las dimensiones que ha adquirido como un fenómeno social fuertemente arraigado no sólo a la categoría de juventud, sino como eje de construcción social, hace imposible que la violencia sea reducida a los homicidios bajo la caracterización de lo juvenil, puesto que violencia como proceso social ha adquirido un significado más profundo que el enfrentamiento constante tendente al daño o eliminación del otro, pues tiene una dimensión social visible “formal” y una dimensión simbólica construidas a partir de su cotidianeidad y la normalidad como se aprecia la violencia, no como acto criminal sino como una forma de convivir en la sociedad.

Centroamérica vive una situación particular de violencia, pues si bien no es una problemática exclusiva de la región, es aquí donde la relación con la juventud ha dado lugar a uno de los fenómenos más notorios en toda América Latina. La violencia juvenil y las pandillas callejeras constituyen hoy por hoy el aglomerado donde se mezclan e incluso se confunden,

jóvenes y violencia.

La situación en el presente plantea el escaso entendimiento y los pocos avances que se han hecho para aprehender y comprender a la juventud como sujeto de estudio y a la violencia, como fenómeno social. La apreciación acotada tan rígidamente, sólo ha presentado una imagen distorsionada de la relación entre juventud y violencia, sus causas y consecuencias, y sus expresiones y recreaciones en el tejido social.

Capítulo 2

Juventud y violencia en El Salvador: de la problemática actual a sus raíces en el pasado histórico

La última mitad del siglo XX fue un momento coyuntural en la historia moderna de América Central. Durante este periodo los vaivenes, principalmente en la vida política llevaron a los golpes de Estado en la mayoría de los países centroamericanos, al surgimiento de guerrillas y a cruentos conflictos armados que se extendieron incluso, poco más de una década; no obstante, en este contexto de agitación también se dio una *repentina* sofocación de las luchas políticas que llevó a la región a entrar de forma abrupta en una etapa de pacificación e importantes cambios políticos, económicos y sociales, para los cuales, Centroamérica no estaba preparada.

Para el caso específico de El Salvador, la época de mayores convulsiones políticas y su pacificación sucede prácticamente en el lapso de las últimas tres décadas. En éstas no sólo se inscriben las causas que dan cabida a la guerra civil que sacudió al país durante los ochenta, también, se construyen los cimientos de lo que en la actualidad es la sociedad salvadoreña y en particular, uno de los fenómenos característico del país y la región: la compleja relación que se establece entre la juventud y la violencia.

Si bien hoy en día hemos escuchado hablar sobre la grave problemática que tiene la juventud en torno de la violencia en el país, misma que se condensa en las pandillas, no es posible hacer una aproximación al fenómeno si antes no miramos hacia el pasado histórico que le dio cabida. Por ello, el presente capítulo tiene como objetivo principal indagar en la historia contemporánea de El Salvador, a fin de dilucidar las condiciones y los factores que llevaron a que hoy día se hable del fenómeno pandilleril y la escalada de violencia social con la dimensión que ha alcanzado.

A pesar de que los jóvenes —como actores claramente identificados en el tejido social— y la violencia —como una práctica también de corte social pero con características muy

locales— no se vislumbran sino hasta la última década del siglo XX, su relación se entreteje desde el momento en que la guerra civil estalla y absorbe por completo a la sociedad salvadoreña, deteriorándola de múltiples maneras; de ahí que el punto de partida sean las décadas previas al contexto de la pacificación, pues permiten establecer las condiciones económicas, políticas y sociales que van a marcar una primera relación entre los jóvenes, la violencia y la sociedad.

Por otro lado, este precedente que antecede a la guerra civil tendrá una influencia particular en el proceso de paz, pues a partir de que se conjugan los estragos del conflicto armado con las propias condiciones de la pacificación, de nuevo los jóvenes y la violencia convergen en el escenario social pero a partir de parámetros diferentes que nos llevan a considerar y mirar estas variables sociales, a la luz del fenómeno de las pandillas.

En este sentido, para mediados de la década de los años noventa la relación entre juventud y violencia cambia cualitativamente, al condensarse de forma compleja en la figura de las pandillas centroamericanas. Éstas no sólo surgen como colectivos con características particulares condicionadas a dos realidades: la local y la extranjera; de igual modo, su aparición juega un papel determinante respecto de la relación que los jóvenes van a establecer en adelante con la sociedad.

Asimismo, las condiciones socioeconómicas y sociales determinan, en este contexto de paz, la forma y los factores que habrían de influir en la reproducción y consolidación de las pandillas en la sociedad salvadoreña; por otro lado, este proceso traerá consigo que la violencia, en lo social, se ajuste como una práctica propia de estos colectivos y por ende adquiera, un carácter eminentemente juvenil.

Por ello, entender el desarrollo del proceso de gestación de un fenómeno que coloca a la violencia juvenil como una forma con atributos *sui generis*, y posteriormente como problema social con consecuencias múltiples, nos remite también a buscar en el contexto socioeconómico la génesis de lo que se ha dado en llamar *transculturación*, así como la misma relación con la sociedad de las bases que le dieron sustento.

De esta forma, aproximarnos a la relación entre la juventud y la violencia que se establece desde la pacificación, nos lleva a reflexionar sobre las pandillas como la expresión más acabada de un profundo cambio sociocultural que vive la sociedad salvadoreña desde los noventa y que, a poco más de dos décadas, sigue presente como actor preponderante en la realidad económica, política pero sobre todo social de El Salvador.

2.1 Del contexto de la guerra civil y la pacificación en El Salvador. Una mirada hacia los cambios sociales.

La última década del siglo XX es significativa en muchos sentidos; para iniciar, al terminar la guerra fría, se desintegra la URSS y se da paso a un nuevo régimen internacional; el neoliberalismo se propaga y profesa libremente más allá de Occidente; la democracia y la idea de progreso se instauran como promesa para los países en vías de desarrollo.

Para América Central, tiene un sentido particular. A nivel regional, se identifica como el momento coyuntural en que Centroamérica se “estabiliza” políticamente y se abre a los procesos de globalización y neoliberalismo. La época de inestabilidad queda atrás al instaurarse la democracia como principio de los regímenes políticos y las relaciones internacionales; se promueve una apertura económica que promete la modernización y el desarrollo económico de los países; a su vez, esto promueve una mayor intercomunicación y acceso a diferentes tipos de capital —económico, cultural y simbólico por ejemplo—, como promesa de la globalización, a nivel social.

Grosso modo, el panorama para la región en la década de los noventa es compartido e inicia una etapa con muchas expectativas en todos los ámbitos; a partir de este momento, se busca dejar atrás los estigmas políticos y económicos que tuvieron lugar a partir de la desorganización, los golpes de Estado y las Guerras Civiles, las crisis económicas y los rezagos sociales. No obstante, el impacto de las políticas neoliberales, la democracia y la globalización, configuran realidades diferentes en cada país, a pesar de compartir condiciones o características similares.

Para el caso de El Salvador, los noventa son recibidos con grandes expectativas, pues es en los primeros años de esta década cuando la guerra civil que tuvo lugar desde inicios de la década anterior, llega a su fin; la conciliación política y el proyecto modernizador son puestos en marcha y sus efectos sobre la esfera social, se espera se traduzcan en progreso y desarrollo. Sin embargo, su mismo pasado histórico, las condiciones económicas, políticas y sociales a partir de las cuales comienzan estos años, condicionaron de forma determinante los procesos que tuvieron lugar.

Al igual que en la mayoría de los países centroamericanos, durante la segunda mitad del siglo XX en El Salvador hubo profundos momentos de inestabilidad política, económica y sobre todo social, que se vieron influidos por el contexto internacional. De entrada, la importancia de la región como área de interés geopolítico para Estados Unidos, por ser el corredor natural que conecta al continente y por ende posibilita la influencia político-militar en América del Sur, como por las rutas marítimas comerciales que se desarrollan con el canal de Panamá, se vio acentuada frente al contexto de la guerra fría y la política estadounidense de contención frente al comunismo puesta en marcha en el continente.

En este sentido, el contexto posterior a la segunda guerra mundial preparó el escenario para el desarrollo de movimientos armados en toda Centroamérica. A raíz de la política exterior adoptada durante la primera mitad del siglo XX por los Estados Unidos hacia la región, con base en la Doctrina Monroe y la Política del Buen Vecino, se vio con buenos ojos la instauración de gobiernos dictatoriales y golpistas apoyados por los intereses y el dominio empresarial norteamericanos. Esta situación no sólo acentuó las desigualdades socioeconómicas, la explotación de los recursos naturales, el agotamiento del sistema económico y productivo de los monocultivos de café y plátano, la explotación de la mano de obra barata y el indigenismo, sino también dio lugar a que en la segunda mitad del siglo pasado, estallara una nueva oleada revolucionaria.

Ya en el contexto de la guerra fría, la intervención estadounidense se orientó a la contención del comunismo a través del fortalecimiento militar local; esto, aunado a las inconformidades que había dejado el largo periodo de gobiernos dictatoriales y la influencia de la Revolución

Cubana en la región, impulsaron la revolución Sandinista en Nicaragua, la revolución en Guatemala y la guerra civil en El Salvador.

La situación interna de El Salvador no distaba mucho de los países vecinos. La época de autoritarismo militar apoyado por los Estados Unidos, se había extendido desde 1931 hasta finales de la década de los setenta, entre una sucesión de gobiernos militares que terminó con el ascenso al poder de Humberto Romero en 1977. Si bien Romero continuó la larga tradición política de una aparente democracia, golpes de Estado y gobiernos militares dictatoriales, su gobierno resulta coyuntural en distintos sentidos, pues en medio de un clima generalizado de inconformidad social en el que se anuncia el escenario para la guerra civil, la izquierda resurge en diferentes organizaciones que en 1980, se condensarían en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

De entrada, las condiciones políticas de la década de los años treinta a los setenta, habían dejado a su paso una constante lucha por el poder entre la élite militar, como también un constante juego de pesos y contra pesos con la élite económica del país que intentaba proteger sus inversiones y negocios; en tanto, en las clases medias y los sectores populares del país se acrecentaba la inconformidad ante la violencia sociopolítica y los efectos de la desigualdad económica vigente.

En este sentido, las condiciones económicas en la década de los setenta se caracterizaron por una economía eminentemente agraria y el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones. Después del intento de integración con el Mercado Común Centroamericano (MERCOMUN), alentado por la dinámica de crecimiento industrial y económico del que gozaron los países de la región durante la década anterior, la integración fracasó, entre otras cosas, por la guerra que se da entre El Salvador y Honduras en 1969 y la desaceleración en el crecimiento industrial que derivó en la crisis del modelo de sustitución de importaciones.⁴⁷

⁴⁷ Cfr. González, Luis Armando, “El Salvador de 1970 a 1990: política, economía y sociedad”, *ECA*, San Salvador, UCA “José Simeón Cañas”. Disponible en: <http://uca.edu.sv/revistarealidad/archivo/4dda7e4dba1a3elsalvador.pdf>, [Consultado el 18 de septiembre de 2014].

A nivel local este contexto repercutió, entre otras cosas, en un decrecimiento de la industrialización y una mayor explotación del modelo económico agrícola, pues a pesar de las condiciones marginales en las que se desarrollaba la producción agrícola –falta de recursos económicos y técnicos, la violencia política contra los campesinos y sus organizaciones, así como por las reformas agrícolas que movilizaron hacia otros sectores a los campesinos- “[...] no dejó de crecer, con lo cual los rasgos agrícolas de la economía salvadoreña se acentuaron.”⁴⁸ Aunado a las condiciones económicas y políticas, el descontento generalizado de la población salvadoreña se extiende entre la parte predominante de la población, los sectores populares, los estratos bajos, el sector campesino, pero también en las clases medias.

Precisamente, para finales de la década de los setenta, los reclamos sociales eran de naturaleza doble; por un lado, estaban aquellos de la clase media, de corte sociopolítico principalmente que apelaban a una mayor apertura democrática y empoderamiento para la población; por otro, el de los sectores populares y campesinos, que apelaban a una cuestión socioeconómica, desde mejores condiciones de vida, hasta la misma tenencia de la tierra y su explotación.

En el escenario social convergieron las luchas internas por el poder en el estrato militar que llevaba a constantes golpes de Estado, así como un constante clima de violencia sociopolítica ante los reclamos sociales, principalmente de la clase media, pues ante la retención del poder político por parte del estrato militar y la exclusión del mismo que ejercieron sobre esta clase, fue uno de los factores que contribuyó al descontento social.

Esta clase, compuesta principalmente por estudiantes de educación media y superior, profesores, organizaciones sindicales y empleados del sector servicios, apelaban justamente por la apertura política pero también por mejores condiciones de vida. Asimismo, la constante presión de la élite económica —mayoritariamente estadounidense— de la oligarquía sobre el gobierno en turno buscando asegurar el dominio de la industria manufacturera y la

⁴⁸ *Ibidem*, p. 55.

explotación del sector agrícola en el país, ante el recelo hacia los reclamos de sectores campesinos y sindicales, se hizo evidente.

Básicamente, el descontento entre los campesinos —uno de los sectores mayoritarios en el país, dada la condición de su modelo económico dominante— nacía de la explotación de la mano de obra y de los recursos naturales por parte de la elite económica, como aquel derivado de la represión política hacia las organizaciones campesinas; todo esto, aunado a las condiciones generalizadas de pobreza y marginación presentes principalmente en las zonas rurales, fomentó la efervescencia de las organizaciones campesinas.

En este contexto, la Iglesia también jugó un papel determinante en la organización campesina. Para finales de la década de los setenta, la teología de la liberación⁴⁹ ya se había extendido a lo largo de América Latina y para el caso de Centroamérica, llega a Nicaragua durante la dictadura de los Somoza; su influencia se deja sentir en El Salvador a través de la Compañía de Jesús, que promovía la lucha por los derechos y mejores condiciones de vida entre los campesinos.

El acercamiento entre los grupos político-militares —conformados en su mayoría por los jóvenes universitarios y jóvenes militares de clase media— y las organizaciones populares, poco después de que la Junta Revolucionara de Gobierno asumiera el poder, dio como resultado que a finales de 1980 se aglutinaran en una sola fuerza, conocida como el FMNL y con ello, iniciara la guerra civil en El Salvador.

Denominada como una *guerra de baja intensidad*⁵⁰ por Estados Unidos, la guerra civil de El Salvador constituyó el punto más álgido de la agitación política y social que ha vivido el país

⁴⁹ La Teología de la Liberación básicamente nació en 1968 en Medellín, Colombia en la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (CELAM) y en esencia, sus preceptos llamaban a no ignorar el sufrimiento de los pobres, esbozando esta Teología como la lucha contra las fuerzas sociales de la opresión; lo que en América Latina se tradujo también en una lucha contra la opresión política y económica, la protesta ante la miseria que causaba la dominación política de los dictadores y las oligarquías monopolísticas, sostenidas y promovidas por el capitalismo americano; asimismo, su misión era liberar de la opresión que causaba el capitalismo norteamericano transnacional, reivindicando la violencia como herramienta de lucha social por una causa justa. *Cfr.*: Monroy García, Juan, “La teología de la liberación y su participación en la política en Nicaragua”, *Dialéctica*, año 33, núm. 42, Toluca, UAEM, pp. 23-43. Disponible en http://www.revistadialectica.org/42/archivos/42_teologia_liberacion.pdf [Consultado el 30 de enero de 2015].

⁵⁰ *Low Intensity Conflict* es una denominación de origen norteamericano para describir un tipo de conflicto no convencional en el que las fuerzas militares de los EEUU no se despliegan como tales y el esfuerzo se hace

en su historia moderna. Desde el punto de vista político, el conflicto armado marca el término de las dictaduras militares y en específico, del dominio del estrato militar en el poder, así como la apertura a la democracia; respecto a lo económico, constituye la antesala de un nuevo plan de modernización económica; no obstante, el conflicto fue un acontecimiento paradigmático por los estragos que dejó a nivel social.

Si bien la guerra civil se plantea como el suceso y la coyuntura en la que cristaliza una problemática de orden político, en el fondo la guerra civil tenía bases sociales. En un principio, el descontento social generalizado entre las clases medias y bajas llevó a que la guerrilla se identificara con los estratos populares, como el campesino y el sindical. No obstante, la guerra civil no únicamente fue el enfrentamiento entre el FMLN y el gobierno en turno, también un quiebre donde la sociedad entró en un estado de caos, entre quienes se unieron y conformaron la guerrilla, y la población que quedó en el fuego cruzado.

Así, el impacto social no puede obviarse en la pérdida de todas las vidas humanas que cobró el enfrentamiento; desde el momento en que se levanta en armas el FMLN, esto supuso la movilización de una importante masa de hombres fuera de sus hogares y los medios donde habían nacido y crecido, para incorporarlos a una lógica militar y de guerra donde se les enseñó a combatir y matar, tanto por el lado de la guerrilla como por las fuerzas armadas.

Asimismo, los embates de la guerra civil sobre la sociedad salvadoreña también se tradujeron en desplazados, pues en un principio la lucha armada se dio principalmente en las zonas rurales, provocando que la población se desplazara hacia las ciudades para huir del conflicto armado. Cuando éste se generalizó en el país, las oleadas de migración se dieron hacia otros, principalmente hacia Estados Unidos, esto ante la propia inestabilidad que vivía Centroamérica en este momento, pues en Guatemala también había un conflicto entre la guerrilla y el gobierno; en Nicaragua estaba el Frente Sandinista, mientras que Honduras se encontraba totalmente controlado por los intereses y la acción militar estadounidense. Por ello, Estados Unidos se constituyó como *país destino* durante toda la década que duró el

mediante instructores y consejeros. Se ofrece reconstituir las fuerzas armadas para la lucha irregular, a la vez que se refuerzan los proyectos sociales como la reforma agraria, las elecciones libres y la ayuda social. Díaz Barrado, Cástor Miguel; Romero Serrano, José y Moran Blanco, Sagrario, *Los conflictos armados en Centroamérica*, Serie Conflictos Internacionales Contemporáneos 13, España, Ministerio de Defensa, p. 27.

conflicto, aunado a la expectativa que generaba una vida mejor, frente a las condiciones de pobreza que se vivía en el país.

El escaso flujo de migrantes hacia el norte y los países vecinos se convirtió en un torrente durante la guerra civil, lo cual obligó a las familias a huir del conflicto y escapar de la violencia y la represión que habían cundido [...] La migración alcanzó su punto más alto durante la guerra civil cuando se calcula que 129,000 personas cruzaron la frontera por tierra o por aire en 1982 (datos del Banco Central de la Reserva de El Salvador, BCR).⁵¹

En otro sentido, la violencia política también tuvo su máxima expresión durante la guerra civil, pues si bien la doctrina de seguridad nacional en este contexto suponía el legítimo uso de la fuerza por parte del Estado contra el enemigo interno o externo, no sólo legitimó el combate a la guerrilla a través de los métodos convencionales de represión y el combate armado —en el que el apoyo estadounidense tuvo lugar a partir de la capacitación de las fuerzas militares y la provisión de armas y recursos que financiaran al gobierno contra la guerrilla—, sino también a través de la cooptación de niños y jóvenes para asimilarlos al conflicto armado.

El reclutamiento forzado fue una estrategia de guerra puesta en marcha para sumar integrantes a las fuerzas militares de combate pero también, una forma de contrarrestar poder a la guerrilla entre la población, pues no sólo los campesinos conformaban las filas; niños y jóvenes se unieron a la misma durante el conflicto, dado que también el reclutamiento fue una práctica que el FMLN introdujo. De esta forma, toda una década la sociedad en general estuvo sometida a la violencia sociopolítica que persistió más allá del proceso de pacificación, sólo que en formas diferentes y bajo nuevos esquemas políticos que permearían lo económico y social.

Tras doce años de guerra civil, con el fin de la Guerra Fría y la derrota de los movimientos revolucionarios en la región se da, casi como consecuencia, la pacificación de América Central. Por otro lado, después de años de negociación:

Ambas partes se dieron cuenta de que después de 10 años de guerra, una victoria militar era ilusoria. El contexto y la presión internacionales completaron las condiciones para la firma de los Acuerdos de Chapultepec en 1992. Dadas las condiciones de este virtual «empate»,

⁵¹ Levine, Elaine (ed.) *La migración y los latinos en Estados Unidos: visiones y conexiones*, 1 ed., México, CISAN-UNAM, 2008, pp. 226-227.

los Acuerdos de Paz salvadoreños fueron los más ambiciosos en términos de reformar al Estado y establecer las condiciones para un gobierno democrático.⁵²

Los acuerdos de paz no sólo dieron fin a la guerra civil, en ellos también quedaron asentadas, en apariencia, las exigencias que habían desatado el conflicto en El Salvador. Éstos tenían como objetivo dos cosas, aparte de terminar con el conflicto armado: por un lado, se buscaba el establecimiento de una República democrática, y por el otro, la aplicación de medidas económicas orientadas a la modernización del sistema económico y financiero. De esta forma, tuvo cabida un nuevo proyecto nacional que satisfacía a ambas partes y en el que se condensó la idea de que la modernización política y económica era lo que se necesitaba, además de para terminar de una vez por todas con la guerra civil, como exigencia del propio contexto de la década de los noventa.

Precisamente, *grosso modo* esta década fue coyuntural por el término de la guerra fría, la entrada del mundo entero entra en un estado de aparente tranquilidad, y porque se sobrepone en Occidente un modelo económico y político dominante: el neoliberalismo y la democracia, con la globalización como proceso a la par. En este sentido, la guerra civil termina porque Estados Unidos intervino en la región; dado que el conflicto ya no era viable al desaparecer el enemigo comunista, la influencia de la revolución cubana había sido neutralizada con la desintegración de la URSS; en consecuencia, los conflictos en la región significaban un factor desestabilizador para el nuevo proyecto económico que se ponía en marcha.

De esta forma, los cambios que trajeron consigo los años noventa son significativos para la región, dado que los países centroamericanos de nuevo se vieron influidos por el contexto internacional y esta influencia habría de adquirir características propias a lo largo de la década. En el caso de El Salvador, los acuerdos de paz dan paso a un nuevo proceso con un esquema político y económico predeterminado que habría de dominar, sin considerar las condiciones y debilidades estructurales del país ni las secuelas de la guerra civil.

En este sentido, la pacificación de El Salvador fue planteada en un margen de cuatro años, contemplado de 1992 a 1996 en el que debían cumplirse las dos premisas estipuladas en los

⁵² Cruz, Miguel José, “Violencia y democratización en Centroamérica: el impacto del crimen en la legitimidad de los regímenes de posguerra”, *América Latina Hoy*, núm. 35, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, p. 23.

acuerdos; el establecimiento de la democracia en el país no significó el tránsito inmediato hacia esta práctica política, a pesar de que se convocó a elecciones una vez que se firman los acuerdos de paz, como tampoco la adopción de las nuevas políticas económicas de corte neoliberal previo a la condición de modernización, progreso y desarrollo económico.

Por el contrario, la pacificación únicamente significó la aplicación de un modelo ideado para países con condiciones económicas y políticas diferentes —los países de primer mundo— respecto de un país que arrastraba largas décadas de deterioro y retraso económico y político. En esencia, el adelgazamiento del Estado y el cambio en el discurso político fue justamente sobre la forma de ver y entender un mundo que ahora se transformaba a partir de la lógica económica. Lo político pasó a ser asimilado a lo económico; la democracia, visualizada como una herramienta imprescindible para el funcionamiento del sistema neoliberal, mientras que lo social se apreció como el escenario donde, y de forma positiva, los cambios políticos llevarían al desarrollo.

No obstante, los acuerdos de paz y el mismo proceso de pacificación únicamente habían contemplado la parte política y económica, lo que tuvo como consecuencia que en ningún momento se visualizara la reconstrucción social como parte importante del proceso de pacificación. Esto ignoró la base del conflicto armado, tanto como las secuelas sociales y su impacto en el tejido social en un nuevo contexto donde la dinámica la imponía el capital, y las viejas problemáticas se actualizarían pero a partir de condiciones diferentes y con consecuencias ampliadas.

De entrada, los acuerdos de paz no alcanzaron a subsanar el mismo proceso que se pone en marcha; en el aspecto político, se cernieron conjuntamente problemas estructurales con la fragilidad de las instituciones, la falta de instancias políticas para la inclusión de la sociedad, corrupción, desorganización y viejas prácticas de represión, a partir de una institucionalización de la *violencia de Estado*. En el económico, la apertura comercial, la desregulación financiera y el salto de una deteriorada industrialización, a una lógica de posindustrialización y terciarización económica; tampoco mejoraron las condiciones de vida, más bien se profundizaron las condiciones de pobreza, desigualdad, migración y violencia

del grueso de la población, mientras favorecían a la misma elite económica que había sido cobijada antes de la guerra civil.

[...] pasada la alegría del logro de paz, los salvadoreños empezaron a acusar un elevado nivel de frustración por la falta de resolución de sus viejos problemas y, sobre todo, por la permanencia de un modelo de exclusión social y económica. Los tratados de paz resolvieron el problema de la marginación política, pero al final no fueron capaces de resolver los problemas de exclusión socioeconómica. El Estado salvadoreño se vio limitado en su capacidad de integrar a todos los sectores en el rumbo del desarrollo y la atención.⁵³

Ante esto, lo social se desbordó en torno a problemáticas que siempre estuvieron presentes en la sociedad salvadoreña pero que en la década de los noventa, se confabularon con las secuelas del conflicto armado para adquirir nuevas dimensiones, formas, escenarios y actores.

A las condiciones de pobreza en las que se encontró sumido el país una vez terminada la guerra civil, se sumaron al cambio en la política económica de la pacificación. Así pues, una vez finalizado el conflicto armado, uno de los sectores en los que se reflejaron las nuevas condiciones de pobreza fue el campesino; el campo estaba prácticamente abandonado y desarticulado, no sólo por el mismo conflicto que movilizó a los campesinos fuera de las zonas rurales, ya fuese por la guerra o por su incorporación a la guerrilla sino también, por las reformas agrarias en detrimento de la producción agrícola que se produjeron durante los ochenta:

El quiebre de la agricultura como eje principal de la economía nacional trajo aparejado el fortalecimiento del comercio y las finanzas, a un grado tal que, desde fines de la década pasada [la década de los ochenta], se inició un proceso de “terciarización” de la economía nacional; es decir, a un proceso en el cual el sector terciario se ha convertido en el mayor movilizador de capitales, con el subsecuente desarrollo de infraestructura asociada al sector –imponentes centros financieros y grandes complejos comerciales.⁵⁴

Esta situación tuvo como consecuencia un panorama desalentador para los campesinos que volvían de la guerra y que buscaron incorporarse de nuevo a su antigua dinámica de vida, pues la desmovilización de los combatientes campesinos que sobrevivieron al largo periodo

⁵³ Cruz, José Miguel, “Los factores posibilitadores y las expresiones de la violencia en los noventa”, en *ECA*, núm. 588, San Salvador, UCA “José Simeón Cañas”, 1997. Disponible en: <http://www.uca.edu.sv/publica/eca/588art4.html> [Consultado el 24 de septiembre de 2014].

⁵⁴ González, Luis Armando, *op. cit.*, p. 57.

de luchas armadas, los enfrentó a las condiciones de existencia de su antiguo medio de trabajo.

La falta de capital para promover los cultivos, el problema no resuelto de la tenencia de la tierra, el fortalecimiento de la oligarquía del país, la ausencia de desarrollo tecnológico, así como el mismo desmantelamiento de la economía agrícola, no permitieron reactivar la producción; esto, aunado al cambio en la política económica, dio como resultado un paulatino olvido del sector que vino, tanto del Estado, como de los mismos campesinos.

En este sentido, el desempleo y la migración interna y externa vino aparejada con las condiciones de vida, tanto en las zonas rurales como urbanas. Cuando terminó la guerra civil y con ella la lógica del militarismo y la guerrilla en el país, se dejó a una importante parte de la población —militares, guerrilleros, pero también campesinos, obreros y población en general— sin ocupación. La migración emerge entonces como una problemática de orden socioeconómico que se da tanto al interior como hacia el exterior.

La falta de empleo en las zonas rurales, aunada a la búsqueda de mejores condiciones de vida, provocó un nuevo proceso de migración hacia las zonas urbanas, proceso que de forma paralela propició un cambio social y cultural en la forma de vida de la sociedad salvadoreña.

En el agro salvadoreño se ha operado un proceso de *descampenización*, el cual se asocia a otro fenómeno importante: la *urbanización* de la vida campesina. El campo salvadoreño no sólo se ha despoblado significativamente, sino que muchas de las familias que actualmente lo habitan han mezclado sus patrones de vida campesinos —costumbres religiosas, falta de energía eléctrica y agua potable, viviendas de adobe— con patrones de vida urbanos, alentados estos últimos por los bienes (aparatos estéreo, refrigeradoras, videos), los ingresos en dólares provenientes de las remesas de parientes residentes en Estados Unidos (con la modificación de los patrones de consumo que ello hace posible) y los valores surgidos de la interacción de las familias campesinas con sus parientes en el extranjero (modas, aspiraciones de viajar, desapego de la tierra).⁵⁵

Este tipo de migración también se encontró motivada por la urbanización y el crecimiento de las ciudades, asociados al modelo económico. La idea de la modernización económica implicaba la promesa de mejores condiciones de vida y de igual modo, un desarrollo social

⁵⁵ *Ibidem*, p. 56-57.

que se vería reflejado justamente en las grandes urbes. Se trataba pues de invertir para “no parecer” pobres o para instar al desarrollo y el crecimiento económicos.

A partir de esta idea, había que *modernizar* la infraestructura política y económica —las instituciones financieras como la infraestructura gubernamental— para reconstruir las ciudades después de la guerra civil; esto significaba reconstruir los centros urbanos para dejar atrás el pasado del conflicto y retomar la dinámica política, económica y social; de igual forma, se buscaba dar una imagen de progreso y transparencia. La urbanización ofreció, en primera instancia, la idea de mejores condiciones de vida; sin embargo, esto llevó a la búsqueda de otras fuentes de empleo que no estaban presentes en las zonas rurales aunque tampoco se desarrollaban, o si lo hacían, era de forma precaria en las zonas urbanas.

De esta forma, la reorganización política y económica en El Salvador en la década de los noventa se dio como un proceso lento, donde el desfase generado por el modelo económico llevó a que, entre otras cosas, la generación de empleo no respondiera a las necesidades de los que vivían en las zonas urbanas, como tampoco de aquellos que migraron de la provincia a la ciudad.

Los procesos migratorios, asociados al advenimiento de la sociedad capitalista industrial han venido a dar una nueva fisonomía a las ciudades [...] Las periferias de las principales ciudades contemporáneas se ha convertido en aglomeraciones urbanísticas de nuevas construcciones, generalmente “ciudades dormitorio”, abarrotadas de reducidas viviendas, con nulos o escasos espacios libres, con presencia de barrancos colmados de casas de láminas e insuficientes servicios básicos.⁵⁶

Por lo tanto, la urbanización como la migración interna, no resolvieron las problemáticas de pobreza y olvido de las zonas rurales; muy por el contrario, sólo trasladaron dichas problemáticas sociales a nuevos espacios cuya consecuencia fue la apertura de bolsones de pobreza en la periferia de las grandes ciudades salvadoreñas. Datos de la *Encuesta de hogares de propósitos múltiples* del año 1996, año en que terminaba el proceso de pacificación, estimaba que aproximadamente “el 29.8% de las familias salvadoreñas viven

⁵⁶ Smutt, Marcela y Miranda, Jennny Lissette E., *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*, San Salvador, Flacso/UNICEF, 1998, p. 20.

en situación de pobreza y el 21.9% en pobreza extrema”⁵⁷, lo que representaba poco más de la mitad de las familias en El Salvador.

El crecimiento demográfico y desordenado de las ciudades se debió a un asentamiento de población en condiciones marginales, de donde las periferias se formaron como resultado casi “normal” de la desigual distribución de la riqueza, la carencia de servicios básicos y la falta de oportunidades laborales que de otra manera, habrían mejorado las condiciones de vida de la mayor parte de la población.

De la misma forma, la migración internacional en esta década cambió sus causas sociopolíticas por las condiciones situacionales que se desarrollaban. La migración fuera de El Salvador no era diferente a la que ocurría al interior; la búsqueda de mejores condiciones de vida, las aspiraciones generadas por los esquemas de vida provenientes del exterior y difundidos por los medios de comunicación o familiares en el extranjero incluso, el “sueño americano”, impulsaron a que las personas salieran de El Salvador en busca de mejores condiciones de vida.

Es durante este proceso cuando se muestra uno de los principales quiebres entre el contexto que llevó a la guerra civil y el contexto de los noventa con la pacificación: las problemáticas socioeconómicas no eran muy diferentes; sin embargo, los parangones de actuación social y política es lo que había cambiado casi al finalizar el siglo.

El cambio en el discurso político de la década de los noventa trasladó las desigualdades sociales hacia los diferentes niveles socioeconómicos; así, se dejó de hablar de la sociedad de clases para centrar la atención en los diferentes estratos socioeconómicos, donde la pobreza y el desempleo, como sus problemáticas colaterales —la desigualdad y marginación— se volvieron un tema eminentemente social, casi sin responsabilidad política sino más bien, como aquel ente omnipresente que refería a la economía internacional. Asimismo, en el plano social se perdió el interés por un reclamo directo al Estado sobre las condiciones socioeconómicas, ya fuese por el trauma que había dejado la guerra civil, como

⁵⁷ *Ibidem*, p. 21.

por la misma apatía social que se generó ante las duras condiciones de vida, la aspiración por mejorarla y la necesidad de subsistencia.

Así pues, pasó de ser una lucha “tradicional” respecto del carácter y la naturaleza de los enfrentamientos políticos armados que tuvieron lugar en el continente durante todo el siglo XX, a una pacificación donde todo eso quedó socavado bajo una imagen que puso a la sociedad en general, como el principal protagonista. Es decir, se pasó de hablar de guerrillas, militares, descontento social encausado a luchas armadas con contenido político, a una sociedad en apariencia igual, pero al mismo tiempo y contradictoriamente, fragmentada por cuestiones de carácter económico.

En este sentido, la importancia dada al mismo proceso de paz en términos políticos y económicos, en apariencia moldeó dicha reconstrucción de los diferentes ámbitos sociales; no obstante, más allá de la idea del crecimiento económico y mejores condiciones de vida para la población, lo que se mostró a todo lo largo de la década de los noventa fue un progresivo deterioro social que se tradujo en nuevas problemáticas y fenómenos, donde se inscribió el resurgimiento de la violencia.

Desde principios de la pacificación, la violencia surgió como una problemática “nueva”, no porque antes no hubiera estado presente sino porque en los noventa su práctica se trasladó hacia la escena social; entendida durante la mayor parte del siglo XX como el ejercicio legítimo del uso de la fuerza por parte del Estado y como expresión de la lucha social encausada hacia la reivindicación con contenido político, en los noventa pasó a ser una problemática de orden social.

Con el fin de la guerra civil y la democratización del país, la violencia ya no estaba concebida en el marco de la acción estatal, y no porque la violencia política hubiera dejado de existir en la realidad sino porque, bajo el principio de la democracia, aquella se había ocultado o bien, su ejecución se había sofisticado. No obstante, el cambio en el discurso y las mismas condiciones sociales, económicas y políticas también permitieron que la violencia se reprodujera de diferentes formas y en otros ámbitos.

De repente la violencia había cambiado de paradigma: ya no encajaba en el ejercicio metódico y planeado de las operaciones de guerra, con interlocutores claros y legitimados con quien negociar. Ahora, bajo condiciones renovadas de paz, la violencia se presentaba difusa y sin orden, anárquica, imprevista y sin planificar; diferente pero igualmente considerable en su proporción y amarga en sus consecuencias.⁵⁸

En este sentido, la violencia comenzó a notarse en un escenario específico: las zonas urbanas, para expresarse, una vez que se firman los acuerdos de paz y se resuelven las diferencias políticas, en acciones en torno de homicidios por delincuencia. La violencia de los noventa, en primera instancia, surgió como una problemática derivada del crecimiento acelerado y desorganizado de las ciudades, donde se inscribían los bolsones periféricos de pobreza y marginación pero en general, por las condiciones económicas de la mayor parte de la población en confrontación con sus aspiraciones socioeconómicas. No obstante, ésta era una problemática generalizada en los países de América Latina:

[...] la violencia del espacio público –la calle– es una de las principales características del día a día de las metrópolis del subdesarrollo industrializado: en ellas el espacio público constituye la negación de la ciudadanía. Es la banalidad de la violencia cotidiana de las horas derrochadas en el trayecto que une la casa al lugar de empleo, es el ritmo, la jornada de trabajo y la remuneración resultante; esto para no hablar del desgaste precoz de la fuerza de trabajo o sobre los asaltos, estupro, asesinatos y la impunidad y truculencia de la acción policial. Además de la violencia en estos y otros innumerables aspectos, el espacio público, es sinónimo de irrespeto y miedo. Miedo de enfermarse, de quedar desempleado, accidentado o atropellado, preso, torturado, miedo de ser tachado de marginal o entrar en los caminos de la criminalidad. Irrespeto en las filas; de las burocracias; a los peatones y consumidores por parte de aquellos que son social y económicamente superiores...⁵⁹

Lo especial de la violencia en El Salvador, fue que las condiciones situacionales durante la pacificación no fueron las únicas que la reproducían en el ámbito social, pues también se reprodujo en esta época como parte de esas secuelas sociales que no habían sido resueltas y no lo serían en los próximos años.

La otra parte del problema que enfrentaron los salvadoreños terminada la guerra civil, fue justamente las secuelas sociales que había dejado el fin del conflicto armado. Las

⁵⁸ Cruz, José Miguel; González, Luis Armando; Romero, Luis Ernesto y Sisti, Elvio, “De la guerra al delito: evolución de la violencia en El Salvador”, en Landoño, Luan Luis; Garavita, Alejandro y Guerrero, Rodrigo (eds.), *Asalto al desarrollo. Violencia en América Latina*, Washington, D.C., Red de centros de investigación/BID, 2000, p. 191.

⁵⁹ Lungo, Mario, “La delincuencia en San Salvador después de la guerra: causas y planes para su control”, *Alternativas para el desarrollo*, núms. 15-16, El Salvador, FUNDE, pp. 11-12. Disponible en: <http://www.repo.funde.org/117/1/APD-15-16-II.pdf> [Consultado el 15 de febrero de 2015].

problemáticas sociales más notables, tuvieron que ver con la reconstrucción del tejido social; pues, “el fin del conflicto dejó a toda una población intentando reconstruir sus relaciones humanas y tratando de aprender formas para vivir y laborar en condiciones de paz”⁶⁰. Tras doce años de una guerra civil cruenta, la población no sólo se quedó con los estigmas que la lucha había implicado: miles de muertos, desaparecidos, reclutamientos forzados, entre los más frecuentes; hicieron perdurar los vicios del estricto régimen militar en el que había quedado encasillada una parte en específico de la población, por lo menos los primeros años de la pacificación.

Con la firma de los acuerdos de paz, y como consecuencia del desarme de la guerrilla y los grupos militares que habían participado en el conflicto armado, se desmoviliza “[...] a una masa de 40 mil hombres que durante 15 años aprendieron a defenderse o matar y que de lo único que sabían era del uso de armas.”⁶¹ Por tanto, la reinserción socioeconómica de esta parte de la población no fue prevista y sufrió los mismos embates económicos que el resto de la población que buscaba condiciones de vida dignas para vivir, pero con efectos negativos amplificados.

Por otro lado, la violencia inscrita en este marco de desarme y desmovilización guerrillera y militar, tuvo que ver con las condiciones socioeconómicas en las que habían sido arrojados a la pacificación, aunque también, con sus antiguas prácticas de combate y guerra sucia. El incremento de los homicidios durante los primeros años de la pacificación, se atribuyó a esa masa de ex guerrilleros y ex militares que seguían funcionando bajo la lógica de la represión política, no porque se les ordenara -pues se suponía que los acuerdos habían estipulado la paz entre bandos-, sino porque se daba más bien como una expresión de los remanentes de la guerra civil.

En esta tónica, mucho se ha discutido en la literatura especializada acerca de la larga tradición que El Salvador tiene con la violencia, pues enmarca la coyuntura de la guerra civil

⁶⁰ Cruz, José Miguel; González, Luis Armando; Romero, Luis Ernesto y Sisti, Elvio, *op. cit.*, p. 194.

⁶¹ Najar, Alberto, “La vida en territorio mara”, *La Jornada*, suplemento Masiosare, núm. 324, México, 2004. Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2004/03/07/mas-cara.html>. [Consultado el 20 de septiembre de 2014].

como el quiebre en las relaciones sociales para instaurar las acciones como práctica social: la cultura de la violencia.

La guerra tuvo varios efectos en la sociedad salvadoreña, y uno de los efectos menos discutidos tiene que ver con el impacto psicosocial de la misma sobre la población. Las confrontaciones bélicas no sólo dejan pérdidas en vidas humanas y en recursos materiales en una sociedad, sino también dejan secuelas en la población que, más temprano que tarde, comienzan a crear efecto. Una de esas huellas son la creación de sistemas de valores y normas sociales que legitiman y privilegian el uso de la violencia en cualquier ámbito por sobre otras formas de comportamiento social, la denominada cultura de la violencia.⁶²

Es indiscutible que las relaciones sociales sufrieron una modificación profunda, donde mucho tuvo que ver el pasado de la guerra civil; sin embargo, desde mi perspectiva resulta aventurado suponer que el conflicto bélico dio cabida a una construcción de valores y normas que legitimaron el uso de la violencia como comportamiento preferencial de la vida cotidiana para resolver las dificultades independientemente de su naturaleza.

En la última década del siglo XX, el uso de la violencia se modificó en torno a su carácter de práctica especial, como en la manera de visualizarla, es decir, la violencia siempre estuvo inserta en la sociedad salvadoreña; antes de la guerra civil, únicamente era apreciada respecto de su carácter político y como ejercicio del Estado; con la pacificación, la violencia dejó de tener ese carácter “especial” para abrirse como práctica cotidiana en diferentes niveles y naturalezas y por ende, se volvió más visible a los ojos de la sociedad. No obstante, la violencia en nuestras sociedades occidentales modernas, bajo ningún paragón, es reivindicada o legitimada como podría suponer una apreciación orientada desde una forma cultural propia, más bien, la violencia se ha vuelto más visible en el ámbito social.

Dicho lo anterior, la violencia se ha presentado como una práctica cada vez más cotidiana y esto tiene que ver con el hecho de que las condiciones económicas, políticas y sociales han presionado a nuestras sociedades para que la encuentren como una forma de subsanar las carencia económicas, pero además, como la forma de protegerse del ambiente hostil imperante. Al mismo tiempo, esta cotidianeidad ha dado la sensación de que, en mayor o

⁶² Cruz, José Miguel; González, Luis Armando; Romero, Luis Ernesto y Sisti, Elvio, *op. cit.*, p. 192.

menor medida, nos hemos insensibilizado a su presencia; sin embargo, esto no significa que se haya privilegiado su uso.

Para el caso de El Salvador, el cambio que permitió que se construyera como cuestión deslindada de lo político, dio cabida a que la violencia se abriera a su diversificación haciéndola más notoria en sus diferentes formas y naturalezas en la escena social. Así, a principios de noventa la problemática se centró principalmente en torno de la figura de los homicidios. No obstante, como secuela social, en la pacificación fue una expresión de la reconstrucción que intentaba concebir el tejido social a partir de su pasado histórico conflictivo y de las nuevas condiciones sociales, sin empatar ni subsanar los vacíos y las heridas sociales de la guerra.

Asimismo, a pesar de que la violencia se identifica en lo social como el problema más evidente durante la primera mitad de los noventa, también en este contexto la percepción de su origen se modificaría, dando paso a nuevos actores. Consecuencia también de la modificación de las relaciones sociales, como de la inclusión de nuevas relaciones económicas y políticas de carácter internacional, es la emergencia de un nuevo actor: los jóvenes, con los cuales se genera un fenómeno particular que se extenderá por la región, difícil de resolver, dada la complejidad de los elementos en juego.

2.2 Los jóvenes durante la pacificación: un actor y problemática en emergencia

La aparición de los jóvenes en el contexto contemporáneo de El Salvador fue intermitente hasta hace un par de décadas. Si bien fue en el proceso de pacificación donde se hace más notoria su presencia en el contexto social, décadas atrás ya se habían manifestado como un grupo y actor social.

A pesar de que pasaron desapercibidos y contenidos como grupo social debido a las condiciones políticas y sociales imperantes durante la mayor parte del siglo XX, en los ochenta fueron parte de esa población que padeció y se incorporó a la lucha armada con las guerrillas y el ejército. En el escenario previo a la guerra civil se aglutinaron, entre otras

organizaciones políticas, en las Fuerzas Universitarias Revolucionarias y el Movimiento Estudiantil Revolucionario de Secundaria; asimismo, adquirieron presencia por haber sido parte de la clase media que apelaba por la apertura democrática y política para los civiles.

Entre los jóvenes universitarios, además de abanderarse la protesta social contra la exclusión política y las condiciones socioeconómicas, sino también, a través de este sector se esparció la influencia del socialismo que venía de la Guerra Fría y en particular, de la revolución cubana y el movimiento sandinista en Nicaragua.

Los grupos político-militares no sólo hicieron eco de las ideas de cambio social difundidas a partir de la revolución cubana de 1959 [...], sino que justificaron su irrupción apelando tanto a la pobreza crítica en que vivían la mayor parte de los salvadoreños como a la exclusión política de la que hacían gala los gobiernos militares. Integrados en su mayoría por jóvenes radicalizados de los sectores medios, los grupos político militares —una vez que consideraron que las vías legales para acceder al poder estatal se habían agotado— optaron por la lucha revolucionaria como mecanismo idóneo para enfrentar a los regímenes militares [...]⁶³.

En medio de toda la agitación política, de este grupo social salió uno de los movimientos finales que habría preparado el escenario para la guerra civil. Entre el descontento en los diferentes sectores y clases sociales y la proliferación de movimientos y organizaciones sociopolíticas, el acercamiento entre los sectores populares y estas organizaciones se hizo desde la juventud activista, lo cual dio cabida a que las demandas y protestas se articularan frente a la unión social aunque, de igual modo, paso a una unión general de las fuerzas opositoras al gobierno militar en turno que desembocaría en el FMLN y con ello, en la guerra civil.

Sin embargo, con el estallido de la guerra civil, tanto los jóvenes como los niños se enfrentaron a diferentes escenarios conforme se fue desarrollando el conflicto. Por un lado, la guerrilla significó un frente de lucha social y política con el que muchos simpatizaron, mientras que por el otro, la violencia política obligó a muchos de ellos a participar en el conflicto mediante el reclutamiento forzado que hizo el ejército y la guerrilla, todo el tiempo que duró el conflicto armado. De la misma forma, aquellos que lograron escapar de tal suerte,

⁶³ González, Luis Armando, *op. cit.*, p. 50.

debieron vivir durante poco más de una década entre el vaivén de la guerra o bien, migrar al extranjero para tratar de sobrevivir.

No obstante, a pesar de su participación en la vida política y bélica de El Salvador, no vuelven a tener notoriedad sino hasta entrada la década de los noventa con la firma de los acuerdos de paz. Las preocupaciones políticas y sociales se centraron en la transición política y económica así como también, en el clima de violencia social que se estaba desarrollando; de esta forma, no se percibieron grupos específicos en emergencia, desde el Estado ni desde la sociedad.

En este sentido, su presencia como grupo social en el contexto de la pacificación resultó ser un proceso complejo donde convergieron las condiciones económicas, sociales y políticas, como las secuelas que había dejado el conflicto armado. El cambio de la lógica política intervenida por la visión económica, abrió la puerta a una segmentación social, de modo que deja de hablarse de clases sociales para hablarse de sectores poblacionales específicos.

La aparición de nuevos estratos sociales trajo consigo una subdivisión más extensa —para fines operacionales y de políticas públicas— de la distribución de la riqueza que también dio pie para considerar a la sociedad en diferentes estratos que no sólo tenían que ver con su nivel económico sino con otras clasificaciones, como la edad o el género e incluso, desde las problemáticas sociales más apremiantes del momento; de modo que los jóvenes aparecieron primero a la luz de fines operacionales —estudios estadísticos— y hasta mucho después, se le dio contenido como sujeto social y político.

No así se incorporó el surgimiento de los jóvenes en lo social, como un fenómeno alusivo a un proceso más complejo que propiamente, tomó forma hasta que se entró en una “aparente” estabilidad política. Si bien los jóvenes ya estaban presentes en Centroamérica antes de los ochenta, en la pacificación son ya un grupo social —a la luz de Occidente— que “llega tarde” a la región en todos los sentidos, no porque no estuviera ahí desde tiempo atrás, sino porque no tenían *nombre propio*.

A pesar de hacer una apreciación de los jóvenes antes y después del conflicto armado, es difícil hacerlo sin caer en la obviedad de los límites de su construcción como grupo social;

plantearlo en los noventa desde lo social, arrojó luces sobre su construcción como sujeto y como proceso social. Desde su consideración:

Como grupo social, los jóvenes están forzosamente vinculados a su entorno, al ambiente económico, social, político y cultural presente en cualquier etapa de la historia de un país o de una ciudad, y de esta relación histórica dependerán los mecanismos, acuerdos, visiones y formas de convivencia que se hayan establecido entre ellos y su sociedad; de ella también dependerá la imagen pública de los jóvenes, su percepción popular y las formas y límites que encontraron para asociarse entre sí, en cualquier contexto.⁶⁴

Como actores, los jóvenes siempre fueron parte de lo social en El Salvador; antes de la guerra civil se les visualizó a la luz de la inestabilidad política, es decir, su presencia se construyó en torno a su participación política. Aquellos presentes antes y durante la guerra civil, venían de un estrato socioeconómico identificable: eran los militantes de clases medias que formaban parte de las organizaciones político-militares, y su sello de identificación fue su pertenencia a instancias educativas de nivel medio y superior.

De forma diferente sucedió durante la pacificación, al aparecer primero en el terreno social porque fue aquí donde los cambios del proceso de paz y las secuelas de la guerra civil reordenaron las relaciones socioeconómicas. Todas las problemáticas que antes parecían de orden político, carecieron del mismo una vez que el discurso cambió, como las mismas estructuras de poder, al igual que las económicas imperantes a lo largo del siglo XX.

Las problemáticas se diversificaron en el sentido de que aparecieron nuevos fenómenos, aunque también fueron de diferente naturaleza y se dieron en distintos órdenes. Para el caso de los jóvenes que acompañaron el fin de la guerra civil, como aquellos que migraron de vuelta a su país de origen, se enfrentaron a situaciones sociales, económicas, políticas e incluso culturales, que redefinieron su pertenecía a este grupo social.

Así pues, una vez que se firman los acuerdos de paz y se desmoviliza a la guerrilla y las fuerzas armadas, aquellos niños y jóvenes que habían peleado y sobrevivido, dejaban de ser identificados y de identificarse a sí mismos como guerrilleros o soldados, pero al mismo tiempo no podían volver a ser niños o ser considerados como adultos, pues aunque los años

⁶⁴ Castillo Berthier, Héctor, *op. cit.*, p. 7.

no habían pasado desapercibidos —en cuestiones biológicas—, socialmente la apreciación de estas categorías, como su incorporación, no los colocaba ni en una ni en otra.

Una situación diferente ocurrió con el retorno de migrantes durante esta época, los niños que habían salido del país volvían una década después no como niños sino propiamente, como jóvenes; no obstante, el contexto donde crecieron durante esa década los incluía ya como un grupo social en todas las esferas de la vida social: económica, política, cultural, social y académica, esto es, en el contexto de Estados Unidos, hacia donde principalmente emigraron los salvadoreños.

En este país, como en general en Europa, los jóvenes eran una realidad desde la segunda mitad del siglo XX; una situación diferente a la de Centroamérica, donde apenas comenzaban a ser identificados y reconocidos, no como grupo social sino como individuos que se encontraban en una etapa intermedia entre la niñez y la adultez con características propias.

No obstante, la identificación de los jóvenes como categoría de análisis en El Salvador fue un proceso intervenido por el contexto económico. En principio y como consecuencia de la guerra civil, la fragmentación social trastocó el núcleo familiar dejando espacios vacíos en su estructura; la muerte de los padres por la guerra o bien, su ausencia debido a la migración, afectaron las relaciones familiares de forma tal, que el reacomodo familiar obligó a los miembros a asumir nuevos roles. Así y de forma precipitada, los niños se vieron orillados a asumir un papel de adulto antes de tiempo, sin entrar propiamente a la adultez, ante las exigencias económicas y sociales de subsanar esos vacíos familiares, lo que también trajo consigo una modificación de los lazos sociales al interior de la familia.

Esto, aunado a las condiciones económicas en las que se encontró la mayoría de la población durante el proceso de transición, también repercutió en la estructura familiar. Esa maduración anticipada se vio reflejada a partir del momento en que los niños debieron “superar” su condición de niños, volverse más autónomos y salir a buscar un empleo para ganarse el sustento diario que contribuyera a la economía familiar. De esta forma, las condiciones económicas dieron cabida a que los cánones tradicionales de la sociedad se modificaran en los noventa para abrir espacio, a los jóvenes pero en especial, a la *juventud*

que, bajo tal contexto, “ajustaba” su contenido en diferentes campos para abarcar una denominación sólo aplicable a esta situación.

Es decir, en este momento los jóvenes ya no eran aquellos universitarios, estudiantes de nivel medio y superior de la clase media que se levantaron en armas y se incorporaron a la lucha armada pues pasaron, de ser identificados con el contexto político, a las consecuencias que generó la situación económica y social del país sobre los núcleos familiares y por tanto, el proceso asociado con *juventud* también se *reconstruyó*⁶⁵ de acuerdo con el contexto de esa década.

A pesar de que el proceso y apreciación de la *juventud* en el ámbito social no era claro, el *cambio* en su construcción se da en los límites marcados por el final de la niñez, pues éste se trasladó de los cambios físico-biológicos, a la inmersión en el campo laboral. Es decir, los cambios en la situación familiar y económica llevaron a que la frontera de entrada se moviera hacia arriba, al pasar de una cuestión biológica a otra socioeconómica; por otro lado, los cánones sociales de salida no se modificaron; no obstante, el límite de salida también se alargó ante las mismas condiciones socioeconómicas.

Básicamente, se les considera en ese momento como jóvenes y no como adultos porque aún no son por completo independientes ni autónomos del núcleo familiar, se encontraban inmersos en instituciones educativas o bien, en edad para estudiar; tampoco forman una familia propia, pero sobre todo, aún no se incorporan a los sistemas productivos de forma definitiva, es decir, a la estructura social dominante. Entonces, desde la apreciación de la sociedad no se les podría identificar como adultos sino como jóvenes. Sin embargo, en la medida que las condiciones socioeconómicas moldearon la construcción de la *juventud*, de forma paralela también constituyeron situaciones a las que debieron enfrentarse, pues a partir

⁶⁵ La juventud se reconstruye y no se gesta porque antes había *juventud* como proceso, sólo que no tenía nombre ni apellido y era diferente en tanto actor social tradicionalmente identificado. En los ochenta, el proceso de juventud se construía y asociaba con los procesos de escolarización; en los noventa, se percibió –desde la perspectiva política como marco de definición- primero con las pandillas y después, en las aproximaciones académicas que se hicieron a partir del contexto socioeconómico y las vivencias a las que daba lugar para los jóvenes.

de ellas se habría de configurar la relación particular que los jóvenes desarrollaron con la violencia, así como la percepción de este grupo social desde la esfera política.

Así pues, los jóvenes que acompañaron el fin de la guerra civil como aquellos que volvieron a El Salvador, se enfrentaron a situaciones sociales, económicas, políticas e incluso culturales que los llevaron a relacionarse de forma particular con su entorno social. De entrada, el deterioro social que había dejado los ochenta, en la década siguiente ya se mostraba con el cambio en las dinámicas familiares y sociales. No sólo se modificó la dinámica social a partir de los estragos que dejó la guerra civil en torno a la pérdida de las vidas humanas y todas las familias que fueron afectadas por este hecho; la desmovilización y reinserción de los combatientes jóvenes, supuso enfrentarlos a un cambio en sus dinámicas familiares y sociales que no era nueva, pero que hasta los noventa, se dejó sentir debido al proceso de paz.

Después de doce años de haberse dedicado al combate armado, reincorporarse a una familia o bien al entorno social que en algún momento habían pertenecido, los enfrentó con las consecuencias sociales de la guerra, así como con nuevas dinámicas y entornos donde eran totalmente ajenos, aunque tuvieran algún vínculo social como la familia o simplemente el sentimiento de pertenencia a un lugar de modo que, paralelamente, también se inició un proceso de desarraigo social y cultural.

Esto, aunado a la ruptura de la familia acentuada por las condiciones socioeconómicas después de la guerra civil, modificó la construcción social tradicional no sólo en términos familiares sino también respecto de los valores, usos y costumbres, reglas de convivencia y el mismo capital social, por una lógica más de subsistencia, al cambiar la forma de ver y entender al núcleo familiar y las mismas relaciones sociales.

No obstante, tales rupturas no sólo fueron procesos que vivieron los jóvenes que nunca salieron de la región durante el conflicto bélico; aquellos que regresaron debieron incorporarse a una familia y a una sociedad que, por más de diez años, les había sido ajena; a pesar de volver con sus familiares no se encontraban vinculados y/o identificados con su lugar de origen, como tampoco su lugar natal les ofrecía muchas oportunidades de desarrollo.

A esta situación social se sumaron los cambios socioeconómicos que sufrió la mayoría de la población con los acuerdos de paz, los cuales repercutieron con especial acento sobre este sector poblacional; de esta forma, las problemáticas más notables a las que tuvieron que enfrentarse los jóvenes, fueron sus condiciones situacionales. Con la decadencia del antiguo sistema económico y la transición acelerada hacia un sistema económico que era poco probable que funcionara porque no concordaba con las necesidades y condiciones económicas en las que se encontraba El Salvador, el impacto que tuvo sobre los jóvenes fue en dos órdenes: como dependientes del núcleo familiar y como proveedores del sustento económico del mismo.

Para el primer caso, el desempleo o los salarios bajos y el sustento económico de la familia se convirtió en una situación cada vez más difícil lo cual, se vio reflejado en la paulatina precarización de las condiciones de vida de las familias salvadoreñas e impactó otros ámbitos directamente relacionados con los jóvenes, como la educación. La ayuda económica a sus familias significó, en muchos casos, la suspensión de su formación educativa para convertirse en proveedores familiares, y se sumó a estas exigencias económicas y la falta de una preparación a la que pocos podían acceder en concordancia con las necesidades del sistema para insertarlos, en el mejor de los casos, como mano de obra barata.

El deterioro de la educación también se dio como un fenómeno paralelo y de corte sociocultural, en la medida que no logró asimilar a los estudiantes más de lo que los expulsaba hacia el mercado laboral precario o incluso a la calle, bien por sus condiciones económicas o por la percepción del presente y de un futuro incierto, donde los medios de subsistencia son escasos, como la aparición de la violencia en espacios donde antes no existía, como en los ámbitos escolares. Asimismo, los estragos que dejó la guerra civil se dejaron sentir durante la pacificación, al expulsar e impedir que aquellos que una década atrás habían salido de ese ámbito para sumarse a la guerra o migrar, pudieran asimilarse de nuevo y retomar su vida en condiciones de paz:

Con la guerra el gasto de la educación decayó al 3.6% en 1980. Al finalizar el conflicto bélico el presupuesto llegó a descender en 1992 al 1.5%. [...] El número de analfabetas fue ascendiendo por falta de infraestructura y de empleo [...] Se calcula que en 1980 se cerraron

877 escuelas (ya sea por ser destruidas o abandonadas), se cerraron 3, 285 aulas lo cual significó que aproximadamente 1,542 profesores y 107,000 educandos fueran afectados.⁶⁶

De igual modo, los cambios económicos implicaron los socioculturales, donde la educación ya no se tradujo como uno de los medios preferenciales de vinculación y reproducción del capital social para integrar a los individuos, sino más bien se convirtió en un medio de expulsión hacia condiciones socioeconómicas hostiles, tanto porque la enseñanza estaba desfasada —en forma y contenido— frente a esa realidad que construía las condiciones económicas, como porque no lograba reproducir los valores tradicionales.

De esta forma, el deterioro de los núcleos sociales básicos como la familia y la educación tuvo un particular impacto en un grupo social pues, al ser la transición hacia la vida adulta, su condición los situaba como uno de los sectores más vulnerables de la sociedad salvadoreña, tanto por comenzar a salir del núcleo familiar en busca de otras instancias de socialización, como por ofrecer la esperanza de desarrollarse y prepararse para la vida adulta, visualizada justamente en la familia, la educación y el campo laboral.

Por otro lado, la migración jugó un papel central que operó en desventaja con este campo, pues al interior como al exterior, también supuso condiciones diferentes en la dinámica social y cultural habitual; desde las relaciones más básicas como el establecerse en un lugar, ya fuera la ciudad o la provincia, aquellos jóvenes que migraron del campo a la ciudad o quienes retornaron del exterior, se enfrentaron a cambios socioculturales latentes que iban, desde establecer nuevos lazos sociales, hasta insertarse en nuevas instancias educativas y laborales.

Grosso modo, la urbanización de esta época sólo acentuó la falta de seguridad social, en especial de oportunidades laborales y educativas que subsanaran las necesidades sociales del grueso de la población, en particular de este grupo social; por consiguiente, creó a su vez periferias donde la marginación y exclusión se construyeron como problemáticas generales

⁶⁶ Alvear Galindo, Virginia, *La Educación Popular en Morazán, El Salvador, durante la guerra civil de 1981 a 1992: ¿parte de una estrategia de supervivencia?*, tesis doctoral, Berlín, Departamento de Ciencia Educativa y Psicología, Freien Universität Berlin, 2002, pp. 85-86. Disponible en: http://www.diss.fu-berlin.de/diss/servlets/MCRFileNodeServlet/FUDISS_derivate_00000000560/05_kap3.pdf?hosts= [Consultado el 20 de enero de 2015]

aunque su impacto recreaba condiciones para la generación de la violencia desde este actor social.

En lo social, la violencia casi se pudo vislumbrar como una consecuencia y secuela *natural* después de tantos años de conflicto armado, no así el impacto y la forma como los jóvenes la iban a *tomar* y se iban a *apropiar* de ella, como práctica cada vez más frecuente y cotidiana pues igualmente se tradujo como emblema de este grupo en los nuevos tiempos de democracia, modernidad y globalización.

Para los jóvenes, la violencia en la etapa de la pacificación significó inscribirlos en un contexto con dos referentes: como víctimas y como victimarios. A pesar de que los tiempos habían cambiado, el gobierno ya no los iba a reprimir ni a reclutar para que vivieran de nuevo los horrores de la guerra porque ya no había guerra y, por tanto, ya no los necesitaba para engrosar las filas de los ejércitos; en el marco de la democracia en esencia el atropello a los derechos humanos y la misma existencia de la violencia política, no debía suceder. Paradójicamente, la misma reforma del Estado iba a constituir una de las fuentes principales de la *violencia moderna* en el marco de la paz.

La generación de políticas públicas excluyentes indicó su no ubicación como parte del tejido social; por su parte, el mismo impacto de las reformas económicas, el desempleo, pobreza y exclusión, además de reducirse a datos duros, también constituyeron una forma de violencia más sofisticada que se propagó a partir de la idea del progreso pero prácticamente, sin responsabilidad política. En este sentido, la exclusión socioeconómica representó, por un lado, las oportunidades negadas a un grupo poblacional que se encontraba justamente en transición hacia la adultez necesitado de todos los medios para formarse como ente productivo capaz de integrarse a la sociedad; por otro, fue la confrontación directa con las necesidades básicas y las aspiraciones que se propagaban a partir de la difundida idea de progreso, así como aquella de la globalización económica y el consumo.

De esta forma, los jóvenes se convirtieron en marginados del sistema económico y político, donde en apariencia había más oportunidades para acceder a mecanismos de participación e inclusión pero, al mismo tiempo, los medios económicos no alcanzaban a hacer frente a las condiciones reales de pobreza, exclusión y marginación que se desbordaban con particular

visibilidad en las zonas urbanas. Esta marginación y exclusión de los entornos educativos y laborales crearon a su vez dos situaciones: la necesidad económica de subsistir y una desvalorización del tiempo libre como momento de recreación.

Como consecuencia de esto, la violencia entre los jóvenes se reprodujo a partir de diferentes situaciones, producto de las condiciones socioeconómicas, de la desvinculación con su entorno social y como parte de un cambio sociocultural. Aunque todas convergieron de forma simultánea en la pacificación, las primeras apreciaciones de la problemática situaron a la violencia como resultado de las condiciones sociales pero sin la precisa identificación de un sujeto claro; sólo hasta después se sumó la relación entre los jóvenes y las condiciones de vida en las que se desarrollaban, donde la exclusión se había vuelto una condición común y determinante en la forma como se estaban relacionando con el resto del cuerpo social. Esta situación no sólo propició que incurrieran en actos de delincuencia, también acentuó la ruptura de los lazos que podrían establecer con los núcleos de vinculación social, principalmente la educación.

A su vez, esto puso de manifiesto un cambio en la forma de pensar y actuar entre la *juventud* de la pacificación. Antes de la guerra civil, los jóvenes habían sido uno de los grupos que habían participado en la lucha social para cambiar las condiciones sociales desfavorables; la consigna y lucha política habían surgido en el seno de las instituciones educativas; una década después, con el fin del conflicto armado y la derrota real y simbólica de los movimientos armados y los ideales socialistas, estos ya no tenían cabida en el contexto de la pacificación; muy por el contrario, permitió que la relación con la violencia cambiara de eje pues pasó del descontento social, a la lucha diaria contra las condiciones adversas que marcaban la vida social y familiar.

En este marco y como factor de desagregación de esa violencia social de los primeros años de paz, también se encontró la desmovilización de las fuerzas armadas por parte del gobierno y la guerrilla. A lo anterior se sumó la desarticulación de una masa significativa de combatientes que regresaron para intentar reincorporarse a una sociedad que aspiraba a la reconstrucción, de la cual estaban desarraigados por la década de lucha, así como una paz “precipitada” que en apariencia, no había dejado vencedores ni vencidos, pero si había

mantenido las rencillas y tensiones políticas, mismas que no terminaron simplemente con los acuerdos de paz; tampoco se terminó la violencia política entre los contendientes de la década anterior más allá de que la sociedad y el gobierno hubieran entrado ya a un estado de aparente paz.

En muchos casos, éstos [los ejecutores de la violencia social] son miembros o ex miembros de los cuerpos de seguridad, así como de la Fuerza Armada y —en algunas ocasiones— individuos que en algún momento pertenecieron a las disueltas estructuras militares del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Todos ellos, en sentido estricto, no son “delincuentes comunes”, a pesar de que en ciertas oportunidades algunos de ellos, no importa el bando al que hayan pertenecido durante la guerra, actúen así por la falta de cumplimiento gubernamental del compromiso relativo a su reinserción socioeconómica en la actual coyuntura [la pacificación].⁶⁷

Desmovilizados, sin empleo, desarraigados y frente a condiciones sociales y económicas desfavorables por las cuales no tenía sentido luchar como en la década pasada, esta parte de la población en específico se enfrentó, en parte y por la necesidad de subsistir, al cambio de hábitos formados con la guerra civil.

Así pues, esta exclusión sufrida por los jóvenes, tanto del ámbito educativo como del laboral, los arrojó a buscar los medios que les permitirían sobrevivir y dio pie a una apropiación del espacio público como un lugar donde los conflictos familiares y económicos no tenían cabida, y donde se podía estar ante la desocupación. De tal suerte, la calle se constituyó como el espacio donde la precariedad de las condiciones de vida se vio más reflejada, al ser el espacio preferencial para la generación de la violencia; también, se convirtió poco a poco en un espacio donde se podía *pertenecer* y estar ante la desocupación cualquiera que fuera su naturaleza.

Más allá de la efervescencia de las condiciones a las que contribuía al clima de violencia en lo social, la relación que establecen los jóvenes y esta práctica no fue visualizada sino hasta entrada la década de los noventa. A partir de estudios estadísticos sobre la violencia en la sociedad salvadoreña y sus impactos, indirectamente se arrojaron luces sobre los actores que intervenían como víctimas y victimarios, siendo este marco de apreciaciones estadísticas en el cual se empieza a notar la relación de los jóvenes con dicha problemática en el escenario

⁶⁷ IDHUCA-UCA, “Indicadores actuales de la violencia”, *ECA*, vol. 48, núm. 536, San Salvador, UCA “José Simeón Cañas”, 1993, p. 597.

social, así como el conjunto de componentes que le darían precisión a ambas categorías sociales.

A partir de los homicidios por delincuencia que estaban teniendo lugar en las zonas urbanas, fue como se visualizó principalmente desde la esfera política y social, el problema de la violencia; no obstante, el reconocimiento de las víctimas y victimarios situaron a los jóvenes en el centro de la misma: “[...] las víctimas más frecuentes de la violencia homicida forman parte del mismo grupo demográfico que los agresores. Según las distintas fuentes y registros de homicidios, entre el 70 y el 85 por ciento de los fallecidos pertenece [*sic*] al sexo masculino y más de la mitad se encontraba entre los 15 y los 30 años al momento del hecho.”⁶⁸

Desde estas apreciaciones estadísticas planteaban una edad tentativa de la cual se visualizó a los jóvenes; asimismo arrojó escenarios concretos donde tenía mayor cabida la generación de la violencia: las zonas urbanas. De tal forma, la construcción de la perspectiva política y social se vio permeada por esa sensación constante de violencia, al igual que por los datos que arrojaban las estadísticas modificando sus referentes de apreciación; es decir, se pasó de identificar a los jóvenes como se hizo en los ochenta –como fuerzas insurgentes o fuerzas militares en potencia vinculados a las instituciones de educación- a calificarlos más bien como revoltosos, delincuentes, drogadictos sin mayor ocupación; en síntesis, un problema social.

A partir de esto, la distancia social que se originó entre los jóvenes y la sociedad fue producto de otro tipo de marginación social que comenzaron a sufrir a partir de su estigmatización y se sumó de la precariedad que siguió sacudiendo las condiciones de vida del grueso de la población, así como de la práctica cada vez más recurrente de la violencia para poder hacerle frente. Los jóvenes se construyeron como un grupo social aparte respecto de una relación establecida con la violencia y la notoriedad que fueron adquiriendo primero, en el ámbito social y hasta mucho después, en el político.

Su percepción como un “nuevo grupo social” después de los acuerdos de paz también tuvo que ver con la masificación de su presencia en todos los ámbitos sociales. A partir de los

⁶⁸ Cruz, José Miguel, *op. cit.*

medios de comunicación como fuente de información sobre la violencia y la participación de los jóvenes —estos últimos según estadísticas y un rango establecido que comprendió los primeros esbozos formales de una apreciación de la *juventud*—, se hicieron presentes en la vida cotidiana a partir de espacios como la calle. Por otro lado, el creciente contexto de delincuencia extendería la percepción de un sólo tipo de jóvenes —los pobres y delincuentes—, dejando fuera a otro tipo existente en El Salvador y de forma más grave, encasillando la figura de la *juventud* a una apreciación lineal y tajante que tampoco consideraba los distintos impactos de las condiciones situacionales en el fenómeno, pues no todos los jóvenes se relacionaron con la violencia de igual forma en situación de víctimas y victimarios.

Contrariamente a estas advertencias, la apreciación política del problema que se hace mucho después, se inscribió alrededor de la violencia, mientras que la percepción de la *juventud* se hizo desde dos referentes: a partir de una edad biológica obtenida de los estudios estadísticos vinculados a la violencia, y desde de la propia carga valorativa concedida a la figura de *juventud*. Así, la apreciación se centró en la segunda, asignada según el contexto particular de ese momento, es decir, los jóvenes eran asociados con los actos de delincuencia y criminalidad urbana, de tal modo que ser joven, se convirtió casi en un sinónimo de delincuente o criminal, por lo que esta perspectiva de los jóvenes dio contenido a la *juventud*.

Mientras tanto, en otras latitudes de Occidente, como en Europa y Estados Unidos, ya se había hecho un reconocimiento a la categoría social de *juventud* e incluso, se había legislado; en El Salvador el reconocimiento jurídico, tanto como su aprehensión académica, inicia a mediados de la década de los noventa y se extiende hasta la primera década del siglo XXI. No obstante, en el plano político la *juventud* y los jóvenes también se vieron influidas por otro proceso que se desarrolló durante la época: la asociación particular de los jóvenes y las actividades que comenzaron a desarrollar como colectivos. Su presencia como grupo social antagónico y separado se vio reforzada con de las condiciones sociales que los llevan a integrarse en busca de un espacio de identificación, pertenencia y socialización. Su manifestación en las calles de El Salvador y la asociación, tanto social como política que se hace con la problemática de criminalidad, lleva a la sociedad y al gobierno a hablar de

pandillas juveniles, siendo que la aparición de este actor social, también habría de modificar a la juventud, la violencia, y la relación entre ambas.

2.3 La proliferación de las pandillas en El Salvador: la relación entre los jóvenes y el tejido social

A inicios de los noventa, los jóvenes ya se perfilaban como un grupo social particular. La “nueva” violencia que había aparecido en la sociedad, lentamente los estaba situando como víctimas y victimarios de uno de los tipos de violencia más visibles y escandaloso que había traído consigo la pacificación. No obstante, más allá de que en este momento la perspectiva sobre el problema que se estaba construyendo alrededor de la *juventud* —una juventud muy específica, aquella que se gestaba y construía desde los referentes cotidianos de las zonas urbanas empobrecidas y marginadas— era casi inexistente, otros elementos se confabularon para que los jóvenes se elevaran como una problemática en emergencia que en la historia moderna de El Salvador, no se había visto antes.

En este sentido, la aparición de las pandillas en el transcurso de los noventa fue parte de ese proceso de transformación que sufrieron los jóvenes en cuanto a su entorno y las construcciones cotidianas que tuvieron lugar una vez que entran en estado de aparente paz. Las secuelas sociales que había dejado la guerra civil; los cambios económicos y políticos que se gestaron desde la firma de los acuerdo; los reacomodos sociales y la aparición lenta y casi oculta e ignorada de los jóvenes, así como el retorno de los salvadoreños que migraron durante el conflicto armado, posibilitaron el escenario idóneo en el que la juventud se reorganizó en torno a colectivos que pusieron de relieve un cambio sociocultural en sectores específicos de la población, y la forma como éstos comenzaron a relacionarse consigo mismos y con la sociedad a su alrededor.

A pesar de que las formas de organización informal entre los jóvenes no eran del todo desconocidas en El Salvador pues, los colectivos de jóvenes existieron en las instituciones

de educación media desde la década de los cincuenta, las *pandillas*⁶⁹ propiamente aparecieron en las ciudades del país en los setenta más bien como grupos de jóvenes reunidos en las calles a pasar el rato. Para la década de los noventa, su aparición ya se enunciaba como una reconfiguración de las pandillas conocidas en el país hasta el momento, y como la constitución de los jóvenes como problemática con otras particularidades que escapaban de las condiciones precarias de vida y las necesidades de subsistencia.

Si bien el contexto de paz ya había dado pie a distintas situaciones que vulneraban a los jóvenes en diferentes escenarios como el económico, con las necesidades básicas como sobrevivir y la carencia de espacios laborales y educaciones donde pudieran desarrollarse para aspirar a una vida mejor; o el social, con la descomposición de los núcleos familiares, ya fuese por la guerra civil y la pérdida de alguno de sus miembros o por las mismas condiciones económicas que derivaron en la migración de los padres o algún otro familiar, y como consecuencia la pobreza, la marginación, la exclusión y violencia; por si sola esta realidad únicamente situó a los jóvenes en un contexto donde la degradación social se expresó a través de esa violencia criminal y delincuencia de la que estaban siendo parte como ex militares, ex guerrilleros o bien, como jóvenes que encontraban en delinquir un medio de sustento más provechoso que empleos mal remunerados o incluso, su inexistencia. De este modo, la aparición de pandillas en el país fue una problemática que tuvo cabida a partir las condiciones internas, aunada a la interacción sociocultural que tuvieron los jóvenes durante una década en un contexto diferente al de la guerra civil, con el proceso de la pacificación.

Más allá de que los Acuerdos de Paz crearan nuevas expectativas alrededor de las condiciones económicas y políticas, para aquellos que habían salido del país durante la década del conflicto armado, también sugirió la posibilidad de volver a su país de origen para

⁶⁹ El término de pandillas ha adquirido diferentes características según los contextos en los que se hace referencia a su existencia y más allá de los preceptos teóricos ampliamente desarrollados alrededor del concepto. Por ejemplo, hay referencia de pandillas en El Salvador en la década de los setentas, como grupos de jóvenes que se reunían en las calles a *pasar el rato*, podían incurrir en situaciones de vandalismo, delincuencia y peleas callejeras, e incluso había una identificación en torno a las condiciones sociales. No obstante, las diferencias son sustanciales si se comparan con las pandillas estadounidenses (*gangs*); éstas se construyen también a partir de las condiciones situacionales en las que se desarrollan los jóvenes, sin embargo, en su construcción intervienen procesos derivados de la migración, las diferencias étnicas y culturales; y por otro lado, se conforman como grupos criminales, bien estructurados, con fuertes componentes simbólicos, una alta cohesión sustentada en códigos de conducta, ritos de iniciación y la generación de una identidad colectiva.

retomar la vida que habían dejado. Sin embargo y por definición, la sociedad salvadoreña no era la misma, mucho menos aquellos migrantes que habían pasado años fuera de su país alejados tanto del enfrentamiento político-militar, como de la sociedad inmediata donde habían crecido y vivido.

Para los desplazados, El Salvador de los noventa planteó un nuevo comienzo en un contexto donde, a pesar de la lucha armada, las condiciones socioeconómicas no eran muy diferentes a las que estaban presentes dos décadas atrás; esto, aunado a que debían reinsertarse en una sociedad de la cual además de haber quedado desarticulados con su salida del país, de trataba de una sociedad deteriorada que intentaba reconstruirse y superar los estigmas que dejó la guerra civil con en la pérdida de vidas humanas pero también, respecto de los vicios que seguían arrastrando del conflicto, como la violencia.

No obstante, estas condiciones de pobreza, desempleo, marginación, exclusión y fragmentación social tuvieron un impacto diferente para los que volvieron. Todos los salvadoreños que migran de vuelta al país a lo largo de los noventa, necesariamente lo hicieron permeados por una sociedad y cultura muy diferente a la del origen. De esta forma, con el retorno de los migrantes también sucedió una suerte de exportación de estilos de vida y esquemas culturales que coincidían con la década que los marcó y de alguna forma, influenciados por ciertos esquemas socioculturales estadounidenses.

En este sentido, generaciones completas se insertaron en un contexto al que alguna vez pertenecieron pero del cual no se sentían parte. Aquellos que regresaron, en especial los jóvenes originarios de El Salvador, habían nacido y pasado los primeros años de su vida en el país, pero al mismo tiempo no se sentían parte porque habían permanecido fuera durante una década, rompiendo todo lazo o vínculo social que pudieron haber creado con su entorno inmediato.

Asimismo, particularmente los jóvenes regresaron con una identidad juvenil que había combinando la cultura de El Salvador con la estadounidense, como una forma de defensa frente al racismo y violencia que vivieron en Estados Unidos. Esto se expresó en el mismo precedente pandilleril que muchos de ellos tenían, como forma de reivindicarse étnicamente y de hacerlo con su cultura frente a la estadounidense dominante; pero también, en la

adopción de un estilo de vida que estaba orientado hacia el llamado esquema de vida americano o el *American way of life* que con sus antecedentes, tendió a adoptarse para adquirir una connotación particular.

De este modo, esa *juventud* que se había construido en Estados Unidos lo hizo en torno a la violencia social de la que fueron objeto y participes, aunque también, ésta regresó influenciada por el proceso de globalización económica y cultural, donde en la cotidianidad el consumismo, el acceso a diferentes tipos de capital simbólico y la influencia de los medios de comunicación, imponían referentes culturales ajenos y construían aspiraciones sobre lo considerado como *juvenil*.

Esto no sólo marcó una distancia significativa en un país como El Salvador, donde esos procesos no tenían cabida; también se vieron enfrentados a las condiciones reales de la economía en las que se encontraba el país. A pesar de que las condiciones de pobreza, desempleo y marginación eran realidades compartidas —pues también las habían vivido en Estados Unidos— en El Salvador las expectativas que generan los acuerdos de paz, como la dinámica social, no lograban brindar medios de subsistencia y certeza para enfrentar el futuro.

Esto significó ser de nuevo uno de los grupo sociales más vulnerable, pues los referentes vagos ya no correspondían con la realidad de una década atrás y por tanto, no había una identificación como tal con su antigua familia, compañeros o amigos, aunado a que muchos de ellos volvieron con precedentes de delincuencia y/o pandillerismo lo cual, permitió que el propio contexto abriera un espacio para la reproducción de estas formas culturales que ya habían sido aprendidas durante una década de estancia en Estados Unidos.

Aunque muchos de estos jóvenes deportados afirman que llegaban al país con la intención de procurarse otro tipo de vida, de calmarse, las condiciones de marginalidad, falta de oportunidades, aunadas al desconocimiento de su propio país por la ausencia prolongada, provocaron que reincidieran en sus actos y los expandieran en todo el territorio.⁷⁰

Sin embargo, las pandillas fueron notorias en el ámbito social hasta finales de la pacificación, pues fue en este momento cuando la sociedad comenzó a prestar atención a los grupos que se reunían en las calles para interactuar, jóvenes que lucían diferente porque se vestían y se

⁷⁰ Smutt, Marcela y Miranda, Jenny Lissette E., *op. cit.*, p. 36.

comportaban de forma diferente al resto y no pertenecían precisamente a esos círculos de socialización; jóvenes que también fueron asociados con la violencia y la delincuencia social, por lo que su presencia con frecuencia generó alarma entre la población dado que, en éstas se expresaron esos procesos que estaban sucediendo en el encuentro de dos realidades muy diferentes que adquirieron similitudes e identificaciones al momento de encontrarse en un contexto de paz.

Así pues, con el retorno de estos migrantes con un precedente pandilleril, la falta de instancias de integración social, ya fuesen laborales o educativas donde pudieran desarrollarse, el modelo aprendido y desarrollado a lo largo de una década en Estados Unidos, aunado a que las condiciones situacionales no sólo tocaban a los que regresaban sino a esa otra parte de la población joven que nunca había salido del país e intentaba, como el resto de la población, reponerse de los años de la guerra, dieron cabida a un nuevo proceso de recreación pandilleril, donde coincidieron los procesos internos propios de la guerra civil —las experiencias de los jóvenes que participaron o vivieron de cerca el conflicto—, y los procesos de la migración —las experiencias de los jóvenes en su condición de migrantes en Estados Unidos—.

En primera instancia, esta suerte de *aculturación* no sólo se recreó entre los jóvenes que volvieron pues tuvo impacto en un grupo específico de la población: aquellos jóvenes que vivían en las periferias de las zonas urbanas y conurbadas de El Salvador, jóvenes de estratos bajos y populares⁷¹, desilusionados de las condiciones de vida después de una década de guerra civil en la que no había cambiado demasiado la realidad. Se trataba de jóvenes excluidos parcial o totalmente de las instancias inmediatas de socialización y expuestos en diferentes formas, tanto a la violencia de carácter económico como a la social; estos grupos en emergencia encontraron espacios de expresión, de identificación, de protección y de

⁷¹ Más allá de hacer una precisión, refiero a los jóvenes de estratos bajos y populares, porque si bien las condiciones de pobreza se encuentran presentes en diferentes formas y niveles, concebirlos desde esta apreciación —jóvenes empobrecidos o jóvenes en condiciones de pobreza— resultaría erróneo, pues no todos los jóvenes pobres son pandilleros, ni todos los pobres son delincuentes. Por otro lado, hay distintos tipos y niveles de pobreza que impactan de forma diferente a la juventud. Esto sólo contribuiría a reproducir la lógica de que el delincuente es el pobre y por tanto, todos los pobres son delincuentes, los causantes de la violencia en la actualidad.

empoderamiento dentro de una sociedad que no los consideraba como parte del cuerpo social porque no eran visibles como grupo social.

Los jóvenes que venían de ese otro contexto donde habían dado vida y moldeado la realidad de las pandillas, de alguna forma estaban habituados a las características del contexto que se desarrolla en El Salvador para este momento; las pandillas que germinaron bajo el esquema estadounidense, ya no tuvieron sentido a partir de los contextos de discriminación y racismo; más bien se estructuraron en torno de condiciones situacionales y de la necesidad de identificarse con un segmento de ese entorno en el que ahora debían desarrollarse pues aunque eran salvadoreños, su forma de vestir, sus marcas corporales, su forma de hablar — con el *espanglish*—, sus precedentes y experiencias, también los alejaban de los centroamericanos que nunca habían salido del país y no conocían esos otros contextos culturales, ni estaban tan permeados por los mismos.

De esta manera, la recreación de las pandillas al estilo estadounidense en territorio salvadoreño ya no suponía, de entrada, una reivindicación étnica y cultural sino la apropiación de un modelo cultural que, bajo el contexto situacional de El Salvador, pudo funcionar como grupo de interacción social y de protección entre aquellos que vivían en condiciones económicas, sociales o familiares similares, a pesar de que los contextos originarios de dichas problemáticas, fueran diferentes.

El Salvador de la posguerra está montado sobre unas estructuras socio-económicas que marginan, junto a otros grupos sociales, a la juventud. Pero la juventud marginada no sólo, obviamente, no es la misma de las últimas tres décadas, sino que el horizonte de sus demandas es cualitativamente distinto al de aquella. Y es que si en lo esencial la juventud marginal y/o contestataria de la posguerra encauzó sus demandas a través de la organización político-revolucionaria, la juventud marginal de la posguerra lo hace, por ejemplo, a través de la organización en “maras” o “pandillas” al margen de cualquier creencia en la revolución o el socialismo. Las maras no sólo son manifestaciones de un grave e irresuelto problema de integración social, sino expresión de una importante y novedosa mutación cultural que está operando en la juventud marginal.⁷²

⁷² González, Luis Armando, “El Salvador en la posguerra: de la violencia armada a la violencia social”, *ECA*, San Salvador, UCA “José Simeón Cañas”, p. 444. Disponible en: <http://www.uca.edu.sv/revistarealidad/archivo/4df290c24f9a6elsalvador.pdf>, [Consultado el 18 de septiembre de 2014].

De esta forma, el ambiente de inseguridades sociales y económicas en las cuales quedaron inscritos los jóvenes desde el inicio de la pacificación, no los eximió del todo de incurrir en actos de delincuencia; sin embargo la exclusión, más que la pobreza en sí misma, dio cabida a una reestructuración de sus relaciones sociales, manifestada en la presencia de colectivos donde la identificación a partir de su condición situacional, también modificó la forma como iban a interactuar y a mostrarse ante la sociedad.

Aunque los lugares donde encontraron una posibilidad de identificación, socialización y presencia colectiva fue en espacios educativos⁷³ y la calle, ésta última, como territorio de todos y de nadie, poco a poco fue pasando por un proceso de modificación; con la paulatina presencia y consolidación de las pandillas como espacios alternativos para la *juventud* de las zonas urbanas, las pandillas aparecieron y se apropiaron del espacio público para consolidarse como colectivos que lograron cooptar a los jóvenes, al estructurarse como ámbitos de convivencia que sustituyeron a la misma calle, pues se vieron obligados a buscar un lugar donde pudieran estar y buscar aquellas oportunidades negadas o por lo menos, tener la ocasión de defenderse de las condiciones hostiles.

Este contexto reveló una masa de jóvenes que estaban siendo golpeados por las condiciones de vida precarias en desarrollo en todo el país que, no obstante, adquirirían dimensiones y significados distintos en las zonas urbanas y conurbadas, donde las estructuras sociales estaban más debilitadas ante la forma tan apresurada y descontextualizada en que se estaba construyendo una sociedad segada por las presiones y necesidades económicas; ante la carencia de espacios donde pudiera *existir* esta masa de jóvenes, dio origen a los primeros esbozos de una dinámica diferente establecida con la sociedad.

Una vez que los jóvenes comienzan a agruparse en colectivos, su posición como grupo vulnerable cambió. Su incorporación a las pandillas significó encontrar un espacio de protección contra la violencia delincriminal, familiar, educativa y de corte económico que

⁷³ En los centros educativos de El Salvador han surgido colectividades de jóvenes tendentes a un tipo de socialización donde la violencia se ha hecho espacio como práctica común. Las denominadas barras estudiantiles son colectivos de jóvenes que se reúnen e identifican respecto de los colegios a los que asisten, rivalizando con otros colegios. Algunos estudios sitúan sus orígenes en la década de los cincuenta y sesenta, cuando grupos de jóvenes se reunían en eventos deportivos y tenían enfrentamientos con jóvenes de otros colegios.

se estaba viviendo. Esto supuso que las pandillas contribuyeran a la protección y empoderamiento social; sin embargo y paradójicamente respecto de la lógica que les daba razón de ser, los hizo más vulnerables a la violencia social que ellos mismos comenzaron a provocar. Es decir, a partir de que los jóvenes se incorporaron a las pandillas, como colectividad comenzaron a protegerse entre ellos mismos; sin embargo, también se volvieron más propensos a ser violentados desde diferentes frentes, siendo en sus inicios la rivalidad entre pandillas el factor que motivaba la agresión entre los mismos jóvenes.

En este sentido, se trata de una cuestión social despersonalizada, una especulación entre la violencia que estaba siendo provocada por las condiciones sociales y el desorden que había dejado la desarticulación de la guerrilla y las fuerzas armadas, con las viejas rencillas, la falta de empleo y una paz apresurada que no había dejado del todo claro cómo debían regirse desde ese momento las relaciones sociales. En esta línea pasó de ser una violencia difusa a una más clara desde el sujeto que la ejercía y los actos que cometía.

De esta forma, la presencia de esta *juventud* se masificó a partir de la proliferación de las pandillas y la emergencia de los jóvenes como problemática social pero tomó un rumbo diferente; se trató entonces de los jóvenes pero desde los colectivos y la violencia a la que estaban dando lugar. La atención social se trasladó de los delincuentes a las pandillas que se apropiaban de los barrios e incurrían en actos de delincuencia y vandalismo, principalmente contra los mismos jóvenes.

Sin embargo, la identificación de sus actos llevó a referir a la violencia proveniente específicamente de estas agrupaciones como *violencia juvenil*. Este tipo de manifestación no era manejada con anterioridad, a pesar de que dentro de ese clima de violencia que vivía El Salvador desde los inicios de los noventa, ya tenía cabida; sin embargo, es la coyuntura la que lleva a que las pandillas se desarrollen como actores sociales, lo que al mismo tiempo, devela una forma específica del fenómeno también en auge.

Así, la violencia juvenil fue enmarcada alrededor de los conflictos que los jóvenes tenían entre ellos mismos, como las riñas callejeras, el enfrentamiento entre pandillas por el control o la protección de los llamados barrios pero también, respecto de verdaderos actos criminales donde se inscribió la delincuencia, el vandalismo y los homicidios. Esta situación también

marcó un precedente, pues aunque la violencia en la sociedad salvadoreña provenía de diferentes actores, las pandillas no eran los únicos pero quizás los más notorios; su aparición las encasilló como las únicas generadoras de conflicto y preferentemente en su expresión más llamativa y cruenta: el homicidio.

De esta dinámica que empiezan a construir se alimentó la perspectiva social de un “nuevo” peligro social que, a mediados de la década de los noventa, ubica a los jóvenes como un actor en auge y con poder social, así como un tipo de grupo social aparte y en apariencia antagónica a lo socialmente aceptado y establecido. Asimismo, la violencia juvenil se construyó en el imaginario como la “nueva” modalidad de la violencia que estaba esparciendo y dominando a la sociedad salvadoreña, un tipo de violencia que implícitamente hablaba de la dimensión que habían tomado estas colectividades como problemática social pero que, por otro lado, también era producto de la intervención alarmista de los medios de comunicación.

Más allá de que en la segunda mitad de los noventa las pandillas en El Salvador habían adquirido presencia en diferentes ámbitos de la sociedad, el despliegue mediático que se da desde que se firman los acuerdos de paz primero, con el problema de delincuencia en aumento y después, con la violencia juvenil proveniente de estos grupos, se propició que la sociedad marginara a los jóvenes bajo la sospecha de que podían ser pandilleros, de igual modo, estas oleadas de información sobredimensionada construyeron a lo largo de la década, un perfil de las pandillas y los pandilleros donde lo que más se explotó fue justamente sus comportamientos violentos, dejando de lado la problemática social real; una década después esto es lo que habría de justificar la represión cuando el gobierno prestará atención al fenómeno de las pandillas en El Salvador.

En este sentido, la percepción que desarrolló, tanto la sociedad como el aparato político de la *juventud*, se encontró viciada por la imagen y la reputación que estas agrupaciones fueron creando a lo largo de la década. La *juventud* en general fue percibida como un grupo vulnerable por su peligrosidad que necesitaba ser controlada desde las instancias gubernamentales; mientras los jóvenes, en particular aquellos que pertenecían a ciertos sectores como las clases bajas, fueron equiparados con la figura del delincuente y ubicados

como pandilleros, lo cual supuso un trato político y social diferente para este grupo social. A pesar de que no todos los que eran pobres eran delincuentes, violentos o pandilleros, se les criminalizó.

No obstante, la ruptura que se da entre la juventud y el resto del cuerpo social no deviene de la conformación de las pandillas en El Salvador más bien de la misma invisibilización que se da de este grupo social una vez que termina la guerra civil. Si bien fueron parte activa del conflicto desde el inicio, pareció que al momento de la pacificación éstos quedaron opacados y hasta cierto punto “absorbidos” por el resto del cuerpo social y sus problemáticas; a pesar de las condiciones establecidas por los procesos de paz, pudieron resurgir y consolidarse socialmente aunque de forma cualitativamente diferente respecto de los años setenta y ochenta.

Dicho lo cual, la *juventud* que se muestra a partir de estas colectividades ya no se identifica con la protesta social y las aspiraciones para un futuro más igualitario, donde la inclusión se planteaba como el eje del desarrollo, más bien como un sector social, que se apropia de esa exclusión y marginación para darle cabida a nuevas formas de socialización y violencia.

En este sentido, el uso de la violencia en este grupo no proviene de una visión tergiversada sobre el tejido social y su relación con el mismo, sino de las difíciles condiciones de vida que les toca enfrentar después de la pacificación. Así pues, a pesar de que es la sociedad la que da pie y cabida a este tipo de agrupaciones y a las acciones que desarrollan, al mismo tiempo se les desconoce como parte de la misma situando a la *juventud* —como proceso sociocultural— al margen de la misma y por ende, a los jóvenes como un grupo socialmente marginado y estigmatizado.

No obstante, en los años posteriores esta misma marginación y exclusión proveniente de la sociedad y del aparato gubernamental, será lo que permitirá que las pandillas se reproduzcan como un fenómeno característico de la juventud, lo mismo en El Salvador que en el resto de la región. Particularmente, será una de las pandillas la que cobrará mayor importancia en todos los ámbitos de la vida nacional; desde el momento en que se proyecta al exterior a través de una red de agrupaciones juveniles de la misma pandilla llamadas *clicas*, no sólo se

extenderá por Centroamérica, México y Estados Unidos, esta condición de transnacionalidad pondrá de relieve la vulnerabilidad de las fronteras como problema de seguridad regional.

Asimismo, su propagación por Centroamérica planteará un cambio en su lógica de reproducción y sus formas de actuación, pues al extenderse por la región se relacionan con otros fenómenos como el narcotráfico y el crimen organizado, lo que llamará la atención de los gobiernos locales, por el cambio en sus dinámicas delincuenciales pero también, por el recrudecimiento de la violencia a nivel regional.

Capítulo 3

Juventud, pandillas y violencia.

Una aproximación al caso de la Mara Salvatrucha en El Salvador

Desde que la guerra civil en El Salvador terminó y el país entró en el proceso de paz, la realidad nacional pasó por una serie de transformaciones económicas, políticas y sobre todo sociales, que pusieron de relieve el evidente fracaso del proceso de pacificación y arrojaron a los noventa a una sociedad sumida en una profunda crisis social, económica y política que, a lo largo de la década, se tradujo en una sociedad con amplias aspiraciones pero también, con profundas frustraciones y una constante necesidad de sobrevivir al día a día.

En este sentido, las condiciones de pobreza, la marginación, la exclusión y la violencia que tuvieron lugar en la última década del siglo XX, se profundizaron y arraigaron en amplios sectores de la población, donde la juventud ocupó un lugar preferencial pues en ella, se condensaron las rupturas de los lazos sociales tradicionales, los constantes enfrentamientos entre las aspiraciones y las condiciones materiales y reales de la vida diaria, así como los estragos que la violencia social y económica dejaba al hacerse presente en sus principales estancias de socialización.

Fue en este grupo social donde las condiciones de la pacificación, aunadas a las secuelas que deja la guerra civil, dieron cabida a formas de organización entre los jóvenes que propiamente no se habían visto en América Latina. Con ello, la Mara Salvatrucha surgió como un tipo de organización proveniente de condiciones muy específicas que había logrado reconstruirse en un contexto espacio-temporal distinto aunque conservando la esencia de la pandilla que, al mismo tiempo, había modificado a lo largo de una década la realidad de El Salvador, hasta convertirse en un fenómeno propio de la juventud y de la región.

Si bien hay una serie de ideas bastante extendidas en el imaginario social de nuestras sociedades, —como la idea del joven delincuente, aquella de las pandillas ultraviolentas responsables de la precariedad social, de los altos índices de violencia en la región, y del

miedo y el atrincheramiento que en la actualidad vive la sociedad—, la Mara Salvatrucha y la manera cómo la juventud y la violencia se han relacionado y transformado a la luz de la pandilla, nos impide partir únicamente del análisis social, cuando nos encontramos frente a otra categoría social tan multiforme: la pandilla.

Este capítulo aborda pues en primer lugar una aproximación a la noción de *pandilla* para circunscribirla como juventud al caso de estudio, pues si bien la construcción de juventud y violencia en el contexto de El Salvador tiene características diferenciadas, la relación que establece el conjunto no escapa a sus particularidades; de ahí que comenzar con una aproximación conceptual sobre la noción *pandilla* permitirá proponer, desde una construcción particular, el aterrizaje específico sobre la Mara Salvatrucha y a la violencia juvenil, como parte de su caracterización.

En este sentido, en el segundo apartado abordo la construcción de la pandilla desde otra perspectiva: la realidad social, tomando como punto de referencia la migración hacia Estados Unidos provocada por la guerra civil y las condiciones socioculturales en las que se encuentran los salvadoreños una vez establecidos en este país, para vislumbrar los elementos que le permitirán surgir como pandilla en Estados Unidos y al mismo tiempo, la construirán como un caso *sui generis* de entre las formas de organización juvenil.

En el tercer apartado analizo las condiciones del tejido social tras la pacificación que permitieron a la Mara Salvatrucha establecerse en el país centroamericano para convertirse, al cabo de una década, en una de las pandillas con mayor poder en el país, en un fenómeno entre la juventud y una problemática propia de la región centroamericana.

Finalmente en el cuarto apartado, busco una reflexión en torno de la construcción de la juventud y la violencia en El Salvador. La relación entre estas categorías sociales se ha transformado en este contexto, en particular desde la aparición de la Mara Salvatrucha; se ha mostrado como un fenómeno social y cultural complejo de la sociedad, en específico como una expresión propia de la juventud que deviene de un proceso de paz frente al contexto social, económico y político, poco alentador.

3.1 Una interpretación de la noción *pandilla juvenil*

Hoy día la figura de la pandilla juvenil no es desconocida en el imaginario social de nuestras sociedades modernas; si nos detenemos a pensar en ella fácilmente podríamos hacernos una imagen mental de un grupo de jóvenes que se dedican a cometer actos criminales y violentos; por supuesto, esta idea se encuentra condicionada por nuestro contexto inmediato, así como por la idea general que se ha creado en torno de estos grupos; y aunque en es poco habitual ver que la juventud le dé cabida a este tipo de grupos tan particulares, en contextos específicos la pandilla juvenil se ha mostrado como una realidad muy común, inmediata y cotidiana.

Precisamente, en las sociedades donde se han aparecido en la escena social también nos hemos acostumbrado a dar cuenta de éstos a través de los medios de comunicación o bien porque en algún momento hemos escuchado hablar de su existencia, de modo que la idea que se ha arraigado en el imaginario social, es aquella que la sitúa como una problemática social de primer orden, pues no sólo ha sido presentada como un grupo surgido al margen de las instituciones sociales como la escuela, la iglesia y el gobierno sino como un grupo caracterizado por desarrollar comportamientos criminales y violentos.

Si bien sería erróneo pensar que las pandillas juveniles son las únicas formas de organización que han surgido y que, hoy en día tienen lugar entre la juventud basta mirar con detenimiento nuestro entorno social inmediato para caer en cuenta de que, probablemente más que nunca, los jóvenes han cobijado a distintos tipos de colectivos que se encuentran al margen de las instituciones sociales; la idea de la pandilla juvenil se ha conformado como un caso especial, dado que se encuentra anclado al ejercicio de la violencia.

Esto no es del todo equivocado si consideramos que los referentes inmediatos que tenemos para hablar sobre estos colectivos son las pandillas centroamericanas, pues ha sido en este contexto donde se han desarrollado y han tenido mayor presencia. Desde este referente, las pandillas se han presentado como las responsables de la violencia en la región y en particular, como un fenómeno muy propio de la juventud; por tanto, la idea que se ha esparcido entre nuestras sociedades bien ha sido, la del joven violento o en otra línea, la del grupo criminal, la pandilla juvenil.

Si bien esto ha traído consigo el estigma social hacia los jóvenes al situarlos como peligrosos, los responsable de las condiciones de violencia que hoy en día enfrenta esta región, como problemática social también ha puesto de relieve la relación diferenciada establecida entre juventud y violencia, pues a pesar de no ser es el único contexto donde los jóvenes constituyen una problemática social ante la manifestación de la violencia por parte de la juventud, ambas categorías adquieren una construcción diferenciada cuando convergen e interactúan a la luz de la pandilla.

Precisamente, a partir de una simple observación no podríamos decir que entendemos e interpretamos de la misma forma la relación juventud-violencia si la miramos de forma aislada y en singular, o si nuestra observación parte de un colectivo como la pandilla; es decir, al pensar en el joven violento que se encuentra presente en nuestros entornos sociales, inmediatamente lo asociamos con un problema vinculado a la creciente inseguridad, la pérdida de valores, la pobreza, e incluso problemas psicológicos en este grupo social y, aunque nos resulta preocupante esta manifestación, la percepción cambia si asociamos ambas categorías desde la forma de un colectivo concebido como pandilla.

Al referirnos a la juventud y la violencia desde la pandilla, lo pensamos como una problemática alarmante, de primer orden, pues la asociamos con la idea de una juventud ultraviolenta, una juventud que ha sido corrompida y que únicamente se dedica a realizar actividades criminales y se vale del uso de la violencia para conseguir lo que quiere. No obstante, así como nuestra percepción cambia, en la realidad ambas categorías también se transforman una vez contenidas en un grupo tan particular como es la pandilla juvenil.

En este sentido, así como hemos dado cuenta de que la construcción y el entendimiento de lo que es juventud y violencia se encuentra determinado por el contexto y el momento espacio-temporal en donde se hagan presentes, su relación tampoco escapa a las características y especificidades de la sociedad; así pues, en un contexto específico como el propuesto para el aterrizaje de la problemática, su significado como la relación entre ambas no sólo presenta una construcción determinada, pues también se ven influidas por la figura de la pandilla.

Frente a esta consideración, se vuelve necesario hacer en una reflexión de carácter conceptual pues si bien pareciera haber un acuerdo común de lo que es y lo que representa una pandilla tanto en el imaginario social como en el académico, no podemos perder de vista que la figura de la pandilla en Centroamérica es un caso que en primera instancia, no es propio del contexto, pues incorpora desde otro muy diferente al de la región y por el otro, tal construcción es un caso *sui generis* de esta sociedad. obviar lo que *es* y lo que representa una construcción social tan particular y en un contexto espacio-temporal tan específico, sería partir del supuesto de que la pandilla no ha entrañado ningún cambio desde su aparición hasta la actualidad; así pues, hacer consideraciones sobre la noción *pandilla* se vuelve necesario, a fin de no caer en apreciaciones erradas o tajantes sobre el fenómeno que se presenta en este contexto.

Dicho lo cual, la literatura especializada ha abordado el tema de las pandillas desde diferentes enfoques teórico-metodológicos; en su momento, éstos se vieron influenciados por el contexto inmediato donde surjan como construcciones sociales; sin embargo, esto no niega la utilidad de los aportes respecto de las interpretaciones sobre las pandillas⁷⁴ para la problemática que nos ocupa.

A partir de la consideración de que el concepto de pandilla —por sí sólo, es decir, sin el agregado juvenil— no resulta fácil en su aprehensión, la pandilla, como problemática social, apareció hace casi un siglo en el terreno de la sociología a partir de los estudios que se hacen sobre las zonas urbanas. En este sentido, la noción fue aprehendida y entendida en un primer momento y de forma general, como una consecuencia en el tejido social derivada de la acelerada industrialización y urbanización de las grandes ciudades estadounidenses.

Desde la sociología urbana, una primera aprehensión se da a la luz del fenómeno de la migración vinculado con el desarrollo industrial de las zonas urbanas. Desde diferentes posturas teóricas, estos grupos aparecieron como parte de esas consecuencias que trae consigo la modificación del espacio urbano. No obstante, el estudio sobre las pandillas en sus inicios también abrió la categoría a construcciones diversas, desde la cuestión de los

⁷⁴ Al igual que en el caso de juventud y violencia, no se trata de incurrir en una búsqueda de definiciones que se “amolden” a una realidad particular sino, más bien, de hacer una exploración sobre el tratamiento de estas formas de organización, a fin de hacer una reflexión para el caso particular que nos ocupa.

actores, hasta el establecimiento de una asociación casi inherente entre las pandillas y el elemento juvenil.

Si bien en un inicio los jóvenes —como actor referencial de este tipo de construcciones sociales— aparecieron opacados por las cuestiones acerca del territorio y las formas como era habitado, las pandillas juveniles aparecen propiamente como objeto de estudio a partir de su conceptualización en subculturas. Como concepto y categoría social, su caracterización ha sido desde dos vertientes; por un lado, la que retoma a las pandillas juveniles como colectivos tendentes a la delincuencia y, por el otro, aquella que las retoma como construcciones sociales parte de los imaginarios y representaciones juveniles.

En principio, la perspectiva que ha supuesto a las pandillas juveniles como organizaciones proclives a algún tipo de crimen, ha interpretado su creación desde distintos escenarios. La corriente teórica de la desorganización social plantea por ejemplo, que las pandillas aparecen en aquellos *espacios* sociales tangibles y simbólicos, donde las estructuras de la sociedad tienen fallas o cierta debilidad: “En la naturaleza, las materias extrañas tienden a reunirse y apelmazarse en todas las grietas, hendiduras [*sic*] y resquebrajaduras: los intersticios. También hay fisuras y fallas en la estructura de la organización social. La pandilla se puede considerar como un elemento intersticial en el marco de la sociedad, y el territorio pandilleresco como una región intersticial en el trazado de la ciudad”⁷⁵.

De esta forma, las pandillas son consideradas como una malformación dentro de la sociedad producto de la desorganización social; también retratan aquellas formas de organización que no se encuentran propiamente integradas, ya sea porque no se encuentran dentro de las instituciones políticas, económicas o sociales tradicionales o bien, porque están conformadas por individuos que propiamente, no pertenecen a la sociedad, dada su condición; es decir, se plantea que las pandillas están integradas por individuos que por un lado, se desenvuelven en los intersticios y por el otro, son individuos que contribuyen a la desorganización social con sus actividades.

⁷⁵ De la Peña, Gabriela, “Simmel y la Escuela de Chicago en torno a los espacios públicos en la ciudad”, Sincronía, 2003, ITESM, Universidad de Barcelona, [en línea] [Consultado el 15 de enero de 2016]. Disponible en: http://sincronia.cucsh.udg.mx/pena03.htm#_ftn6

En este mismo sentido pero desde la perspectiva del territorio y el hábitat, la ecología urbana plantea que “[l]a existencia de pandillas no se limita a la ciudad, ni son exclusivas de los tugurios de las ciudades. Cada pueblo tiene al menos su pandilla de jóvenes, y en cada aldea, como en la ciudad, se compone de vagabundos, rateros y jóvenes buscavidas que se forman y mantienen imitando las maneras de los machos indómitos de cualquier lugar.”⁷⁶

Así, las pandillas no sólo tienen cabida como formas de organización en los espacios urbanos, pues se construyen como grupos que puedan surgir en otros contextos aunque no precisamente a partir de “otro” tipo de sociedad; es decir, también se sugiere que son colectivos emanados al margen de esa sociedad integrada y de la mano de ciertos grupos sociales que, aunque son parte del tejido social, no se encuentran integrados al mismo, dadas las características bajo las que se desenvuelven al interior.

Por otro lado, la interpretación de la pandilla desde este referente, también supone que su construcción y su interacción social dependen del *hábitat*; dicho de otro modo, la pandilla está sujeta a un espacio territorial donde actúa, y este espacio y condiciones que acogen también determinan sus comportamientos. “No es sólo cierto que el hábitat hace las pandillas, sino que el hábitat determina si sus actividades asumirán formas perversas por las cuales se convierten en una amenaza para la comunidad...”⁷⁷.

Como problemática social, ésta presenta características diferenciadas en torno de sus dimensiones y sus formas de actuación pero, al mismo tiempo, de dichas características dependen las condiciones sociales de integración y exclusión presentes en el medio donde se desarrollan. De ahí que no se puedan entender y construir de la misma forma en un área urbana que en una rural, donde las condiciones materiales y simbólicas de esos grupos excluidos se inclinan más por dar cuenta de las disparidades en los principales ámbitos de socialización y, por consiguiente, la forma de relacionarse con su medio. Sin embargo, de esta perspectiva también se desprende la interpretación de la pandilla como “un grupo en

⁷⁶ Park, Robert Ezra, “El hábitat del gang”, en Park, Robert Ezra, *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, estudio preliminar y traducción de Emilio Martínez, Ediciones del Serbal, 1ª. Edición 1999, Barcelona, [en línea] [Fecha de consulta: 15 de enero de 2016] Disponible en: <http://www.antropologiaurbana.cl/wp-content/uploads/2014/08/Park-La-Ciudad.pdf> p. 109.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 110

conflicto, el cual estaba conformado por la reacción de oposición y desaprobación del resto de la sociedad, con frecuencia de robo u organización de algún tipo de crimen.”⁷⁸ Ésta devine como problemática social al construirse como una forma alternativa al margen de las instituciones o del tipo de organizaciones socialmente aceptadas y también, como una organización atravesada por las condiciones de delincuencia y/o la criminalidad a las que dan lugar.

Esta apreciación de la pandilla como organización criminal se vio reforzada por las teorías de la subcultura delincencial en la sociología y la criminología clásicas estadounidense. A partir de los preceptos de la anomia y la desviación social como base del análisis, la pandilla es vista como resultado de la desviación social; las subculturas delincuenciales se construyen como parte de los comportamientos desviados entre los jóvenes que pertenecientes a sociedades donde las metas personales no empatan con los medios legítimos e institucionales que les permitan alcanzarlas; así pues, “las subculturas desviadas de los jóvenes surgen cuando el acceso a los medios legítimos de lograr el éxito social están obstruidos, tales como las oportunidades educativas y económicas”⁷⁹.

Sin embargo, a pesar de que desde este abordaje se reconoce el papel que juegan las condiciones sociales desfavorecedoras de los estratos sociales bajos como factor en la configuración de las subculturas, la connotación negativa de las mismas se acentúa frente a la aprehensión paralela que se hace de los jóvenes desde el terreno de la psicología social. Por un lado, esto da cabida a que sean aprehendidos como individuos tendentes a la desviación social, ya sea porque su entorno los “contamina” a través del aprendizaje de conductas reprobatorias socialmente, como por la misma condición vulnerable de la etapa biológica que están atravesando. De esta forma, se obvia el hecho de que la juventud es una condición biológica del ser humano por lo cual, desde esta perspectiva psico-biológica de

⁷⁸ Arce Cortés, Tania, “Subcultura, contracultura, tribus urbanas y culturas juveniles: ¿homogenización o diferenciación?” *Revista Argentina de Sociología*, p. 260 [en línea] [Fecha de consulta: 15 de enero de 2016] Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26911765013>

⁷⁹ Pérez López, Jorge A., “La explicación sociológica de la criminalidad”, *Derecho y Cambio Social*, Lima, 2011, pp. 12-13.

transición entre una “etapa” y “otra”, así como por las tensiones que generaba este cambio, se sustenta el supuesto de la desviación:

Los jóvenes se encuentran en un momento, psico-biológico, marcado por la inestabilidad, al tiempo que carecen del desarrollo (madurez es otro término jactancioso al respecto) para controlarse, lo cual lleva necesariamente a la presencia de un tutor (nombre que reciben también los palos que se emplean para enderezar a los jóvenes árboles que tienden a crecer doblados) que sirva de guía y pueda, en última instancia, estandarizarle.⁸⁰

No obstante, lo anterior también supone la aprehensión de un tipo de *juventud* y un *tipo* de jóvenes, en el contexto específico de Estado Unidos donde surge esta teoría, la referencia fueron aquellos jóvenes de las zonas urbanas y conurbadas, integrantes de las pandillas, y claramente identificables, ya fuese por las condiciones situacionales en las que se desenvolvían, las relaciones que establecían más allá de la familia y la escuela, donde se podían contaminar por la relación con otros pandilleros, así como por su presencia en las calles como lugar de socialización alternativo; de ahí que fueran presentados como un grupo social vulnerable psicológicamente y por ende, hubiera la necesidad de ser guiados por los adultos para evitar corromperse o bien, controlados en caso de que ya se encontraran desviados.

Si bien desde esta escuela de pensamiento nos sale al encuentro el término pandilla juvenil, así como una apreciación desde su connotación negativa, en el seno de la sociología clásica estadounidense también se aborda desde una visión que propone este tipo de formas de organización como colectivos criminales, desviados del orden social para entenderlas como construcciones sociales sin base en factores psicosociales; en otro orden la pandilla, entendida como una subcultura juvenil “respondería a la necesidad de los jóvenes de reunirse, como mecanismo de defensa ante las presiones normativas que encuentran en todos los ámbitos de su vida [...]”⁸¹.

Más allá de que esta perspectiva no rompa completamente con las cuestiones de la sociología clásica estadounidense, abre el término a la consideración de otros factores y perspectivas

⁸⁰ Urraco Solanilla Mariano, “*Sociología de la juventud revisitada. De discursos, estudios, e ‘historias’ sobre los ‘jóvenes’*”, *INTERSTICIOS. Revista sociológica de pensamiento crítico*, vol.1, núm. 2, Universidad Complutense de Madrid, p. 112.

⁸¹ *Ibidem*, p.118.

sobre la pandilla y los jóvenes. En primera instancia, la pandilla deja de ser percibida como un colectivo criminal y/o delincuente, cuya organización es débil y espontánea, mientras que sus miembros se encuentran en constante movimiento, ante su entrada y salida de este tipo de colectivos. Es decir, desde las teorías con enfoque ecológico y psico-biológico, son organizaciones de paso que dependen de la desorganización social en un determinado territorio; un grupo social no integrado, en este caso los jóvenes, quienes además se encuentran permeados y condicionados por su situación biológica de transición. No así desde una perspectiva más amplia, en la que la pandilla representa una forma de adaptación entre los jóvenes al medio donde se desenvuelven; así, la pandilla se construye como un colectivo con significados y simbolismos que necesariamente, recrearían formas alternativas de convivencia, donde la condición de juventud es aprehendida desde otros parangones que escapan a la edad biológica.

Precisamente en esta línea otros enfoques han rescatado el estudio de los colectivos juveniles aunque desde otras conceptualizaciones.⁸² El Círculo de Birmingham, en el terreno de los estudios culturalistas, rescata el estudio de formas de organización entre la juventud en la línea de la teoría marxista; si bien la terminología es diferente, y desde ella no se desarrolla propiamente un estudio sobre las pandillas juveniles sino una interpretación sobre las subculturas juveniles y sus causas, el abordaje cambia de referente, pues parte del análisis de las subculturas como construcciones en torno de la relación de clase y como relación parental.

Desde los estudios culturales, el tipo de organizaciones que se recrean entre los jóvenes son una forma de entender y hacer frente a la estructura social de clases; de esta forma, “la subcultura es una oposición social de la clase trabajadora”⁸³. Esto supone que la juventud quedó circunscrita a esta clase social en específico; más allá de que es justamente a principios

⁸² Fue la Escuela de Chicago quien introdujo como objeto de estudio a la pandilla juvenil. Desde otras escuelas de pensamiento y vertientes teórico-metodológicas, los colectivos juveniles han sido interpretados de forma general como subculturas juveniles; no obstante, dentro de estas líneas generales se encuentran condensados las culturas juveniles, contraculturas, bandas y tribus urbanas. Así pues, más que un abordaje desde el concepto *pandilla juvenil*, se ha hecho a partir de otros términos, en particular la figura de la pandilla, equiparada en otras vertientes teóricas con las subculturas y las bandas juveniles; esto ha dado cabida a cuestionamientos de carácter semántico pero también a otros en torno de la naturaleza y límites de aprehensión de uno y otro concepto.

⁸³ Arce Cortés, Tania, *op. cit.*, p. 261

del siglo XX cuando la juventud surge como nuevo objeto de estudio y como categoría social, es interpretada desde el modelo económico y las relaciones de dominación que se establecieron entre la clase burguesa y el proletariado; así surge y se hace visible, a partir de las subculturas pero también, es obviada en este escenario de la clase baja o la clase media.

Por tanto, los jóvenes son aprehendidos como aquellos que forman parte de o componen este tipo de subculturas y en consecuencia, suponen enfrentamientos con la clase dominante. En el contexto donde surge esta teoría, adquiere sentido si se mira que los jóvenes son producto del *baby boom* que se da con el término la segunda guerra mundial y comienza la reconstrucción de Europa, pues es en este contexto, después del repoblamiento, cuando los jóvenes comienzan a figurar en la escena social como sujeto presente y visible aunque no necesariamente *activo*.

Desde otra perspectiva de aprehensión, estas formas de organización se hacen desde la estética. El estilo como punto de análisis sostiene que las subculturas juveniles no son únicamente un tipo de relación que se ha establecido frente a las tensiones que surgen entre las clases sociales; la forma como se construyen visualmente es otra forma de oponerse, tanto a la cultura y clase dominante, como a la misma cultura parental.

Dicho lo cual, el estilo se recrea como una forma de “derivación de la cultura parental, por lo cual hay una forzosa relación y peculiaridad. Sin embargo, [...] es un grupo distinto con estructuras identificables, las cuales les permite diferenciarse de la cultura parental sin dejar de articularse con ésta.”⁸⁴ Así, la aprehensión de las subculturas juveniles se sitúa en el terreno de las relaciones entre determinados grupos y *condiciones* sociales; es decir, aquellas se estructuran como una forma de rechazo y de hacerse presentes los jóvenes en la sociedad mediante los estilos llamativos y diferentes a lo socialmente aceptado.

En este sentido, se presenta una lucha constante —desde estos grupos— en la negociación de su posición con las clases altas y el tipo de cultura que imponen y, por ende, con el estereotipo que se propagaba sobre la juventud, los jóvenes y lo juvenil.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 261.

La recuperación económica de Occidente, y la pretendida mejora progresiva del resto de áreas, en un proceso internacionalizador del capitalismo (tendente a la postindustrialización), va a ir configurando a la juventud como agente, sobre todo, de consumo. El consumo aparece como panacea de todas las frustraciones de los jóvenes. [...] La “nueva” división juvenil no respondería, así, más que a una estudiada estrategia de marketing que habría de derivar después en sucesivas sub-fragmentaciones en el interior de ese grupo, creado ex novo por el sistema capitalista. [...] La adolescencia se pasa a configurar como nueva etapa vital (con otros gustos, otros intereses, otras culturas...), esto es, como nueva etapa de consumo.⁸⁵

Paralelamente al terreno teórico —y desde ciertas perspectivas, una postura concordante—, el modelo económico que se iba consolidando en Occidente ya había dado lugar a una apreciación sobre la juventud, los jóvenes y lo juvenil. Desde el término de la segunda guerra mundial, la juventud fue percibida en torno a la cuestión biológica y de edad pero también, como un momento de tensión y vulnerabilidad psicológica; así pues, los jóvenes fueron percibidos como un grupo etario que necesitaba forzosamente la guía de los adultos para incorporarse al sistema productivo, a fin de reproducir la estructura social.

Los jóvenes fueron visualizados como los individuos que debían ser preparados para que en un futuro asumieran el papel y las responsabilidades de los adultos en las estructuras productivas de la sociedad, pero al mismo tiempo, como un agente que se podía cosificar. Más allá de cierta notoriedad que comienzan a tener en contextos muy específicos ya fuese por la atención que atraen a nivel social y político o de la academia que los percibe como una problemática social, los jóvenes también fueron apreciados como un nuevo mercado desde el cual se les podía *integrar* a partir de lo juvenil.

Desde la industria cultural, en sus expresiones específicas como la música, las películas y la moda, se convirtieron en referentes de lo juvenil; de tal suerte, se comercializó una imagen de juventud no coincidente con las juventudes ubicadas en los estratos bajos y un tipo de joven rebelde que tampoco empataba con los jóvenes “problemáticos” que daban lugar a las subculturas juveniles; así, lo juvenil fue aquello que se mostraba y se podía consumir para ser ese tipo de jóvenes que se encontraban integrados al sistema aunque en apariencia, desafiaban a la cultura dominante, la de los adultos.

⁸⁵ Urraco Solanilla Mariano, *op. cit.*, pp. 110-111.

Si bien desde la perspectiva del estilo las subculturas tratan de diferenciarse y desafiar a la cultura parental, en otra vertiente de las subculturas juveniles, éste también es constructor de la identidad grupal: “el estilo es una forma de rechazo, por lo cual la subcultura ayuda a sus integrantes a ser vistos y a convertir determinados objetos ‘robados o humildes’ ya existentes en signos de una identidad prohibida, única y ‘secreta’.”⁸⁶

Las subculturas juveniles no sólo se configuran como una consecuencia de las condiciones económicas y sociales; también daban cabida a construcciones simbólicas, principalmente en torno a la indumentaria. Esta identidad significaba rescatar elementos cotidianos en torno a las condiciones sociales, económicas y culturales de las que se desprende cada subcultura juvenil; de esta forma, el estilo pasaba a ser un elemento visible que les daba presencia social como colectivo, a un elemento que los identificaba internamente como parte de un grupo en específico y frente a otras subculturas, con sus estilos propios.

A pesar de que las subculturas juveniles se muestran como grupos contestatarios desde el terreno social hasta las condiciones socioeconómicas, éstas no necesariamente se construyen como antagónicas al sistema, a la sociedad y a la cultura parental; más bien, este tipo de organizaciones funcionan —y en este contexto específico en el que surgieron— como espacios sociales de tránsito. Así, la juventud de las clases bajas, ante las condiciones en las que debían desarrollarse y “madurar” tanto biológica como socialmente, se agruparon en colectivos que en apariencia, se oponían a las estructuras socioculturales y las condiciones económicas aunque se constituían como espacios de socialización en espera de que, llegado el momento —cuando su transición social lo permitiera— pudieran incorporarse, tanto a las estructuras económicas, como a la reproducción de esa cultura parental a la que se oponían. Esto también suponía que las subculturas juveniles se constituían como una expresión propia de la juventud frente a las fricciones de clase pero también, eran tipos de organización efímeras con un constante movimiento de entrada y salida de sus miembros. En consecuencia, eran formas de organización tendentes a desaparecer constantemente.

Desde otros referentes las subculturas, como expresiones con significados y simbolismos, también se rescataron aunque a partir de un modelo interpretativo sobre las mismas. Desde

⁸⁶ Arce Cortés, Tania, *op. cit.*, p. 262

las bases de la sociología y de la antropología social, no sólo cambia la forma como son nombrados estos colectivos, también el punto de análisis se traslada hacia otros aspectos como el ocio y el tiempo libre entre los jóvenes.

Por si mismos, tales aspectos abren el espectro de consideración sobre las formas de organización entre la juventud, a aquellas que se constituyen como modas; sin embargo, vistos en grupos sociales específicos y condiciones particulares, también dio como resultado que la problemática social se trasladara hacia otras conceptualizaciones, como la banda juvenil. Desde la literatura especializada desarrollada en México y España principalmente, las pandillas son aprehendidas como expresiones muy específicas –pues aparecen en un contexto espacio-temporal muy específico- pero también, como colectivos que se interpretan a partir de múltiples fronteras que nada tienen que ver con las bases teóricas de la sociología clásica; si bien el ocio y tiempo libre constituyen la base para entender su apreciación, también se encuentran atravesadas por las condiciones socioeconómicas y políticas, además del estilo aunque no como mecanismo de diferenciación.

De entrada, la existencia de las bandas juveniles, al igual que las pandillas y las subculturas que aprehenden las otras escuelas de pensamiento, se les sitúa en torno de las zonas urbanas y conurbadas. Las bandas surgen entre la juventud de las clases populares y ésta, es una juventud que se encuentra determinada por las perspectivas de aprehensión respecto de la edad y al proceso biológico de la adolescencia, así como por los procesos sociales de escolarización e incorporación al sistema productivo pero también, determinada por las condiciones socioeconómicas y políticas; es decir, es una juventud que surge después de una coyuntura política de revueltas y movimientos políticos y se vincula con la derrota de los mismos, así como a condiciones económicas precarias.⁸⁷

En este sentido, las bandas juveniles aparecen como una expresión social entre los jóvenes de las clases populares y pobres de las ciudades buscando hacer frente a esas condiciones

⁸⁷ Es preciso hacer una acotación en este punto, pues las bandas juveniles fueron una realidad particular del contexto mexicano durante la década de los ochentas, si bien esto no quiere decir que en el resto de Latinoamérica no hubo presencia de este tipo de colectivos, como referente inmediato y desde donde generalmente se aprehenden, fueron consecuencia y herencia de las desilusiones políticas de las décadas de los sesenta y setenta, así como herederas de la inestabilidad económica que vienen arrastrando desde la segunda mitad del siglo XX y tienen su mayor expresión en la llamada década perdida.

materiales y simbólicas en las que los ha situado el contexto socioeconómico y político, pero sobre todo, a la desilusión y falta de esperanza y certeza ante el futuro. De esta forma, la banda se construye entre los jóvenes como “una forma de asociación defensiva para enfrentar las diferentes condiciones críticas de su vida. La banda también les permite compartir el ocio, la recreación y los compartimientos indispensables para la socialización de estos jóvenes.”⁸⁸

Desde esta perspectiva, el ocio se articula como uno de los principales ejes de análisis, pues si bien es una juventud que a pesar de encontrarse inmersa en el sistema educativo, dadas sus condiciones situacionales, también son jóvenes que desertan e intentan incorporarse al ámbito laboral aunque los que lo logran, se encuentran en empleos mal remunerados y temporales; de esta forma, el tipo de ocio que surge entre este grupo social —más una especie de tiempo libre forzoso— se presenta como una consecuencia de la desocupación laboral, los empleos inestables, la deserción escolar y la misma desilusión frente al futuro.

No obstante, el ocio y la recreación no se configuran únicamente como ese tiempo en que los jóvenes se encontraban fuera de las principales instancias de socialización. Desde este tipo de colectivos, la banda se convirtió en una forma de pasar y compartir el tiempo libre pero también, se recreó como la ocupación de los jóvenes después de la escuela o los empleos mal remunerados. Así pues, la banda también se estructuró como un espacio alternativo de socialización donde podían compartir sus gustos, sus vivencias y al mismo tiempo, en donde podían sentirse identificados.

La banda es un espacio de contención social, fortalece individualmente al joven que enfrenta un cotidiano y una sociedad complejos y difíciles, con muy pocos recursos económicos sociales o hasta morales. La banda implica el no estar solo, sentimiento que constituye una dificultad propia en los adolescentes. Ser miembro de una banda no impone obligaciones ni compromisos formales para su pertenencia; pero la banda si impone conocer y compartir códigos de conducta muchas veces muy costosos para sus miembros (por ejemplo: conductas delictivas, machistas, adictivas, etcétera).⁸⁹

A pesar de que las bandas no son espacios obligatorios para sus miembros o de los cuales no puedan entrar o salir con facilidad, si hay código que no sólo son reglas de convivencia

⁸⁸ Castillo Berthier, Héctor, “De las bandas a las tribus urbanas. De la transgresión a la nueva identidad social”, *Desacatos*, núm. 9, Centro de investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, p. 61

⁸⁹ *Ibidem*, p. 62

dentro del grupo; estos también prevén cierta cohesión pero sobre todo, son constructores de la identidad grupal. En las bandas juveniles, como en otras formas de organización entre los jóvenes, la identidad juega un papel determinante, pues es a partir de ésta que pueden existir como grupo.

En el caso de las bandas juveniles, la identidad se construía desde diferentes referentes: la condición situacional, los códigos de conducta, el lenguaje extravagante que desarrollaban pero, por sobre todo, el estilo es uno de los elementos que los distinguen de entre el resto de la sociedad y los identifican como parte del grupo. En este sentido, las bandas juveniles desarrollaron una estética con la indumentaria que además, fue una forma de ser y comportarse, de recrear con significados en lo social. “Las vestimentas, los peinados, la forma de caminar y de bailar también son rasgos de esa identidad [...] El rock es la música preferida por las bandas de los estratos populares de menores ingresos, las ‘tocadas’ constituyen un mundo de socialización cultural popular, de evasión, de catarsis y reforzamiento de esa identidad propia, agresiva, hostil.”⁹⁰ De esta forma, el estilo de las bandas juveniles pasó a ser referencia en el imaginario social y emblema de ese tipo de juventud que surgió en el contexto de los ochentas.

No obstante, desde este contexto y esta postura más reciente sobre las bandas juveniles, también se vislumbra una problemática que queda anclada a la cuestión de la juventud y sus formas de organización: el uso de la violencia. Cabe decir que propiamente desde las posturas teóricas, la problemática de la violencia no es rescatada como elemento caracterizador de las formas de organización juveniles, a pesar de que en mayor o menos medida este tipo de comportamientos se desarrolló entre estas agrupaciones.

Si bien, desde la postura de la Escuela de Chicago los colectivos juveniles generalmente fueron entendidos como grupos que se encontraban intrínsecamente relacionados con la delincuencia, en el caso de las otras posturas teóricas, los colectivos juveniles son abordados más en torno a las causas y los elementos socioculturales que les dan cohesión e identidad como grupo; no obstante esto no quiere decir que dentro de su caracterización las acciones

⁹⁰ *Ibidem*, p. 62

de violencia no se encontraran presentes sino más bien, que desde estos enfoques teóricos fue obviada su presencia e incluso entendida desde la figura de la delincuencia y la rebeldía.

Esto tiene razón de ser por un lado consideramos el contexto en el que surgen estas colectividades, la violencia como tal aun no es identificada sino hasta la década de los noventas, mientras que, desde el discurso político, a los jóvenes se les calificaba frecuentemente como subversivos, rebeldes y delincuentes; por otro lado y a diferencia de los abordajes de la Escuela de Chicago donde las apreciaciones que se hacían sobre colectivos juveniles los colocaba en la categoría de delincuenciales, los enfoques provenientes de las otras escuelas de pensamiento situaron su atención más que en su relación con la delincuencia en el tipo de organizaciones en si mismas a las que daban lugar.

El problema que esto supone es que la violencia como parte de de estos colectivos, la mayor parte del tiempo es inferida respecto de los comportamientos entre ellos y con la sociedad; así pues, cuando una colectividad como la Mara Salvatrucha es concebida como una pandilla pero, al mismo tiempo, muestra matices en su construcción como subcultura y banda juvenil, la violencia que se desprende de su comportamiento no puede ser obviada únicamente como criminalidad, en tanto no se construye como un grupo criminal, como tampoco puede ser entendida como delincuencia desde la perspectiva de los jóvenes rebeldes que desafían a la sociedad, pues en su construcción involucra elementos de ambas apreciaciones.

En casos tan particulares como el propuesto, la violencia adquiere un significado diferenciado lo mismo que la juventud pues aunque también se obvia su apreciación en tanto ha líneas generales que la plantean según se caracteriza el tipo de organización que se aborda, la relación que establecen desde el seno de las colectividades las transforma; por tanto, éstas fijan quien pertenece a ellas y quien no, así como el papel jugado por el uso de la violencia.

De ahí que, tratar de hacer una lectura sobre la Mara Salvatrucha y los elementos presentes en ella, es decir, juventud y violencia, requiere en primera instancia un reconocimiento del tipo de colectivo en el que se encuentra para llevar a efecto una reflexión en torno de su construcción y aprehensión.

3.2 De la interpretación a la realidad social: la Mara Salvatrucha.

En la actualidad, la Mara Salvatrucha es considerada la mayor y más poderosa pandilla en Centroamérica; no obstante, ésta no surge necesariamente en la región, más bien aparece en un contexto particular en los Estados Unidos. Durante la década de los ochentas la situación sociopolítica en El Salvador desplazó a miles de salvadoreños hacia Estados Unidos; con el estallido de la guerra civil, la necesidad de salvaguardar sus vidas y contar con mejores condiciones económicas, llevó al éxodo de salvadoreños durante toda la década hacia el país del norte.

Si bien de entrada llegaron a un país desconocido y una sociedad con una dinámica diferente a la conocida, ésta también se caracterizaba por las constantes olas de migraciones internas y externas presentes desde principios del siglo XX. Con la industrialización del país, se dio un crecimiento urbano que desplazó del campo a las grandes ciudades a su misma población, en busca mejores condiciones de vida. Después de la segunda guerra mundial se consolidó como una potencia mundial, y durante la guerra fría, las tensiones entre Estados Unidos y la URSS amenazaron con un nuevo enfrentamiento a nivel internacional; la imagen que se proyectaba desde el país del norte como defensor y principal ejecutor de la libertad, la prosperidad y la democracia, volvió a motivar a que nuevas oleadas de migración principalmente europea y latinoamericana, tuvieran como destino el país del norte.

En este contexto se inscribe la migración salvadoreña, circunscrita alrededor de las tensiones y consecuencias que genera la guerra fría en América Latina, pues estos países vieron en Estados Unidos una oportunidad para prosperar y alejarse de las tensiones políticas que habían llevado a la guerra civil; contrario a esta imagen de tolerancia, prosperidad y libertad, la mayoría de los salvadoreños —como otros tantos migrantes latinoamericanos que también se desplazaron durante estas décadas, ya fuese por los conflictos políticos o por las condiciones económicas— se encontraron a su llegada, entre otras cosas, con situaciones de discriminación y racismo.

El racismo, como problemática histórica respecto de los afroamericanos, fue trasladada hacia los migrantes que fueron llegando a lo largo del siglo XX aunque también entre ellos se dieron condiciones de discriminación por parte de la población estadounidense que, si bien

se fundó en sus diferencias étnicas y culturales, derivó de su condición de migrantes. De esta forma, esta situación los hizo vulnerables al llegar a un país que no conocían, con dinámicas y problemáticas socioculturales a las que no estaban habituados, donde sus condiciones económicas contribuyeron a volverlos más vulnerables ante diferentes contextos de violencia.

Los salvadoreños que llegaron a Estados Unidos provenían en su mayoría de estratos sociales bajos, por lo que se establecen en las zonas periféricas y conurbadas, como la mayoría de los migrantes que habían llegado antes y quedaron confinados a estas zonas limítrofes de las grandes ciudades; en estos lugares, lejos de la imagen e idea sobre oportunidades de empleo y condiciones dignas de vida, tenía lugar una realidad que distaba mucho del progreso. Las periferias se habían constituido como lugares donde los migrantes y la población de estratos bajos se ubicaba y la concentración de población y el desarrollo en los centros urbanos, dieron lugar a problemáticas de pobreza, exclusión y violencia.

De estas condiciones inherentes al medio al que se habían incorporado, se desprendió el hecho de que su condición de migrantes ilegales los situaba en un medio laboral mal pagado que los alejaba aún más de un sustento económico que les permitiera trascender y mejorar sus condiciones de vida. La exclusión fue entonces una condición estructurada a partir de su situación económica que los privaba del acceso a diferentes tipos de capital —material, económico y simbólico—, aunque también provino de otros migrantes frente a la competencia por el espacio y sus recursos. Se trataba de una cuestión de carácter social que tenía que ver con las diferencias étnicas y culturales, es decir, la exclusión se ejerció en contra de la población salvadoreña, tanto a nivel económico como social; esa misma exclusión por racismo y discriminación que habían sufrido por parte de la población estadounidense, también la practicaron otros migrantes con los que debían convivir día a día.

En este sentido, parte de estas acciones se tradujo en violencia social. Como problemática, aquella era una práctica desarrollada mucho antes de que la migración de salvadoreños llegara a Estados Unidos; sin embargo, en este contexto de los ochentas se convierte en una verdadera problemática social. La delincuencia y criminalidad —principales formas en las que se ejercía— fueron consecuencia de las condiciones socioeconómicas en las que se

desarrollaba la sociedad en las periferias pero también, se relacionaba con otros actores como el narcotráfico, las mafias y las pandillas juveniles.

Las dos primeras habían entrado a la sociedad estadounidense desde la década de los cincuentas, treinta años más tarde habían adquirido mayor injerencia y consolidado su mercado, especialmente entre la población de estratos bajos y la población marginada de las zonas urbanas; pero también se habían relacionado con otro tipo de actores: las pandillas juveniles. Contrariamente a las formas de crimen organizado, surgen en Estados Unidos desde la década de los veinte; si bien, en la literatura especializada, las pandillas juveniles son apreciadas como parte de las problemáticas que se desprenden del crecimiento de las grandes ciudades desde inicios del siglo XX, el auge que tienen en los años sesenta tuvo como consecuencia que, para el momento en que los salvadoreños llegan a la sociedad estadounidense, las pandillas juveniles, se hubieran estructurado como un fenómeno social entre la juventud y de éstas emanara principalmente la violencia a nivel social.

Para la década de los ochentas, a través de las relaciones que habían establecido con el narcotráfico y las mafias, la violencia entre pandillas no sólo comprendía la disputa de territorio como área natural de influencia y lugar de pertenencia, o las diferencias étnicas, culturales y de estilos que supusieron desde un inicio los encuentros y desencuentros entre diferentes culturas y sociedades en un mismo espacio; la violencia se había convertido en un fenómeno complejo de múltiples dimensiones que iba, desde las condiciones precarias en las que vivían los jóvenes e intentaban superar o hacer frente, donde se mostraba como único camino la delincuencia y criminalidad, hasta el hecho de que, parte del tráfico de droga y su consumo, se manejaba entre las pandillas.

Sin embargo, la violencia social fue un factor coyuntural y determinante entre los salvadoreños; si bien la padecían por igual, entre la juventud tuvo un impacto diferente respecto del identificado entre los adultos que debían lidiar con la problemática, pues tanto la delincuencia como la criminalidad, no se concebían como formas de acceder a recursos económicos o como una forma de sobrevivir. Ellos, como las cabezas familiares —y las responsabilidades que esto implicaba en lo económico y lo moral—, estaban anclados a un empleo que aunque precario, los proveía de sustento económico, donde el trabajo honrado

se reivindicaba como forma tradicional de vida digna aunque tampoco tenían los medios, dentro o fuera de los marcos institucionales, para hacer frente a la misma.

Con la juventud fue diferente; su posición como grupo social en tránsito, su condición de migrantes, así como el constante enfrentamiento étnico y cultural que debían sortear fuera del hogar, los hizo más vulnerables a sufrir violencia en los diferentes espacios de socialización: la escuela y la calle; asimismo, los empujó a reproducirla como una forma de protegerse y adaptarse a ese medio hostil donde tenían que vivir e interactuar. De tal suerte, durante una década su acercamiento a las pandillas se encontró mediado por las condiciones generales de violencia en las que debieron desarrollarse y subsistir, siendo estos grupos uno de los medios preferidos para adquirir protección y poder; de igual forma aunque a otro nivel, como una vía para adquirir un sentido de pertenecía e identificación.

En este sentido, la Mara Salvatrucha (MS-13) surge en el contexto de Los Ángeles California —lugar al que principalmente migraron los salvadoreños— como resultado de una necesidad constante de defensa de las otras pandillas, de las condiciones de vida en las que debían desarrollarse y sucedió como un proceso complejo que apeló a la dinámica social de diferencias y enfrentamientos étnico-culturales, a la misma inercia del fenómeno pandilleril que generaba entre los jóvenes, a las propias condiciones de vida y a la necesidad real y simbólica de identificarse y diferenciarse de esa sociedad a la que no pertenecían pero en la cual, deberían vivir por cerca de una década.

Así pues, la Mara surgió como una agrupación únicamente de salvadoreños; eran jóvenes que habían llegado a Estados Unidos en este contexto específico, pues si bien en los setentas comienza la migración de centroamericanos hacia Estados Unidos, no fue sino hasta una década después que se generan las condiciones y el escenario donde tuvo lugar una pandilla de salvadoreños⁹¹.

⁹¹ Los jóvenes que migraron una década antes de la guerra civil, más allá de que debieron enfrentarse a un contexto donde la exclusión, la pobreza, la discriminación y la violencia social marcaban la dinámica social, como grupo poblacional no tuvo el mismo impacto, como sucedería una década después. Éstos debieron adaptarse a las condiciones económicas y sociales; los jóvenes se integraron o no a las pandillas existentes, como sucedió con otros tantos migrantes que también llegaron durante esta época; sin embargo, la aparición de la Mara Salvatrucha, también fue un proceso mediado por la concentración de salvadoreños provenientes

En esta línea la Mara apareció, primero, como esas agrupaciones de jóvenes en el sentido estricto de la jerga lingüística ampliamente extendida en El Salvador, como grupos de amigos, gente cercana, gente como cualquiera, esa gente que, aunque no se conocía, era igual porque provenía de un contexto específico que entendía y había vivido la guerra civil. Fueron esos jóvenes quienes encontraron un sentido de pertenencia en la pandilla dado su pasado inmediato, y también para quienes la autoafirmación se recreó de sentido frente a la relación que debieron establecer con la sociedad estadounidense.

La transformación de la Mara en un colectivo pandilleril recuperó y tuvo razón de ser a partir de esta identificación étnica y cultural, dadas las condiciones sociales en las que los salvadoreños plantearon hacerse espacio como sujetos activos y participantes en las dinámicas de las pandillas y la violencia social. La Mara surgió bajo el mismo esquema en el que se reproducían todas las pandillas existentes de los años ochenta en el país como consecuencia, expresión y herencia, de las construcciones socioculturales juveniles que se venían desarrollando en Estados Unidos desde principios de los años veinte.

Los jóvenes salvadoreños formaron sus propias clicas y pandillas, entre las cuales destaca la Mara Salvatrucha. Mara alude a una forma tradicional y coloquialmente salvadoreña que refiere a un grupo de personas o de amigos, y salvatrucha de la conjunción salvadoreño y trucha, expresión antigua de alerta, inteligencia o precaución, que se volvió conspicua como expresión recurrente del pachuco en los años cuarenta y cincuenta y contagió a los cholos de los sesentas, ochenta y noventa, y que fue retomada por la mara ochentera: ¡trucha ése!⁹²

Contrariamente a la aprehensión y percepción que para ese momento se hacía desde la academia sobre las pandillas juveniles, este tipo de colectivos se estructuraban como organizaciones relacionadas con algún tipo de crimen, dado que sus integrantes, por cuestión biológica y ante la desorganización y tensión social, provocaba en ellos una desviación social.

Si bien este tipo de perspectivas también empataban con los paradigmas políticos y académicos del momento, en los cuales la juventud se reducía a una etapa biológica caracterizada y definida a través de la inestabilidad emocional y psicológica, los jóvenes

de un contexto específico que se identificaban y entendían como iguales, frente a un contexto sociocultural discrepante y agresivo.

⁹² Valenzuela Arce, José Manuel, “Introducción. Cien años de choledad” en Valenzuela Arce, José Manuel, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, 1er. edición, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, El Colegio de la Frontera Norte y Casa Juan Pablos, México, 2007, p. 15.

fueron aprehendidos en torno de un grupo de edad y ciertos escenarios y actitudes, a partir de los cuales eran más visibles. Desde la esfera política, esto respaldaba la idea de que la juventud necesitaba la guía adulta ante la inestabilidad natural detectada; también, daba cabida a que fueran violentados en el afán por incorporarlos y reeducarlos para que fueran lo que se esperaba en un futuro. Sin embargo, en general las pandillas tenían de fondo un proceso más complejo que la simple asociación con el crimen y las condiciones naturales de la adolescencia.⁹³

En este sentido la Mara Salvatrucha, al igual que otras pandillas en este contexto social en el que surge, lo hace permeada por la larga tradición pandilleril en Estados Unidos, tanto como por la inercia que crea ese fenómeno entre los jóvenes, frente al constante enfrentamiento que hay con la sociedad, así como con la violencia diaria que viven. Así, la Mara se estructura como un grupo de jóvenes tendentes a la delincuencia y la criminalidad, en torno de elementos físicos y simbólicos que la recrearon de significado entre ellos mismos.

A pesar de las presiones económicas que hay sobre la juventud respecto de sus condiciones situacionales, la pandilla no surge como una respuesta de clase sino como una expresión de la exclusión y la discriminación étnica y los desencuentros culturales con la sociedad estadounidense y en especial, frente a otros migrantes, la mayoría de ellos con referentes socioculturales similares. No obstante, al igual que otras pandillas presentes en la ciudad, los salvadoreños también construyen a la Mara en torno a un estilo que, si bien no cumplía precisamente con una reivindicación cultural y étnica como en su momento lo hizo el cholo al incorporar símbolos de la mexicanidad, la Mara lo hizo como una forma necesaria de diferenciación frente a las otras pandillas y al interior, como símbolo de identificación y pertenencia entre sus miembros.

⁹³ La Mara Salvatrucha no es la única pandilla que mostró su composición como un proceso complejo alejado de las aprehensiones clásicas de las teóricas sobre este tipo de organizaciones. Los pachucos –considerados como la primera *pandilla* en Estados Unidos- y los cholos que aparecen unas décadas después, fueron de las primeras formas de organización entre los jóvenes. Al mismo tiempo, éstas escapaban a las conceptualizaciones e interpretaciones del momento, puesto que desde el inicio se estructuraron como un proceso multifactorial, donde lo social y cultural era inherente a las condiciones económicas, físicas y ambientales de la sociedad en la que tuvieron lugar.

La Mara asimiló a su vestimenta los pantalones holgados, o los pantalones cortos estilo bermudas, las camisetas blancas de tirantes y se complementó con las cabezas casi rapadas. Recreó su lenguaje, tanto el oral como el gestual. La transformación lingüística del español y el inglés con el *espanglish*, se recreó como una acción necesaria ante un idioma del que no tenían conocimiento o muy poco cuando emigran pero también, esto les permitió generar — o retomar— un lenguaje, su propio *calo* que construía y daba significados a las situaciones cotidianas como la violencia, la pobreza y las relaciones entre los mismos pandilleros.

Mientras que la gestualidad corporal a través del lenguaje con las manos fue una especie de código que demostró pertenencia e identificación del pandillero con el grupo, los tatuajes fueron la representación fundamental de su identidad colectiva y adscripción a la pandilla, al barrio, a la clica, como un relato de su vida dentro y más allá de la pandilla; en ellos se “presentan y explican la vida emocional de los mareros, sus lealtades fundamentales, los avatares de la vida loca, penas y deudas que quedan inscritas en la piel”⁹⁴ pero también, representan la vida más allá de la pandilla, la de la familia y sus seres queridos.

Asimismo, en su dimensión territorial la pandilla se estructuró en torno al barrio, de este afianzó tanto su identidad como su dinámica social. La segregación que creó su condición migratoria tanto como su situación socioeconómica, los confinó a los barrios; de esta forma, se construyeron como espacio territorial de pertenencia pero también, y en un plano simbólico, como grupo de jóvenes afines a ese espacio territorial: la pandilla. El barrio fue ese espacio donde podían estar, reunirse y por ende, apropiarse, pertenecer; éste, fue un espacio de socialización que suplía otras instancias sociales como la familia, la escuela y/o el espacio laboral negado o precario, y en consecuencia, se estructuró como un entorno donde podían crearse experiencias comunes y que sobre todo, dotaba de poder social.

Justamente, su apropiación les permitió existir como grupo y construir su identidad colectiva; fue un territorio que los protegía frente a las amenazas sociales como las otras pandillas o las fuerzas policíacas; de igual modo, éste se estructuraba como el núcleo del cual podrían obtener recursos económicos. A través de diferentes negocios y actividades ilícitas como el robo o el tráfico de droga, la Mara se incorporó a la dinámica criminal y delincencial como

⁹⁴ Valenzuela Arce, José Manuel, *op. cit.*, p. 56.

una forma de acceder y proveer a los miembros de recursos económicos, aunque también una forma de competir, extender y consolidar su poder y presencia social puesto que, en sí mismo, el control de territorio representaba una muestra de su poderío frente a la sociedad y frente a las pandillas rivales.

Por otro lado, esa dimensión simbólica situó al barrio como la otra familia, esa que sustituía a la familia disfuncional, la que protegía a los miembros, la que resolvía carencias económicas y también, subsanaba carencias emocionales; de modo que la solidaridad y el afecto se creaban como lazo social que cohesionaba a los miembros en torno de esa figura más grande a ellos: la pandilla, la Mara Salvatrucha. Dicho lo cual, la defensa del barrio se daba respecto del territorio pero también de la misma pandilla, la protección de los miembros de una ofensa o la amenaza a la pandilla: “el barrio es mi familia, el sitio donde están mis amigos, mis compas, mis carnales”⁹⁵, ya fuese de las pandillas rivales o de la policía.

El barrio dotó a la pandilla de identidad en la medida que la anclaba a un espacio territorial, pues fue construido como un elemento determinante para la organización interna, la cohesión y la construcción de la lealtad entre los miembros hacia el grupo. En comparación con otras formas de organización juveniles similares —como la banda latinoamericana—, la Mara integró a sus reglas y códigos de conducta “tradiciones” provenientes de la mafia; esto supuso, por un lado, que la pandilla no se integraba como un tipo de organización con estructura débil y la permanencia de sus miembros mediada por el sentimiento de identificación o el compañerismo, principalmente se encontraba mediada por los códigos de lealtad y pertenencia.

En principio, la pandilla se formó como un colectivo de jóvenes salvadoreños, quienes debían sortear ritos de iniciación antes de que pudieran ser considerados como parte de la pandilla, de forma tal que “la mara [...] define diversas formas de integración, como son los ritos de iniciación o de pertenecía, entre los cuales se encuentran el que varios miembros del barrio combatan al nuevo o la nueva. Les brincan con el objetivo de conocer sus habilidades

⁹⁵ *Ibidem*, p. 59.

y evaluar el respaldo que pueden dar en caso de una confrontación con otros barrios o con otras personas.”⁹⁶

En este sentido, la Mara aceptó como iguales y parte del barrio, de la pandilla, a los salvadoreños provenientes de la guerra civil; más allá de esta identificación, antes debieron integrarse al grupo y demostrar que tenían la fuerza, las actitudes y el coraje para formar parte del grupo mediante una golpiza de trece segundos, como forma de ganarse la aceptación y la confianza de los miembros pero también, de acceder al capital simbólico que representaba la pandilla.

Asimismo, “[e]ntre los valores y normas que constituyen a las pandillas es obligatorio obedecer y acatar lo que las pandillas decidan; deben guardar lealtad al grupo y defender a sus miembros y sus territorios aun cuando esto represente peligro de perder o quitar la vida; se debe reivindicar el territorio y el “nombre” de la pandilla frente a pandillas rivales [...]”⁹⁷. De esta forma, la obediencia a los más veteranos o a los que tenían mayor habilidad para pelear, los castigos a los que desobedecieran las reglas, las órdenes o los que negaban a la pandilla, pero ante todo la lealtad que se defendía y se pagaba con la muerte, generaron por un lado la cohesión del grupo y por el otro, un sentido de hermandad.

El orden, la cohesión y la lealtad se construyeron a partir de la obediencia incondicional a la pandilla; por un lado, esto significó la recreación de una forma de socialización a partir de la violencia que se desarrollaba al interior del grupo; por otro, y en apariencia de forma contradictoria, la construcción de lazos afectivos que se establecían en medio de este ambiente constantemente violento pues los miembros, al sentirse respaldados por un grupo de jóvenes en las mismas condiciones que les proveía de protección física, de recursos económicos y de lazos sociales y afectivos que difícilmente podían establecer en otros lugares y ámbitos como la familia o la escuela, necesariamente los vinculaba a ese grupo que los apoyaba, ese grupo que identificaban como una familia alterna, en la cual confiaban y obedecían más allá de las reglas estrictas.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 53.

⁹⁷ Martel Trigueros, Roxana, “Las maras salvadoreñas: nuevas formas de espanto y control social”, en *Ibidem*, p. 118.

De esta forma, la Mara desarrolló sentimientos y actitudes que quedaban intrínsecamente relacionados desde el momento en que se aceptaba a alguien; la identidad que construyó la misma pandilla provino, tanto de cuestiones materiales como fue la estética y la indumentaria a la que debían acatarse y con la que se identificaban como miembros e iguales y los diferenciaba de las otras pandillas, hasta de las cuestiones inmateriales y simbólicas como *el barrio*, y su pertenencia al mismo o la identificación que se hacía entre los miembros, por el simple hecho de provenir del mismo contexto de la guerra civil o compartir las condiciones socioeconómicas y situacionales.

Sin embargo la violencia, como elemento intrínseco de sus actividades y su organización, también constituye parte de la identidad grupal de la pandilla. Si bien para esta década cuando surge la Mara en Estados Unidos, la pandilla era vinculada con a la delincuencia y la criminalidad; la violencia constituía una práctica que tenía lugar, tanto dentro como fuera del grupo. De entrada, y partiendo del hecho de que la pandilla funcionaba bajo la misma lógica que cualquier otra pandilla de Estados Unidos, más allá de las diferencias culturales que se encontraban en el centro de las tensiones entre grupos étnicos, alrededor había una constante disputa y enfrentamiento por aquellos negocios ilícitos que proveyeran a las pandillas de recursos económicos.

Así, una vez que la Mara se hace espacio entre el resto de las pandillas, la competencia por las áreas de influencia y con ello, el ejercicio de ciertas actividades como la delincuencia, la extorsión y el tráfico de droga, las situó en la misma dinámica de las otras pandillas y en consecuencia, en torno de la violencia social. Desde estos colectivos, la violencia adquiría una caracterización particular al proveer a estos grupos pero también, a pesar de sufrirla, tanto para la población en general como para los jóvenes en particular, tenía significados, formas e intenciones diferentes. Es decir, mientras que la violencia hacia la sociedad se ejercía como un mecanismo para obtener dinero, entre los jóvenes de las otras pandillas se practicaba como una forma de intimidar, de someter, cobrar venganza o vencer a sus rivales.

No obstante, también desde ellos como víctimas y victimarios fue nombrada como “la vida loca”. Ésta era una forma descriptiva del mundo en el que vivía y se desarrollaba la pandilla y el pandillero —el mundo de la violencia, la droga, la cárcel y la muerte—, pero también,

se construyó como un referente identitario al convertirse en parte de su dinámica cotidiana y de sus códigos estéticos y gestuales.

Muchas de las formas expresivas de la vida loca se recuperan de manera puntual en las maras, como ocurre con el uso de armas, el driving by shooting, los rasgos agresivos, el uso de la fusca, la filera y armas más poderosas. Al mismo tiempo, se presenta una particular forma de articulación con el mundo de las drogas, condición que afecta y potencia las formas de violencia y define un patrón similar de consumo. La muerte, especialmente la muerte arterial, resulta compañera inseparable en los barrios, donde participa de forma magnificada en las rutinas cotidianas.⁹⁸

En este sentido, la vida loca fue la percepción que tenía la sociedad de la pandilla y el mundo en el que se desenvolvía, así como una actitud ante la vida; fue, en los hechos, el estilo de vida a la que los jóvenes quedaban expuestos una vez que entraban a la pandilla, fueran miembros activos o no, pues los mismos peligros que el grupo generaba ante la confrontación con otras pandillas, con las mafias a partir de las cuales adquirirían la droga y las armas, como ante el gobierno que los criminalizaba, los hacía propensos a ser violentados y por ende, los obligaba a defenderse.

De esta forma, la “vida loca” también fue una consecuencia de esa sociedad que los marginaba y los criminalizaba, era la forma cómo se expresaba el deterioro social y económico que los había llevado a conformarse en colectivos para defenderse de las condiciones sociales hostiles, de las condiciones económicas que les negaban una vida digna y por ende, que los había orillado a buscar otros medios de subsistencia.

Dicho lo cual, la Mara subsanó en diferentes formas las carencias simbólicas, emocionales, sociales y culturales de la juventud migrante en los ochentas, pues fungió como un espacio de protección y empoderamiento social y/o económico; como un espacio de socialización en diferentes niveles —como espacio de amigos, donde se podía encontrar a una familia alterna— pero también, se construyó como expresión de la precariedad social en la que debieron desarrollarse los jóvenes y que después, se convertiría en una forma de vida cuando se trasladó a Centroamérica.

⁹⁸ Valenzuela Arce, José Manuel, *op. cit.*, p. 54-55

3.3 La Mara Salvatrucha en El Salvador. La pandilla como fenómeno social entre la juventud.

El final de la guerra civil y la firma de los acuerdos de paz fue un momento coyuntural en la vida de El Salvador en muchos sentidos, pues significó el momento en que después de doce años de un conflicto cruento, las tensiones y diferencias políticas habían llegado a su fin; en este sentido, las expectativas sociales se construyeron alrededor de la idea de paz y el fin definitivo de la violencia política. Al mismo tiempo, vislumbraron nuevos horizontes sobre las condiciones económicas y con ello, la reconstrucción de la sociedad; no obstante, y dadas las condiciones reales en las que el país salió de la etapa de guerra, la reconstrucción en todos los órdenes se visualizó como una tarea difícil de llevar a cabo. En este contexto surgieron nuevas problemáticas sociales.

La Mara Salvatrucha aparece en este marco de reconstrucción política y económica, y si bien con la firma de los acuerdos de paz se da el término de la guerra civil, el proceso coincidió con un suceso particular en Estados Unidos. Desde finales de la década de los ochentas, el problema de las pandillas se recrudeció dada su masificación en las diferentes ciudades de Estados Unidos, principalmente en Los Ángeles, California y en Chicago, con la presencia de una mayor concentración de migrantes de latinos e hispanos, con lo que la violencia se convierte en una problemática en aumento, a causa de las disputas entre pandillas por el territorio y el negocio de la droga.

El gobierno estadounidense comenzó acciones antipandillas cuyo eje era la persecución, encarcelamiento y deportación de los pandilleros que no fueran originarios del país.

Los fiscales empezaron a fincar cargos a pandilleros jóvenes como adultos y ya no como menores de edad [...] Luego vino la legislación de “tres faltas y éstas cavado” (“*three strickes and you’re out*”), aprobada en California en 1994, que elevó notablemente los periodos de condena para los delincuentes sentenciados [...] En 1996 el Congreso extendió la estrategia de endurecer las penas a la ley de migración. Los no ciudadanos [estadounidenses] sentenciados a un año o más de prisión serían ahora repatriados a sus países de origen, e incluso los delincuentes estadounidenses nacidos en el extranjero podrían ser objeto de la cancelación de su ciudadanía y ser expulsados después de cumplir sus sentencias en prisión.⁹⁹

⁹⁹ Arana, Ana, “Como las pandillas invadieron América Central”, en *Foreign affairs en español*, vol. 5, núm. 3, 2004, pp. 118-119.

Las medidas puestas en marcha contra las pandillas dieron como consecuencia que la Mara pasara a ser una pandilla de salvadoreños surgida y contenida en Estados Unidos, como único espacio donde habitaba, a quedar fragmentada una vez que la deportación de pandilleros devuelve a El Salvador a muchos de esos jóvenes que habían salido una década antes a causa del conflicto armado.

Si bien el final de la guerra civil supuso que aquellos que habían migrado durante la década de los ochentas pudieran volver a su país de origen sin el temor de la violencia política, esto no significó precisamente que su retorno aspirara a retomar la vida que habían dejado durante la guerra civil. Para muchos de esos migrantes, Estados Unidos representaba el sueño americano y, por otro lado, más allá de sus diferencias culturales y el medio hostil donde se habían desarrollado, se habían adaptado y volver significó reencontrarse con esa sociedad a la que una vez pertenecieron pero con la cual, y después de una década, ya no se sentían identificados.

Justamente esa fue una de las problemáticas a las que se enfrentó la juventud que volvió, ya fuese porque así lo decidían o bien, porque fueron deportados debido a los actos criminales que habían cometido en su participación con las pandillas. Sin embargo, la sociedad salvadoreña había entrado a los años noventa en una profunda crisis social y económica. De entrada, las secuelas de la guerra civil a nivel social se vieron reflejadas en la desintegración de las familias durante el proceso de paz, ya fuese por la guerra o por la migración; por otro lado, la falta de espacios de desarrollo social fue consecuencia de las condiciones económicas precarias en las que se debió vivir la mayoría de la población, así como la violencia social a la que debían enfrentarse.

En este sentido, una vez de vuelta en territorio salvadoreño, todos esos jóvenes se enfrentaron a un entorno social y cultural que no reconocían pues, a pesar de ser originarios y haber vivido los primeros años de su vida en El Salvador, una década después no se identificaban ni se sentían parte de esa sociedad, como en su momento se habían sentido respeto de la estadounidense; sin embargo, habían aprendido a adaptarse.

Por otro lado, a pesar de que al salir de Estados Unidos lo habían hecho como criminales, a El Salvador habían llegado libres; no obstante, a la falta de integración social se sumaron las

pocas o nulas oportunidades y acceso a espacios de desarrollo social, por lo que volver a la antigua dinámica pandilleril se volvió una opción, una vez que la concentración de salvadoreños provenientes de Estados Unidos creció y las condiciones económicas fueron agravándose conforme avanzó el proceso de paz.

El surgimiento de la Mara en El Salvador fue una consecuencia que encontró en el contexto de paz todas las condiciones para que pudiera reproducirse de la mano de los jóvenes que la habían aprendido a lo largo de una década, y lentamente se fue desarrollando entre los jóvenes que nunca habían salido del país pero que, inmersos en el escenario paz, se veían en la misma posición económica y social desfavorable.

Así crecieron las maras; se considera que entre los potenciales integrantes de las maras se encuentran los jóvenes que crecieron en los contextos urbanos de la década de 1980, los deportados desde Estados Unidos, parte de los 100 000 huérfanos de la guerra civil, las víctimas de la represión (ex policías y ex militares) y jóvenes que no encuentran en las ofertas formales, opciones que les permitan una vida distinta a la que encuentran en los espacios latinoamericanos marcados por la precariedad y la pobreza.¹⁰⁰

En este sentido, la Mara fue opacada durante los primeros años por las expectativas que había generado el fin del conflicto armado, la apertura democrática y económica, así como por las problemáticas inmediatas: el desarme de la guerrilla y las fuerzas militares, la corrupción, el estancamiento de la economía, la pobreza y la violencia en las ciudades; sin embargo, estas situaciones propiciaron que la pandilla se articulara paulatinamente con la juventud y, para el momento en que la Mara llama la atención política y social, lo hace propiamente como un fenómeno socio-cultural que se ha arraigado entre los jóvenes.

Así pues, cuando la Mara Salvatrucha se trasladó a El Salvador durante el periodo de paz, no se reprodujo a partir de la misma lógica pandilleril y criminal. El contexto era diferente, no había grandes rivales con los cuales se debía competir por el territorio y el negocio de la droga; la pandilla ya no tenía una función de autoafirmación y diferenciación cultural frente a otros rasgos culturales que marginaran y discriminaran, como tampoco su poder y presencia como actor social era tan notoria y dinámica como en Estados Unidos.

¹⁰⁰ Valenzuela Arce, José Manuel, “La Mara es mi familia” en Valenzuela Arce, José Manuel, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *op. cit.*, pp. 34-35.

Dado que las condiciones y el contexto no eran iguales que en Estados Unidos, la Mara Salvatrucha necesariamente se modificó a su llegada a El Salvador. Para la década de los noventas, la Mara fue toda una *innovación* sociocultural entre la juventud del país, pues a pesar de que la presencia de colectivos juveniles era una realidad —como en el resto de los países latinoamericanos— desde la década de los cincuenta, en los noventas presentaba un esquema sociocultural entre los jóvenes que no se había visto con anterioridad, además de que las pandillas o bandas juveniles tradicionales en El Salvador se desarticulaban, cuando no se convirtieron en parte de un proceso más complejo y elaborado.

Esto tuvo que ver con la ruptura en todos los órdenes que crea la guerra civil, pues una vez que en el país se desató el conflicto armado, la juventud experimenta una ruptura en sus ámbitos inmediatos de socialización, donde se circunscribían las bandas juveniles, de forma tal, que los jóvenes debieron modificar sus dinámicas sociales, pues muchos de ellos debieron migrar o bien, integrarse a las filas de la guerrilla o el ejército. Así, una vez que termina el conflicto armado, las antiguas bandas juveniles ya no pudieron ser entendidas al margen del contexto de los setentas como espacios de socialización y de ocio, pues después de dos décadas, la juventud no sólo era cualitativamente diferente, también las problemáticas sociales y económicas eran tantas y tan profundas, que habían desarticulado a los jóvenes con las secuelas de la guerra civil, limitando sus formas de organización y socialización, pues el cambio de condiciones exigía sobrevivir en un contexto de paz pero a partir de una crisis económica.

En este sentido, resultaba prácticamente natural que las pequeñas organizaciones pandilleriles que habían germinado desde los setentas entre la juventud como espacios alternativos a la escuela y la familia, se desarticularan o perdieran la poca fuerza que habían tenido frente a la incertidumbre y la desesperanza que había dejado la derrota de los movimientos revolucionarios en El Salvador, como en general en Centroamérica. A pesar del ambiente imperante que tuvo lugar después de la firma de los Acuerdos de Paz, su desaparición no fue un proceso inmediato, éstas siguieron presentes entre la sociedad; sin embargo, su desarticulación o bien su transformación, estuvo sujeta a los factores que puso en juego el mismo proceso de la pacificación en los que se inscribió el regreso de los migrantes salvadoreños y con ellos, la aculturación que permite el contexto entre los jóvenes.

Precisamente, las condiciones socioeconómicas y de violencia social que expulsaban a los jóvenes lejos de los núcleos inmediatos de socialización en la búsqueda de mejores condiciones de vida, de protección o empoderamiento social, no cambiaron conforme avanzó y terminó el proceso de paz; muy por el contrario, la modernización económica siguió deteriorando las condiciones de vida del grueso de la población; como consecuencia de esta situación, la violencia se recrudeció para finales del siglo XX.

La Mara apareció inmersa en este panorama como expresión y modelo *innovador* que condensaría, en el transcurso de su desarrollo, la influencia cultural al interior de una sociedad vulnerable y debilitada en sus estructuras sociales más tradicionales —la familia y las instituciones educativas—, dada la transformación que había acarreado necesariamente un proceso de guerra y uno de paz, aunada al uso de la violencia frente a las condiciones sociales y económicas, al desarraigo familiar y cultural o simplemente, ante la desilusión de un futuro incierto. Así, “la pandilla ejemplifica la agonía de la sociedad, por su autismo habla la imposibilidad del proyecto cultural de la ciudad en su oficio de integrar en alguna malla de sentido a los jóvenes de la miseria.”¹⁰¹

En esencia, la pandilla se constituyó como un modelo cultural llamativo por su indumentaria particular, las marcas corporales y el lenguaje gestual pero en especial, por el tipo de relaciones que impulsó entre los jóvenes. De entrada, se estructuró y planteó desde un inicio como un espacio de socialización, un lugar real y simbólico en el que podían estar y al cual podían pertenecer y recurrir siempre que lo necesitaran.

Era un lugar que los dotaba de identidad y ese sentido de pertenencia que habían perdido individualmente o respecto de la sociedad en la que habitaban, pues los que habían regresado no se sentían identificados con ésta, y los que nunca se habían ido tampoco, pues después de una década de conflicto, los referentes sociales y culturales se habían transformado. Sin embargo, las diferencias dentro de la pandilla no importaban porque todos se identificaban

¹⁰¹ Perea Restrepo, Carlos Mario, “Pandillas y sociedad contemporánea”, en Valenzuela Arce, José Manuel, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *op. cit.*, p. 276.

como iguales; de alguna forma, el referente compartido era ese desconocimiento que los jóvenes tenían de esa sociedad a la que pertenecían pero que los ignoraba.

La Mara se constituyó como espacio alternativo de convivencia, como una identidad juvenil con un fuerte componente simbólico. Sus formas no cambiaron con su traslado; los ritos de iniciación, los códigos de conducta, la estética y el simbolismo que contenían las marcas corporales y los movimientos gestuales, siguieron siendo las partes visibles de la identidad juvenil y colectiva tan particular; “las maras asumieron una identidad cotidiana cohesionada desde referentes cotidianos pero inscrita en la recreación de códigos simbólicos y organizativos provenientes de otros contextos.”¹⁰²

Por otro lado, la Mara había sido una expresión formal entre los salvadoreños de la discriminación y el racismo que habían vivido en Estados Unidos; en El Salvador, se transformó en un medio de defensa y pertenencia a una sociedad, además de que para los jóvenes, tenía más sentido que las sociedades donde habían nacido y crecido. La pandilla dotó a los jóvenes de una identidad grupal, de protección grupal, empoderamiento y apoyo mutuo. En síntesis, se constituyó como esa familia que era capaz de defender a sus integrantes de las amenazas sociales o económicas, fue la “familia” que podía hacer frente, tanto a las carencias económicas como a la problemáticas individuales de sus miembros, ya fuese en su familia, en la escuela o en la calle pero principalmente, se construyó como una expresión de las frustraciones y las desilusiones que habían dejado los imaginarios de las luchas políticas y las aspiraciones a mejores condiciones de vida. Así, la juventud que nunca había salido de El Salvador, encontró en la Mara un espacio, el poder social y el apoyo que les proveía factores atractivos en medio de un contexto donde la incertidumbre económica, la transformación de sus relaciones sociales y su lugar como parte del cuerpo social, eran inciertos.

A pesar de que la Mara tuvo que modificarse al establecerse en El Salvador dado que no había un contexto propiamente de discriminación racial, como tampoco había una violencia social marcada por la dinámica de las otras pandillas ni el tráfico de droga, ciertos referentes no cambiaron, como los espacios donde se establecieron, las periferias urbanas y el tipo de

¹⁰² Valenzuela Arce, José Manuel, *op. cit.*, p. 48.

juventud que cooptaron: los jóvenes empobrecidos y marginados de las zonas urbanas y conurbadas, jóvenes que a diario tendían a sufrir situaciones de violencia social.

En tal situación, la Mara logró sobrevivir, pues a pesar de que la violencia era de otra naturaleza y con otra intensidad, las condiciones marginales de vida, la pobreza, la falta de instancias de desarrollo e inclusión y las presiones económicas de la vida diaria, siguieron presentes y los jóvenes que habían regresado al país, como los que nunca había salido, la padecían de la misma forma pero ahora era una realidad compartida, por más salvadoreños jóvenes que hubiera, pues no había que hacer propiamente una distinción étnica. Así, a pesar de que la *juventud* desarrollada en Estados Unidos era cualitativamente diferente a la que se había desarrollado en El Salvador, ambas habían sido tocadas por la guerra civil.

En consecuencia, en tierras salvadoreñas la Mara Salvatrucha representó un acercamiento para los jóvenes que habían migrado al sitio, formando parte de su vida y constituido sus referentes culturales durante una década; para otros, significó una construcción de espacios, identidades y obtención de capitales materiales, económicos y simbólicos a los que difícilmente tenían acceso en el entorno familiar, escolar o social.

La Mara no fue muy diferente en este sentido a las otras pandillas que habían existido hasta el momento en El Salvador, dado que su primera reconstrucción en territorio centroamericano tenía el objetivo de constituirse como un espacio donde un grupo de jóvenes pudieran estar, jóvenes a quienes los unía y distinguían sus condiciones situacionales y al mismo tiempo, se identificaban con el grupo al sentirse parte del mismo. La Mara Salvatrucha tenía una larga década de desarrollo, traía consigo toda una tradición sociocultural que, aunque ajena al contexto de El Salvador, había permeado a los que la portaban y eran parte de la misma.

Frente a estructuras sociales fragmentadas y referentes culturales deteriorados, la Mara se constituyó como una expresión social en la que se condensaron los jóvenes que vivían sumidos en esa crisis social e identitaria, producto de una realidad sumamente contradictoria, donde la paz y la modernización, la apertura global y la movilidad, no tenían sentido ni razón de ser en un país donde la mayoría de la población, vivía en condiciones de pobreza y exclusión similares a las que había dos décadas atrás.

Así pues, más allá de las condiciones sociales que le abrieron un espacio, la Mara también logró sobrevivir entre la juventud como espacio alternativo, dado el alto grado de organización y disciplina bajo el cual se había construido en Estados Unidos. Por ello, se constituyó como una familia alternativa con todas sus implicaciones; se debía respetar y obedecer como se respetaba y obedecía a los padres y al mismo tiempo, ésta te cobijaría, protegería y entendería, como se supone haría una familia tradicional. De ahí que la pandilla fuera la representación de la contradicción social, entre un orden establecido de jóvenes para jóvenes muy similar a una familia nuclear pero, al mismo tiempo, un orden que los vulneraba mientras los protegía y empoderaba.

En este clima, la Mara Salvatrucha ganó adeptos entre una juventud carente de sentido y referentes socioculturales que le dieran significado a su lugar como parte del cuerpo social, frente a una realidad discordante entre sus aspiraciones y el contexto en el que se desarrollaban, y donde el día a día limitaba cada vez más las oportunidades para trascender. En este sentido y con el transcurso de los noventas, los jóvenes también se acostumbraron a ver en la pandilla un símbolo de poder y una de las formas más exitosas de acceder a espacios y a diferentes tipos de capital; sin embargo, uno de los rasgos más representativos y factor que también le permitió consolidarse entre la sociedad y la juventud como aun actor poderoso, fue el uso de la violencia.

Como realidad cotidiana a la que debían enfrentarse los jóvenes en el día a día, la violencia se hacía presente en múltiples formas y con diferentes impactos; muchos de ellos se desarrollaban en ámbitos familiares y escolares donde la violencia se hacía presente; sus condiciones situacionales, por un lado, los violentaba ante sus necesidades económicas y las múltiples formas de exclusión a las que se encontraban expuestos; por otro, la delincuencia y criminalidad los hacía vulnerables al ser víctimas, tanto de las pandillas como de otros individuos.

Más allá de que la violencia fuera un denominador común entre la sociedad, su presencia puso de relieve que era la forma preferencial más efectiva y tal vez, la única para hacerse de poder, recursos económicos y respeto. Su utilización por las pandillas, daba la impresión de que era más efectiva y brindaba más certeza que la ejercida por el Estado; también,

representaba una pequeña comunidad que proveería de protección a todo aquel que formara parte de ella; para los jóvenes, también representaba el medio a través del cual podían evitar ser violentados aunque paradójicamente, los exponía a más violencias, muchas de ellas letales.

La pandilla se había arraigado como un espacio alternativo de socialización pero también, y tal vez de forma más congruente, como una forma de vida que estaba sustentada en las condiciones económicas cada vez más precarias, las aspiraciones y confrontaciones que esto generaba frente al deseo de un futuro mejor, las nuevas dinámicas con las que interactuaban los jóvenes a nivel social y con relación al tipo de violencia a la que eran vulnerables en los diferentes espacios donde tenían que interactuar.

La Mara Salvatrucha apareció en un contexto donde las condiciones le permitieron germinar y atraer la atención de la juventud; estas mismas condiciones propiciaron que entre los jóvenes marginados se percibiera a la pandilla como un espacio de inclusión, poder y visibilidad social, así como un modelo cultural que subsanaba las carencias socio afectivas que había en su familia o en otros ámbitos, donde la ausencia de significados los arrojaba de forma anticipada a una sociedad permeada por las secuelas de la guerra civil, los intentos de la pacificación y un clima de violencia donde los jóvenes carecían principalmente de los medios para hacerle frente y por tanto, se volvían más vulnerables.

Por otro lado, sus conductas, ritos y reglas ciertamente rígidos en El Salvador, les permitieron afianzarse y reproducirse como una sociedad alternativa que buscaba ante todo, hacerle frente a las condiciones situacionales que golpeaban a la juventud de las periferias urbanas y después, frente a otras amenazas como la otra pandilla dominante en el país y el mismo gobierno que criminalizaría y estigmatizaría a la juventud.

En este sentido, con su masificación por todo El Salvador, así como a lo largo del Triángulo del Norte —Honduras, Guatemala y El Salvador— la pandilla apareció como una nueva problemática social, en apariencia sin razón de ser, pues desde los discursos oficiales la situaron como una resultante de la globalización; no obstante, la Mara fue una expresión de las nuevas formas sociales que se estaban construyendo entre la juventud y sus referentes sociales y culturales inmediatos. Por tanto, la pandilla fue, además de un grupo de jóvenes

unidos para delinquir y propagar la violencia entre el cuerpo social, un fenómeno social que tenía múltiples problemáticas relacionadas de fondo con la juventud y el espacio sociocultural en el que se estaba desarrollando después de la guerra civil.

La pandilla y lo que representaba, permitió cohesionar a los jóvenes en torno de problemáticas compartidas como la pobreza, la exclusión y la violencia. De esta forma, la Mara propuso la creación de una identidad colectiva y de una sociedad aparte con sus propias reglas aunque no necesariamente antagónica; era una sociedad que se servía y alimentaba de los grandes problemas sociales y sus efectos particulares sobre los jóvenes porque de esto dependía, en gran medida, su existencia.

El prestigio, reconocimiento y poder ganados por la pandilla tanto en El Salvador como en el resto de la región, hizo que los jóvenes la visualizaron como la única forma o la forma más viable de acceder a espacios o capitales negados; en síntesis, un modo de vida. En este sentido, la Mara se ha convertido en un referente cultural tradicional dentro del contexto de la historia más o menos reciente que ha atraído la mirada de las nuevas generaciones de jóvenes, tanto por las condiciones sociales y económicas agresivas en las que se sigue desarrollando la mayoría de la población, como porque su presencia cotidiana aunque atemoriza a la sociedad, también es un referente sociocultural con el que la juventud se ha acostumbrado a vivir y por tanto, a ver con cierta normalidad, ya sea como lugar de paso o como trayectoria de vida.

Desde otra perspectiva, esta “normalidad” que ha adquirido la presencia de la pandilla también habla de la forma como la juventud ha entendido y reconstruido en su imaginario y su cotidianeidad las situaciones que los pueden colocar en el límite de la vida loca, donde lo ilegal, la muerte, la violencia y la droga se recrean como experiencias que generan inquietud de ser probadas, además de ser generadoras de prestigio, respeto y reconocimiento entre sus iguales, pandilleros o no, pero por sobre todo, la forma preferencial de hacer frente al contexto que los violenta ante la falta de oportunidades.

3.4 Juventud y violencia en la pandilla. Una reflexión sobre las *nuevas* formas de expresión social desde la Mara Salvatrucha.

La Mara Salvatrucha ha jugado un papel sustitutivo no específico de El Salvador, pues se arraiga en las sociedades de Centroamérica donde se ha hecho espacio. Desde su llegada al país, se planteó como una forma cultural y social que retaba los esquemas tradicionales de la sociedad pues también fue el marco donde se reflejaron los cambios que había generado a lo largo de todo un siglo la modernidad en una parte de la población que, para el caso de la región, apenas se “descubría”, como se descubrían lentamente los impactos de esa modernización económica, política y social que llegaba tarde a los países centroamericanos.

Cuando la Mara Salvatrucha hace su aparición en El Salvador, la juventud comienza a aparecer a la par y no porque antes los jóvenes no se hubieran encontrado presentes como parte de la sociedad, sino porque éstos no fueron vistos hasta que la coyuntura del proceso de paz les permitió reagruparse y aparecer como sujeto social. Precisamente, ante la sociedad los jóvenes pasaron por numerosos momentos de invisibilización durante la década de los ochentas y los primeros años de los noventas; sin embargo, esas dos décadas convulsas entre la guerra civil y la pacificación, con todas sus problemáticas sociales, económicas y políticas, dejó para los noventas a una juventud traumatizada por la guerra civil, empobrecida y ampliamente desilusionada por los resultados a los que había conducido el conflicto bélico y por si fuera poco, el conflicto armado también había modificado los cánones de la sociedad tradicional, como la misma forma de asociarse y auto identificarse como joven.

La *juventud* que tuvo lugar después de la guerra civil fue una; aquella que intentó reconstruir sus lazos sociales, reinsertarse en los ámbitos sociales inmediatos como las familias, los educativos y, dado el contexto, buscar espacio en los laborales, para dejar atrás los años del conflicto armado. Fue también una juventud que se mostraba distante en forma y contenido de aquella que se había dado a conocer a través de los procesos de educación a nivel medio y superior y de las clases sociales durante la década de los setentas.

Vista desde otro ángulo, la *juventud* del final de la guerra era más bien una juventud difusa, una mezcla de situaciones y contextos que habían construido distintos referentes pues ya no empataba precisamente con la antigua visión de la clase media, ni con la de los

procesos de escolarización; en los noventa, la *juventud* provenía de las modificaciones que había dejado a su paso, tanto la economía como el pasado de la guerra civil sobre las familias; de esta forma, la *juventud* surge y se construye en los estratos bajos y populares, pero más heterogénea que nunca.

Ciertamente, con el final de la guerra civil lo que se muestra en el panorama social es una *juventud* ampliamente tocada por las condiciones económicas, a la que se le había probado que la lucha armada no había servido de mucho, pues las condiciones sociales nada tenían que ver con las expectativas que había generado el proceso de paz; asimismo, y en una nueva época donde lo que se visualizó fue un aparente adelgazamiento del Estado, junto con el debilitamiento y descrédito de sus espacios de socialización, desarrollo y movilidad social como la educación, lo que quedaba enfrente era una *juventud* sin ideales políticos, desmovilizada y preocupada por sus necesidades económicas inmediatas.

Así pues, entre la sociedad y entre los jóvenes ya no se apelaba a la lucha armada frente al descontento por la falta de espacios políticos donde pudieran participar o por las condiciones precarias de vida en las que se desenvolvía la sociedad; más bien, para esta década, el descontento se había transformado en incertidumbre y desilusión frente a la necesidad de sobrevivir.

Son en su mayoría jóvenes que viven la vida día tras día, en donde regularmente no hay espacio para construir un proyecto de vida real para el futuro, porque para muchos de ellos la temporalidad del futuro no existe, en tanto que el presente, el aquí y el ahora de sus existencias y de sus vidas cotidianas está negado. Quizá lo que alcanza es simplemente vivir para el día o los días inmediatos que viene con todas las secuelas de las afectividades decaídas, las melancolías colectivas y estar en constantes situaciones límites de ser sujetos de violencia a manos de los “otros”, principalmente si se es pandillero.¹⁰³

En este sentido, la sociedad en general y la juventud empobrecida en particular, tuvieron que enfrentarse a las condiciones socioeconómicas que hacían alarde de que una década de guerra civil no había cambiado sustancialmente las condiciones por las que los salvadoreños habían soportado un conflicto político tan cruento; desde esta realidad, también debieron enfrentarse al hecho de que a la pobreza, la marginación y la exclusión, se le había sumado

¹⁰³ Valenzuela Arce, José Manuel, “La Mara es mi familia” en Valenzuela Arce, José Manuel, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *op. cit.*, p. 139.

la aparición de la violencia; una violencia que ya no venía propiamente del Estado sino de la misma sociedad.

En este sentido, la Mara Salvatrucha fue un “nuevo respiro” para la *juventud* que necesitaba sobrevivir en un entorno social que la violentaba por todos lados y, al mismo tiempo, una forma de existir socialmente porque, si bien la juventud, como categoría social en los noventas no era reconocida ni percibida aunque estuviera presente, los jóvenes estaban germinando en todos los escenarios sociales, principalmente en la calle.

La pandilla supuso *existir*, adquirir presencia social, encontrar un lugar donde poder estar y pertenecer a un grupo que sería capaz de responder ante la necesidad de protección económica y personal, como también ante la necesidad de establecer vínculos afectivos y sociales con *algo* que los anclara a la realidad que los marginaba. En este sentido, desde el momento en que la Mara adquirió un significado entre la juventud como espacio alternativo de socialización, se convirtió en una expresión del deterioro social que estaban viviendo y recibiendo los jóvenes de los sectores populares y empobrecidos de El Salvador.

Esto no cambió a lo largo de la década de los noventas; contrario a los discursos sobre el progreso y el desarrollo económicos que llegan a Centroamérica y en particular a El Salvador una vez que se termina la guerra civil, la Mara se afianzó en el país y la región como espacio alternativo de socialización y su percepción por parte de la juventud como forma de vida fue consecuencia de las condiciones económicas precarias que siguieron a lo largo de la década.

No obstante, las condiciones en El Salvador también dieron cabida a que la Mara se fuera modificando a lo largo de los años noventa. A su llegada y frente a las condiciones económicas y social, es la pandilla se estructura como en Estados Unidos, es decir, conformada por jóvenes que, en este caso, buscaban un espacio de socialización, identificación y pertenencia; sin embargo, para finales de la década de los noventas, quienes se integraron lo hicieron desde edades más tempranas, junto a aquellos que en esencia, debían ser ya adultos pero aún se encontraban inmersos en la pandilla.

Así, una década después de que la pandilla apareciera en El Salvador, cooptó a los jóvenes que vivían en las zonas urbanas y conurbadas, marginados, excluidos, desempleados o

subempleados que veían cada vez más reducidas las posibilidades de acceder a una mejor calidad de vida. Para entonces, la Mara ya mostraba una composición heterogénea que no necesariamente encajaba con la imagen o idea de colectivos integrados sólo por jóvenes; en ella, se visualizaban los estragos de una década de política económica fallida que había condicionado el desarrollo social así como la forma en que las categorías sociales, en este caso la de *juventud*, se construía más allá de los límites biológicos y las cánones sociales tradicionales. Dicho de otro modo, en esta etapa la pandilla también se encontraba conformada por niños y adultos, aunque todos fueran jóvenes desde la perspectiva social y política.

Esto hablaba de que una década después, el espectro de lo que comprendía la juventud se había recorrido en términos etarios y socioeconómicos; no sólo había alcanzado a los niños, también había retrasado la transición social de los jóvenes para que se “convirtieran en adultos”, esto debido a que el recrudecimiento de las condiciones económicas había empujado a los individuos a salir de los núcleos familiares para tratar de insertarse en el mercado laboral y con ello, buscar un sustento económico, ya fuera para ellos mismos o para sus familias. Asimismo, los jóvenes no pudieron trascender de esta categoría social dado que las condiciones requeridas para poder ser considerados como adultos —la incorporación al mercado laboral, la estabilidad e independencia económica, la autonomía familiar y con ello la reproducción del capital social— dependían, en gran medida, de las condiciones económicas.

Así, por otro lado, con la criminalización de las pandillas, los jóvenes pasaron a ser aquellos que se vestían, se tatuaban, parecían pandilleros y/o se agrupaban en las calles o barrios de las zonas urbanas a pasar el rato; mientras que *juventud* fue percibida como una etapa del desarrollo físico-biológico del ser humano, sólo existió en este marco en los estratos bajos de las zonas urbanas, pues era ahí donde aparecieron los jóvenes pandilleros y, al mismo tiempo, esta percepción de la categoría la dotó de una carga valorativa negativa que la suponía como un peligro para la sociedad. “El hablar de maras o pandillas puede favorecer este estereotipo, no sólo porque el término tiene un contenido negativo, sino también porque divide de manera

rígida a los jóvenes. En vez de tener en cuenta la diversidad de conformaciones de estos grupos, se tiende a reducirlos a los términos opuestos de ‘bueno’ y ‘malo’.”¹⁰⁴

Con la aparición de las pandillas, la *juventud* apareció como una referencia irremediablemente vinculada a estos colectivos. Desde el momento en que las referencias políticas, mediáticas y por ende sociales, situaron a las pandillas como colectivos integrados por jóvenes, se opacaron los distintos procesos, escenarios y contextos que estaban construyendo a la *juventud* en el país, al igual que se ignoró la intrínseca relación con la violencia, como víctimas y victimarios.

Si bien desde el inicio de los noventa la delincuencia y la criminalidad tuvieron sentido como una consecuencia de los ajustes estructurales y el deterioro económico que había dejado a su paso la guerra civil, entre la juventud se construyó como uno de los primeros esbozos de las nuevas formas de expresión, antes de que la Mara Salvatrucha se consolidara en el país, y se difuminó en medio de los efectos que dejaron a su paso en la mayor parte de la población las presiones económicas y la necesidad de sobrevivir.

Sin embargo, esta relación no adquirió relevancia sino hasta que se encontró condensada en la pandilla. Cuando la Mara Salvatrucha comenzó a ser notada entre la sociedad, ya fuese por la presencia que adquirió en las calles de las zonas urbanas o por la atención mediática que se desata alrededor de estos grupos desde sus inicios, ésta únicamente fue visualizada como un colectivo de jóvenes peligrosos, jóvenes llegados de Estados Unidos pero originarios de El Salvador, tatuados, con una estética agresiva, jóvenes que habían sido delincuentes y de regreso al país, se reunían para continuar con sus actividades delictivas.

Más allá de que esta percepción del problema no fuera del todo incorrecta, la aparición de la pandilla, bajo sus esquemas culturales, sus reglas y códigos, también supuso llevar la relación entre la juventud y la violencia a otros planos de recreación. A pesar de que las pandillas de los setenta y ochenta ya habían incurrido en prácticas similares, la novedad de la Mara fue

¹⁰⁴ Liebel, Manfre, “Pandillas juveniles en Centroamérica o la difícil búsqueda de justicia en una sociedad violenta” en *Desacatos*, núm. 14, México, 2004. Disponible en http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-92742004000100005&lng=es&nrm=iso [Consultado el 15 de abril de 2015].

la forma como logró apropiarse y radicalizar la práctica de la violencia en el transcurso de una década.

Si bien para los noventas la Mara también contribuyó a la violencia criminal desde la delincuencia, el vandalismo, el control o la protección de los barrios, las riñas callejeras y los robos en el transcurso de la década, a la par de su afianzamiento entre la juventud de El Salvador, la violencia que empezó a esparcir entre la sociedad cambió de enfoque e intensidad. Por un lado, con la apertura de la región a la globalización y el neoliberalismo, nuevos actores aparecieron, como fue el caso del narcotráfico y el crimen organizado; al igual que pasó en Estados Unidos, la interacción de la Mara con éstos trajo como consecuencia que las formas de violencia en las que participaba la pandilla, se diversificaran entre la población.

Cuando las pandillas tuvieron las condiciones sociales, culturales y económicas para consolidarse y extenderse por el país y por Centroamérica, la violencia también cambió de referente. Las riñas callejeras, la delincuencia, el robo, el vandalismo con la destrucción de propiedad pública y privada, y la criminalidad y el secuestro pero principalmente el homicidio, se convirtieron en los nuevos referentes de las actividades pandilleriles y por ende, de la *violencia juvenil*.

Además, esto también creó un vicio social y político, pues toda la violencia en el país fue percibida como obra de las pandillas, siendo que no eran las únicas que incurrían en actos criminales, como tampoco la violencia que desarrollaban era de la magnitud que las hizo aparecer como actores internacionales con una alta capacidad de coordinación y organización interna; por otro lado, el discurso político y mediático propagó la idea de que la población se había convertido en la principal víctima de la violencia juvenil, cuando en realidad esta expresión, en específico, afectaba en particular a los sectores populares y estratos bajos de las periferias urbanas y de forma particular, a los jóvenes que se desarrollaban en estas condiciones socioeconómicas, pues era en este escenario urbano y en este grupo poblacional donde se condensaban las pandillas, de aquí salían los pandilleros, de las condiciones precarias de vida y la falta de oportunidades para el desarrollo.

Si bien, la violencia juvenil no eximía al resto de la población de ser víctima de la misma pues, “[l]as formas de violencia real producidas por las prácticas de las pandillas son vividas, principalmente, por los habitantes de sectores populares que es donde los jóvenes de pandillas protagonizan sus disputas por territorio y algunos de ellos ejecutan actividades delictivas”¹⁰⁵; lo cierto es que las mayores expresiones de violencia estaban dirigidas a los jóvenes por los mismos jóvenes.

Sin embargo, más allá de que se diera una diversificación de las actividades criminales de la pandilla, la relación establecida por la pandilla entre la juventud y la violencia, rebasó ese plano físico e inmediato donde estaba pensada sólo como una herramienta de defensa frente a lo amenazante, o como una forma de hacerse de recursos económicos con la práctica de la delincuencia. En otras palabras, esta relación se inscribió alrededor de un plano físico pero también simbólico pues, por un lado, se recreó como una práctica que nunca quedó desvinculada de los actos delictivos y como una forma de defensa colectiva frente a las otras pandillas, de defensa de la policía o simplemente, frente a las condiciones situacionales aquejantes; por otro lado, en una sociedad tergiversada como la que representa, la violencia se convirtió en la forma como se consigue la cohesión, la simpatía y la aceptación del grupo.

Ellos ejercen la violencia sobre ellos mismos (en el tipo de relaciones que establecen de dominio y control de jerarquías), sobre los que pertenecen a las pandillas rivales y a través de actividades delictivas en las que algunos de sus miembros están involucrados. [...] La violencia simbólica es también reproducida por ellos mismo, ya que los mismos procesos de dominación y exclusión son ejercidos por ellos al interior de las maras. Si bien es cierto que hay fuertes lazos de solidaridad, también es cierto que la lealtad y el poder que tienen los líderes de los distintos grupos reproducen procesos de dominación.¹⁰⁶

La Mara Salvatrucha había construido y retomado la violencia como una práctica de autoafirmación y adscripción simbólica y material; al interior de la pandilla era una forma de pertenecer e identificarse como parte del grupo, la violencia era una forma de socialización tergiversada que se representaba y construía desde los ritos de iniciación, hasta la forma de desarrollar empatía y solidaridad con el grupo.

¹⁰⁵ Martel Trigueros, Roxana, *Op. cit.*, p. 99.

¹⁰⁶ *Ibidem*, pp. 123-124.

De modo que dentro de este colectivo, la violencia, en sí misma, planteó una nueva forma de expresión social que hablaba sobre la socialidad, las identidades juveniles y la percepción que tenían del mundo fuera de la misma, tanto como la relación que deseaban establecer con éste. Dicho de otro modo, el vínculo que establecían los jóvenes desde el momento en el que aspiraban a pertenecer al grupo, situaba a la violencia como un elemento indivisible de la actividad pandilleril pero también, de las relaciones entre los jóvenes al interior; el respeto, el compañerismo, el sentido de pertenecía, de igualdad e identificación, vino acompañado de una dosis de violencia diaria identificable desde el momento en que se ingresaba a la pandilla, con los ritos de iniciación como pruebas de aptitud y ritos de aceptación, hasta el transcurrir diario de la vida en la pandilla, con el apoyo mutuo o la solidaridad y la defensa del barrio o de la pandilla frente a las pandillas rivales o frente a la policía.

De este modo, la relación entre la juventud y la violencia al interior del grupo, adquirió diversos y complejos significados y simbolismos, donde además de ser perpetradores de la misma hacia afuera, eran víctimas de sus mismos compañeros porque así lo requerían, en la media de los contextos o situaciones y las reglas de la pandilla. En este sentido, la violencia desde los jóvenes era algo que no se había visto con anterioridad, no como colectivos dedicados a satisfacer sus propias necesidades, ni de forma tan cotidiana y cruenta como generalmente se presenta, de ahí que la alarma social se haya desatado alrededor de estas expresiones, dada la fuerza y la codificación que mostraban en el entramado social, desafiando la cultura tradicional; y por ser estructuras que no se habían visto antes.

De este modo, no es que la Mara Salvatrucha se haya transformado en una organización ultraviolenta a su llegada a Centroamérica; la violencia siempre había sido parte de su dinámica; sin embargo, a ésta no estaba acostumbrada la sociedad en El Salvador, era y ejercía una violencia que resultaba “nueva” porque, aunque ya se desarrollaba entre y por los jóvenes, no tenía la presencia que alcanzó como colectivos.

De ahí que la violencia se constituyera como un elemento característico de la pandilla, pues desde la perspectiva social y política, quedó intrínsecamente ligada a la violencia impactante, brutal, cruenta y cotidiana de El Salvador; todo acto violento pasó a ser responsabilidad de la pandilla bajo el pensamiento de que ésta, era la única que podía y desarrollaba dichas

prácticas. Por otro lado, desde esta apreciación se reconoció que la violencia se personalizara como hasta entonces no se había hecho y por ende que la criminalidad, la delincuencia y los homicidios pasaran a ser entendidos y referidos como actos de *violencia juvenil* a causa de la Mara; por tanto, la relación entre juventud y violencia únicamente tuvo cabida en el imaginario social a partir de las pandillas.

Como uno de sus resultados más visibles, el vicio que ahora predomina en la sociedad y el gobierno salvadoreño es entender dicha relación de forma lineal, donde la violencia juvenil únicamente ejemplifica formas visibles de crimen que, en apariencia, se dirige únicamente hacia la sociedad, sin caer en cuenta que este tipo de violencia y su expresión, condensan diferentes tipos de violencias entre los jóvenes, como la forma en que se recrean y le dan un significado que atraviesa los límites morales de lo bueno y lo malo, no porque no haya una noción adecuada sino porque las condiciones los han llevado hasta ese límite; es parte de la cotidianidad que hay que sortear.

CONSIDERACIONES FINALES

Al llegar a este punto de la investigación, una de las inquietudes que me surgen, es si ésta ha concluido. Dentro de los parámetros rigurosos del proceso de investigación, la respuesta indicaría que así es. Aún más si me detengo a mirar el punto desde donde se inició el proceso y hasta donde he llegado, me doy cuenta de que aquí se condensan las inquietudes que me llevaron a abordar la problemática de la juventud y la violencia en Centroamérica. No obstante, lo anterior no puede indicar que *todo* sobre el *tema* ha sido dicho y por tanto, que esta aproximación se perfila como una investigación concluyente sobre la problemática.

Recapitulando lo anterior me doy cuenta de que hay elementos que abren espacios para otros abordajes, así como para otras líneas de investigación. Esto resulta natural si entendemos que la realidad no es *algo* acabado, inalterable y estático, y que en la conformación de una problemática hay elementos que siempre están interviniendo. En consecuencia, esta investigación sólo fue un ejercicio de aproximación a un segmento específico de la realidad desde una mirada particular, además de que se volvería una tarea titánica intentar aprehender todo al mismo tiempo, pues la realidad es tan amplia y compleja, que no es posible conocerla de modo acabado dado su constante cambio; simplemente no acabaríamos nunca.

Con lo anterior no pretendo desestimar los esfuerzos por llegar al entendimiento de las problemáticas y fenómenos que tienen lugar en ésta, más bien, caer en cuenta de que los planteamientos que nos hacemos sobre un segmento específico de la realidad nos permiten valorar lo propuesto y retomar, bajo nuevos horizontes de aprehensión el curso de la realidad. De ahí la imposibilidad de modificar lo trabajado hasta el momento con la investigación, pero tampoco olvidar que lo expuesto sobre la problemática no es una verdad absoluta, inalterable, donde no hay lugar para algo más. Así pues, esta pequeña reflexión es lo que me lleva a sugerir, más que una conclusión sobre el *tema*, consideraciones finales sobre la problemática de estudio.

En este sentido, me resulta pertinente que al llegar a este punto, se vuelva necesario hacer una reflexión respecto del inicio y el momento actual del proceso realizado. De entrada, al iniciar el proyecto de investigación, ir definiendo donde radicaba mi interés y hacia donde

quería llegar con la investigación, me di cuenta de que una de las constantes inquietudes sobre la problemática era precisamente que aquello que se decía, parecía seguir una línea homogénea de pensamiento; es decir, las primeras exploraciones de información sobre *el tema* daban pie para esbozar una idea más o menos similar para explicar la problemática.

Por supuesto, lo anterior apela a una línea dominante que ha permeado tanto en lo académico como en el terreno político y social para hablar sobre juventud y violencia, así como de violencia juvenil y, aunque no pretendo afirmar que estos tratamientos son equivocados, pues de alguna forma han constituido referentes que intentan entender estos fenómenos que acontecen en la realidad, pareciera ser que han sentado una especie de *tradicción*, una forma particular de mirar el entorno que, hasta cierto punto, ha vuelto rígido el tratamiento de la problemática.

A pesar de que de alguna forma esto pudo condicionar la línea de las reflexiones que más adelante se desarrollarían para esta investigación, no fue así cuestionar lo dominante o lo establecido casi nunca resulta una tarea sencilla, en el sentido de que requiere de un ejercicio constante reflexión de para hallar aquello que resulta demasiado obvio para ser aprehendido de forma diferente, como también por el simple hecho de que, mover nuestros márgenes de aprehensión más allá de las posturas dominantes, nos despoja de aquellas certezas que supone una cosmovisión ampliamente compartida y aceptada. Tal quehacer me permitió ampliar la mirada sobre la relación juventud-violencia.

Y es que una de las cuestiones que surgen de inmediato al reflexionar respecto de lo que pareciera una verdad absoluta, es que no hay cabida para nada más cuando en realidad eso no alcanza a retratar la problemática al momento de redimensionar la problemática desde condiciones diferenciadas. Esta suerte de *tradicción* que ha marcado líneas generales sobre cómo debemos entender, más que las categorías por separado —puesto que paradójicamente hay una amplia discusión académica de vertientes que apelan por miradas diversas para entenderlas— la relación juventud-violencia y la misma violencia juvenil, ha dado preferencia a marcos explicativos e interpretativos que hasta cierto punto, han supuesto al fenómeno como un conjunto de datos, información y relaciones causa-efecto, no como un proceso social.

Esto por un lado, ha supuesto que el modelo bajo el que se han desarrollado gran parte del tratamiento de la problemática, incorpora a la misma realidad que intenta conocer, es decir, se encasilla ese segmento de la realidad como si tuviera límites rígidos y bien establecidos que no escapan de lo ya planteado, cuando el proceso se ha movido de forma inversa; tal tendencia constituye sólo una forma de aprehender que ha surgido desde esa realidad que se intenta conocer.

Aunque lo anterior no resulta ser un hecho exclusivo de este objeto de estudio, pues en la historia de las Ciencias Sociales se ha tendido a estudiar los fenómenos y procesos sociales desde esa perspectiva que se desprende de las Ciencias Exactas y que suponen límites bien acotados y definidos, esta suerte de contemplar a los fenómenos de estudios como si funcionaran bajo la lógica causa-efecto y por ende, pudieran ser previsibles, también ha dado cabida a que los abordajes y la misma problemática, parecieran agotarse en sí mismos.

El vicio que ha creado la apreciación de juventud-violencia desde las perspectivas operacionales, ha sido justamente que tanto los abordajes como las líneas teóricas, metodológicas y conceptuales que intentan darle contenido, han creado la sensación de que casi todo de la problemática ha sido *dicho, descubierto* o estudiado. Los abordajes han respondido más a una sumatoria de elementos, que a un esfuerzo por tratar de entender cómo ambos conceptos multidimensionales se construyen e interactúan en nuestras sociedades en general y en realidades muy específicas donde se han convertido en un fenómeno social.

Si bien esto resulta una contrariedad, pues por separado juventud y violencia se han construido como conceptos con una lectura muy amplia y miradas diversas que vienen desde el siglo XIX en el seno de la sociología y la ciencia política; como una sola problemática, su desarrollo, interpretaciones y abordajes han caminado de forma más lenta, a pesar de que desde la segunda mitad del siglo XX se dieran los primeros tintes de esta relación, y en la década de los noventa surgiera con fuerza como una nueva problemática social generalizada de las sociedades tercermundista de América Latina, que urgía lo mismo al nivel de lo académico como al aspecto político, nociones e interpretaciones que propusieran no sólo un entendimiento, sino también soluciones para contenerla.

Aunque no pretendo decir que la problemática ha sido ignorada desde el terreno de la Academia, se ha dado una suerte de obiedad respecto de las causas, las consecuencias e

incluso el manejo mismo de las categorías que la componen; a esto habría que agregar otras observaciones, como que al perfilarse como una problemática *nueva* en nuestras sociedades, los enfoques preferentemente utilizados para hacer una aproximación, emanan de los ámbitos político, jurídico e institucional.

Tal tipo de apreciaciones han constituido un intento por tratar de entender que *es*; los inconvenientes derivan de que, a pesar de que la relación juventud-violencia ha sido un *tema* abordado desde diferentes ópticas en busca de abrir la problemática a miradas más incluyentes que consideren las diferentes realidades que tiene lugar en nuestra región, con la violencia juvenil no ha sucedido de esa forma; esta última se ha conceptualizado bajo al amparo de visiones cuyos límites de aprehensión y comprensión parecieran no dar cabida para interpretaciones más amplias.

En este sentido y desde una perspectiva general, los abordajes se parecieran escasos, en el sentido de que las aproximaciones sobre violencia juvenil, en su mayoría, siguen líneas y/o modelos en función de su operacionalidad. De esta forma, ha habido una tendencia dominante desde el ámbito institucional que ha permeado en lo académico, equiparando este tipo de violencia con la delincuencia juvenil, en tanto conceptualmente pueda ser aprehendida desde rangos más o menos identificables y por ende, delimitables; es decir, desde esta percepción, la idea de violencia ha quedado circunscrita a una forma de quebrantamiento de la ley, mientras que la característica juvenil ha sido sobre entendida a la idea del joven como individuo comprendido en un determinado rango de edad.

Esto no es fortuito, pues si bien la violencia juvenil aparece casi al mismo tiempo que la juventud en Occidente, este sesgo tan particular deriva de que la problemática es detectada décadas después y en contextos diferentes, donde sus primeras apariciones. Precisamente, en la década de los noventa en el contexto de América Latina y bajo un contexto de debilidad institucional, reacomodos políticos, desgastes en el tejido social y una nueva ola de apertura hacia la globalización y el neoliberalismo, la violencia juvenil se hizo presente como una problemática que rápidamente fue en aumento y para lo cual, lo inmediato, lo pragmático desde el ámbito político, fue *conocer* el problema para poder hacer algo al respecto.

De esta forma, el sesgo que toma a partir de esta coyuntura ha planteado la problemática desde modelos explicativos capaces de generar una abstracción en un dato numérico y

características mínimas elementales que definen, tanto al sujeto que la comete, como a la misma acción que lleva a cabo y que, en consecuencia, descontextualiza al fenómeno; esto, aunque excluyente y rígidamente acotado, se mantiene vigente en el sentido de que, hoy en día, dota de cierta dimensión a la problemática y provee de un margen para la formulación y aplicación de políticas públicas; no obstante, en el terreno de lo social, esta misma dimensión se ve continuamente rebasada en tanto dichas políticas y medidas desde lo gubernamental no han logrado contener el problema e incluso, en algunos lugares se ha convertido en un auténtico fenómeno de la juventud.

Cabe añadir otras consideraciones: a pesar de que el tratamiento desde la Academia no dista mucho de las apreciaciones y conceptualizaciones sobre violencia juvenil ya trabajadas desde otros ámbitos, en éste se ha destacado la importancia de vislumbrar los escenarios y las causas que la promueven; así, el eje de los abordajes y trabajos que intentan converger en una aprehensión más integral, ha partido de una contextualización que evoca a los procesos que en la actualidad estamos viviendo como sociedad y que inevitablemente, nos transforman; aunque esto resulta necesario para entender el escenario general donde surge este tipo de violencia, al mismo tiempo sigue obviando el tratamiento conceptual.

Precisamente, el manejo especializado sobre violencia juvenil aún no ha alcanzado ese punto de apertura, como con el caso de la relación juventud-violencia, donde se planteen aproximaciones desde diferentes enfoques; por ende los marcos teórico-metodológicos siguen retomando a las aprehensiones tradicionalistas y prácticas mientras que, a nivel conceptual ha resultado más sencillo encasillar la noción en definiciones que brindan certezas, frente a una discusión sobre los matices que adquiere la noción a la luz de los contextos y factores que le dan lugar.

A partir de lo anterior, no resulta abrupto decir que el reto que enfrenta la Academia, como las mismas Ciencia Sociales, es lograr una aprehensión más flexible que parta de un replanteamiento sobre la forma de *ver* y *comprender* lo que implica la violencia juvenil y la necesidad de aprehenderla como unidad, pues más allá de que las tendencias actuales en torno a la construcción del conocimiento como a los mismos aspectos políticos económicos y sociales de nuestra vida, antepongan la cuantificación y la apreciación estadística como medios preferenciales para *conocer* o *generar* conocimiento sobre los procesos sociales, hoy

en día nos enfrentamos a procesos complejos que requieren echar mano de reflexiones y análisis cualitativos más amplios e interdisciplinarios.

En este sentido, replantear la noción de violencia juvenil se vuelve una exigencia misma que surge del contexto actual, pues este fenómeno tiene implicaciones más complejas de lo que se puede apreciar desde la lectura de datos estadísticos, informes gubernamentales o a partir de la simple acción informativa de los medios de comunicación.

Precisamente, la problemática que tenemos enfrente es una juventud que en las últimas dos décadas, ha convivido con distintos tipos de la violencia en todos los entornos donde se aparece, en tanto la violencia se ha abierto camino prácticamente en todos los ámbitos donde la juventud se desenvuelve, vulnerándola pero al mismo tiempo y de forma contradictoria, haciéndola más proclive al uso de la misma.

Lo anterior no es accidental, pues ambas resultan ser parte de las manifestaciones y consecuencias que trajeron consigo los procesos a finales del siglo XX. Hace poco más de veinte años, la región apenas comenzaba un proceso de apertura económica, política, tecnológica, social y cultural que traía consigo aspiraciones sobre la modernidad, el progreso, el crecimiento y desarrollo económico; no obstante, la profunda reestructuración del entorno social donde las condiciones económicas, políticas y sociales fueron aún más hostiles que en la época de las guerrillas y la inestabilidad política de la región, esto puso a la juventud y los jóvenes frente a condiciones que los ubicaron como uno de los grupos sociales más vulnerables del tejido social, dada su condición intermedia y la falta de estructuras que hasta el día de hoy, los protejan y les permitan desarrollarse como sujeto participante y productivo de la sociedad.

De esta forma, la aparición de la violencia juvenil se fue construyendo como una de las formas más representativas en que la juventud iba respondiendo a las presiones sociales; no obstante, así como este tipo de violencia se había explicado como consecuencia de la puesta en marcha de un modelo económico poco favorecedor ante las condiciones reales de nuestras sociedades y sus estructuras económicas, en los últimos años también se ha apreciado un tipo de violencia desde la juventud cualitativamente diferenciada.

Lo que hoy en día se ha vuelto más notorio, es esa otra parte de la violencia entre la juventud que se estructura como expresión del estado de conformidad generada por las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales. Mientras que unas décadas atrás, la manifestación social de los jóvenes se estructuraba alrededor de lo subversivo y rebelde, del constante enfrentamiento, desafío y cuestionamiento al sistema político, como a la cultura parental, hoy en día la apreciación de lo violento en la juventud, viene de su constante laceración al tejido social.

De hecho, lo que más llama la atención es que la violencia se ha estructurado como un comportamiento social que se construye lejos de la demanda social, pero muy cerca del beneficio propio e individual. Así pues, en los márgenes del deterioro social, el cambio de las dinámicas sociales y familiares, como la idea de desarrollo y trascendencia social, ha dado cabida a que este tipo de violencia se muestre como algo ambiguo pero cruento, tanto en la ejecución de los actos como en el sentido de que pareciera no perseguir mayor causa que la satisfacción propia del individuo que la ejecuta.

Aunque a simple vista este tipo de violencia nos podría parecer similar a otros que tienen lugar en el entorno social y de la mano de otros actores, en el sentido de que mucho de lo que sabemos y percibimos sobre ésta empata y se desarrolla en los márgenes de la delincuencia y criminalidad, la forma en cómo se ha arraigado entre este grupo social nos está exigiendo hacer consideraciones sobre su construcción en el conjunto de la realidad como un todo.

Más allá de que nos hemos acostumbrado a percibir la violencia desde sus manifestaciones y formas físicas, en este nuevo panorama no es posible obviar su construcción como si sólo se tratara de un compendio de actos físicos que lesionan a otros individuos; las causas que la motivan o bien los fines que pretende alcanzar, también emergen como eje constructor de la misma, de ahí que la violencia juvenil se lea diferente si se le mira como mera consecuencia de las condiciones sociales a si se le aprecia como parte de las relaciones establecidas en sociedad.

Así, aunque en el imaginario político y social predomina esta visión tangible, cuantificable y con límites precisos de lo que *es*, ahora, en este contexto estamos siendo testigos de un tipo de violencia que se encuentra íntimamente relacionada con el cambio sociocultural que trajo consigo el cambio de dinámicas económicas y políticas a finales del siglo XX. El deterioro

de los principales núcleos de socialización, el desencanto político, la pasividad e indiferencia social frente a las condiciones marginales de vida, la transformación de los valores sociales tradicionales, el ritmo acelerado en el que transcurren las dinámicas y relaciones sociales, así como el valor social que se le ha dado al dinero y la anteposición del individuo y sus necesidades por sobre la familia o la sociedad, *grosso modo* constituyen parte de las consecuencias y los efectos que la globalización y el neoliberalismo han dejado a su paso sobre países subdesarrollados con una larga tradición de inestabilidad política y económica.

Así, aunque no es el único grupo social que ha experimentado cambios y manifestaciones respecto a su vida en sociedad, los jóvenes han adquirido protagonismo en los últimos años a partir de la manera como han hecho uso de la violencia, pues como una forma tergiversado de construir lazos sociales, en muchos casos han sobrepasado la intención de la defensa, la sobrevivencia o la obtención de recursos económicos, para dar cabida a un comportamiento que se ha ido arraigando como parte de las actividades cotidianas, una forma de identificarse, relacionarse e incluso de ocio entre la juventud actual.

Hay otras observaciones adicionales, como el hecho de que una de las particularidades de este tipo de violencia es que, en su mayoría, se ha desarrollado entre los jóvenes para los jóvenes; es decir, a pesar de que se ha planteado y la sociedad la ha percibido como un tipo de violencia encaminada a violentar el tejido social en general, tiene un impacto particular y diferenciado en la juventud que la construye y la recibe, no por nada las estadísticas sobre violencia juvenil sitúan a la mayoría de las víctimas y los victimarios en el mismo grupo social: la juventud.

Por otro lado, a pesar de ser una problemática compartida y generalizada en América Latina, su desarrollo se ha construido de manera diferenciada; es decir, en ciertos contextos la violencia juvenil es referida como una problemática que se presenta en casos aislados, principalmente por cuestiones de delincuencia y criminalidad; sin embargo, en otros se ha convertido en un auténtico fenómeno entre la juventud.

Esto por supuesto, alude tanto a las condiciones sociales inmediatas, como al pasado histórico que ha marcado los lazos sociales que se establecen, así como la misma construcción de la juventud, la violencia y su relación. Así, mientras en algunas latitudes los factores que han posibilitado la presencia de la problemática se relacionan con las condiciones económicas, el

deterioro del tejido social y la construcción de sus relaciones sociales, o bien la injerencia de otros actores como el crimen organizado, en casos más extremos se ha construido como una autentica tradición y forma de vida de la juventud.

Lo anterior es una observación muy particular para el caso de Centroamérica, pues este contexto constituye uno de los ejemplos paradigmáticos a gran escala en la región acerca de la forma como la relación juventud-violencia se fue construyendo, hasta llegar a la expresión acabada de la violencia juvenil aunque con rasgos propios. De entrada, el pasado histórico ha jugado un papel preponderante, así como la influencia de otros contextos geográficamente distantes de la región, y por otro lado, porque este tipo de violencia se ha personificado en la figura de la pandilla juvenil.

Si bien la figura de los colectivos juveniles no es nueva y tampoco ha perdido vigencia, en el sentido de que la juventud del presente aun recurre a la conformación de estos grupos como formas de asociación, identificación e incluso como ámbitos de aprendizaje, los colectivos en Centroamérica son un caso *sui generis*, en el sentido de que han surgido como referente de vida que no ha perdido vigencia social sino por el contrario, ha ganado fuerza entre las generaciones jóvenes que aspiran a formar parte de los mismos, al tiempo que ha resignificado el uso de la violencia e incluso el de la misma juventud.

En este contexto, pareciera que la juventud como proceso social ha quedado *detenido* desde el imaginario social y político una vez que es contenida y acaparada por las pandillas; asimismo, el tipo de violencia opera en diferentes sentidos, desde la práctica de lesionar e infundir miedo a la sociedad, hasta una forma de generar la identidad, la pertenencia y reforzar los lazos de hermandad y solidaridad entre los jóvenes que la practican con sus mismos u otros compañeros pandilleros.

En esencia, este referente de violencia juvenil se ha convertido en un actor social con dinámica propia, contrariamente al resto de los ejemplos que se han dado en la región e incluso en Occidente. Esto no sugiere que los otros casos sean menos urgentes o menos preocupantes, pues aunque no constituyen un problema de seguridad a diferentes niveles, como ha sucedido con las pandillas centroamericanas, también han demostrado vigencia, desde el hecho de que a casi tres décadas de que la juventud fuera percibida como tendente

a comportamientos violentos es una problemática que sigue repitiéndose y escalando, aunque preferentemente de forma individual.

Así pues, para el caso particular de las pandillas juveniles aunque se ha tratado de contener la problemática e incluso se han hecho esfuerzos por acabar con estos colectivos en la región, lo cierto es que más que llegar a un entendimiento del fenómeno que azota a la región, se ha buscado por a tratarlo como un asunto político de seguridad regional. Lo anterior no es del todo equivocado pues han alcanzado tanto poder, que actualmente vulneran la seguridad regional; no obstante, esta misma visión acotada que surge de las pandillas y los pandilleros desde los enfoques operacionales y estadísticos, han constituido el principal lastre que no permite apreciar la problemática en su conjunto, como tampoco brindar una solución que permita deconstruirlas como referente de vida.

En este mismo sentido, ha hecho falta que la Academia y los ámbitos especializados incurran en reflexiones que sobrepasen las apreciaciones tradicionales, pues si de forma individual la problemática de la violencia juvenil ha sido trabajada a pasos lentos, su construcción desde otros referentes como los colectivos, no sólo cargan los vicios de las posturas dominantes y los modelos rígidos, también las aproximaciones sobre estos colectivos se han ocupado más de describir a las pandillas, su funcionamiento y los tipos de violencia y actividades ilícitas que desarrollan, que profundizar en la relación establecida entre juventud y violencia a la luz de las pandillas, para darle cabida a la realidad que hoy en día se extiende a lo largo de Centroamérica.

A esto habría que sumar el hecho de que, para el caso específico de las pandillas en América Central, entender la relación juventud-violencia, como el fenómeno de la violencia juvenil, necesariamente remite a considerar en la ecuación a la pandilla, siendo que los marcos teórico-metodológicos que contemplan el análisis de dicha noción también son limitados, de hecho los que prevalecen para el análisis de este carácter, son los márgenes de aprehensión de la Escuela de Chicago y la sociología urbana.

Lo anterior representa una contradicción, si consideramos que el estudio de las formas de organización entre los jóvenes ha tenido un amplio desarrollo teórico que viene desde principios del siglo XX; sin embargo, la literatura especializada ha privilegiado *buscar* las causas que han posibilitado la presencia de colectivos juveniles en diferentes contextos

espacio-temporales de Occidente. Esto no sugiere que la violencia haya sido ignorada como un elemento presente dentro de las colectividades juveniles, tanto formales como informales; sin embargo, la violencia entre la juventud ha sido más propensa a ser abordada en el plano individual, lo que traduce a situarla en un plano secundario de apreciación y en muchos casos, caer en la obviedad de dichos comportamientos y su razón de ser y significado entre estas colectividades.

Para el caso de la presente investigación la cuestión de las pandillas, más en específico el caso de la Mara Salvatrucha, constituyó el pretexto que de inicio me llevó a preguntarme e insistir sobre la relación juventud-violencia y propiamente sobre la violencia juvenil; al llegar a este punto de la investigación, no puedo ignorar el hecho de que nos encontramos frente a un fenómeno emergente, en tanto este tipo de violencia se está construyendo como un proceso social complejo entre la juventud desde los márgenes de la resignificación de los lazos sociales y el cambio cultural de las últimas décadas del cual, tenemos sólo un conocimiento superficial, a pesar de los esfuerzos y la atención que se le ha prestado para intentar aprehenderlo.

Así pues, los matices, las expresiones y las formas que en la actualidad ha tomado, nos están demandando como sociedad y como la Academia, ser atendido desde parangones diferentes, más flexibles e incluyentes. Esto, por supuesto sugiere que debemos dejar de intentar *meter* un segmento de la realidad en modelos que ignoran su naturaleza dinámica y por otro lado, hay que dejar de mirar lo teórico y lo práctico como dos ámbitos separados que no pueden echar mano uno de otro para construir y entender la realidad social y humana.

En los tiempos actuales, con frecuencia solemos ver que las decisiones sobre nuestro desarrollo y la resolución de problemas en el ámbito social proceden de la esfera política o económica, como si los abordajes especializados y la misma teoría no constituyeran un respaldo para entender y tratar de interpretar los hechos que tienen lugar en el tejido social; por supuesto, hay que reconocer que la teoría tiene limitaciones, en el sentido de que no es posible dar una explicación definitiva a un fenómeno, y mucho menos es posible reducir su multidimensionalidad a un marco teórico; no obstante, echar mano de la teoría también permite una cierta caracterización para considerar otras explicaciones como posibles respuestas.

A pesar de que lo anterior supone grandes retos y limitantes que se deben resolver, tanto en lo social como en el terreno de las ciencias sociales para entrar al estudio de esta problemática, también representan puntos de arranque para vislumbrar nuevos horizontes en la generación de conocimiento. Estos aspectos rígidos y poco explorados son los mismos que nos llevan a cuestionarnos sobre la pertinencia de tales aproximaciones, a generarnos preguntas sobre si hay otras formas o aspectos que se puedan leer entre líneas, en espera de ser *descubiertas*, a fin de romper con aquello postulado como una verdad única e inamovible.

Precisamente, cuando inicié con el proceso de investigación, recuerdo haber tenido una constante inquietud sobre aquello que se decía sobre la problemática, pues a pesar de que gran parte de la literatura especializada seguía la misma línea, al mismo tiempo esa visión compartida me empujaba hacia otras direcciones que necesariamente, implicaban cuestionar y escarbar en aquello que pareciera más o menos homogéneo y sin muchas bifurcaciones diferenciadas.

Desde el caso particular de Centroamérica, y particularmente desde nuestra disciplina de las RRII, la cuestión de las pandillas en muchos sentidos se ha entendido como un *tema* ya gastado, puesto que su momento de auge fue en la década anterior; las preocupaciones se han centrado en otros actores como el crimen organizado y su tratamiento únicamente ha mirado en dirección a los enfoques que parecen pertinentes para *nuestro* objeto de estudio. Sin embargo, en este estrecho margen de aprehensión es donde ha tenido sentido generar preguntas y reflexionar acerca de lo que creemos que *no nos puede decir nada más* y ha sido, en esencia, de donde partieron los cuestionamientos que me han acompañado hasta el final de la investigación.

Por supuesto, esta investigación sólo es un ejercicio de aproximación; sin embargo, me doy cuenta de que ha tomado un rumbo cualitativamente diferente de haberlo hecho únicamente en función de reproducir lo ya dicho o escrito hasta el momento sobre el *tema*; de entrada porque más que trabajar con un tema de actualidad, el interés surgió propiamente de una problemática social que fue abordada a partir de líneas de investigación que me permitieran darle ese tratamiento flexible e incluyente que requería para generar *algo diferente*.

Asimismo, el simple hecho de plantearse un tratamiento diferente, también requirió replantear mi perspectiva como sujeto participante de la realidad, pues más allá de que los

preceptos de la ciencia apelen el estudio de las problemáticas desde una postura meramente objetiva, es decir, donde el investigador sea únicamente un observador silencioso y pasivo, lo cierto es que en el caso de los fenómenos sociales, esto se vuelve una tarea imposible de llevar a cabo en el sentido de que como individuos, pertenecemos al cuerpo social y los hechos ocurridos en este ámbito nos afectan. Esto no quiere decir que lo esbozado hasta el momento carezca de objetividad; sino más bien, la línea y el enfoque bajo el que se ha concebido esta investigación, responde a esa forma particular de ver y entender mi realidad inmediata.

Por supuesto, así como defiendo el hecho de que el investigador se involucra con el objeto de estudio a fin de definir las líneas de interés, las perspectivas de abordaje, proponer alternativas y soluciones y, por qué no, compartir las preocupaciones de su entorno como propias y no como algo ajeno mientras no tenga un efecto directo sobre él, también defiendo que lo planteado no es susceptible de ser cuestionado y anulado pues, así como he revisado con una perspectiva crítica el hecho de querer generar conocimiento estático para una realidad tan dinámica, no puedo perder de vista que esta investigación no comprende una verdad acabada e irrefutable acerca de la problemática de mi interés.

De esta forma y desde mi perspectiva, responder a las necesidades que tenemos frente al contexto actual de nuestras sociedades, nos obliga a repensarnos y a reformular las interpretaciones de la realidad, justo en este marco de la reflexión constante, no sólo como ejercicio fundamental del quehacer científico sino también, como parte de la conciencia individual y colectiva que nos permita tener una incidencia en lo social, en nuestra realidad y nos dé pauta para transfórmala en miras de algo mejor.

Fuentes de consulta

- Alvear Galindo, Virginia, *La Educación Popular en Morazán, El Salvador, durante la guerra civil de 1981 a 1992: ¿parte de una estrategia de supervivencia?*, tesis doctoral, Berlín, Departamento de Ciencia Educativa y Psicología, Freien Universität Berlin, 2002. Disponible en: http://www.diss.fu-berlin.de/diss/servlets/MCRFileNodeServlet/FUDISS_derivate_000000000560/05_kap3.pdf?hosts= [Consultado el 20 de enero de 2015]
- Arana, Ana, “Como las pandillas invadieron América Central”, *Foreign affairs en español*, vol. 5, núm. 3, México, Instituto Tecnológico Autónomo de México, 2004, pp. 118-119.
- Arce Cortés, Tania, “Subcultura, contracultura, tribus urbanas y culturas juveniles: ¿homogenización o diferenciación?”, *Revista Argentina de Sociología*, p. 260. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26911765013> [Consultado en 15 de enero de 2016].
- Arteaga Botello, Nelson, “El espacio de la violencia: un modelo de interpretación social”, en *Sociológica*, año 18, núm. 52, México, UAM, 2003, p. 119-145.
- Banco Mundial, *Crimen y violencia en Centroamérica. Un desafío para el desarrollo*, BM, 2011, p. 1, Disponible en: http://siteresources.worldbank.org/INTLAC/Resources/FINAL_VOLUME_I_SPANISH_CrimeAndViolence.pdf [Consultado el 11 de septiembre de 2013].
- Blair Trujillo, Elsa. “Aproximación teórica al concepto de violencia”, *Política y Cultura*, núm. 32, México, UAM-X, 2009, pp. 9-33.
- Briseño-León, Roberto, “La nueva violencia urbana en América Latina”, *Sociologías*, año 4, núm. 8, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, 2002, pp. 34-51.

- Brito Lemus, Roberto, “Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud”, *Última Década*, núm. 9, Valparaíso, Centro de Estudios Sociales, 1998, p. 3.
- Castillo Berthier, Héctor, “De las bandas a las tribus urbanas. De la ransgresión a la nueva identidad social”, *Desacatos*, núm. 9, México, CIESAS, 2002, pp. 57-71.
- , “Pandillas, jóvenes y violencia”, *Revista Desacatos*, núm. 14, México, CIESAS, 2004, p. 20.
- Castillo, Analisa; Lucero, Miriam y Gasquez, María, “Aproximaciones al discurso de juventud como construcción socio histórico-cultural”, *Última Década*, núm. 33, Valparaíso, CIDPAD, 2010, pp. 43-58.
- Cruz, José Miguel, “Los factores posibilitadores y las expresiones de la violencia en los noventa”, en *ECA*, núm. 588, San Salvador, UCA “José Simeón Cañas”, 1997. Disponible en: <http://www.uca.edu.sv/publica/eca/588art4.html> [Consultado el 24 de septiembre de 2014].
- , “Pandillas y capital social”, *ECA*, vol. 56, núm. 637-638, San Salvador, UCA “José Simeón Cañas”, 2001, pp. 1099-1118.
- ; González, Luis Armando; Romero, Luis Ernesto y Sisti, Elvio, “De la guerra al delito: evolución de la violencia en El Salvador”, en Landoño, Luan Luis; Garavita, Alejandro y Guerrero, Rodrigo (eds.), *Asalto al desarrollo. Violencia en América Latina*, Washington, D.C., Red de centros de investigación/BID, 2000, pp. 173-204.
- , “Violencia y democratización en Centroamérica: el impacto del crimen en la legitimidad de los regímenes de posguerra”, *América Latina Hoy*, núm. 35, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, pp. 19-54.
- Cueva Perus, Marcos. *La juventud como categoría de análisis sociológico*, México, Cuadernos de investigación–IIS-UNAM, 2005, 157 pp.

Dávila León, Oscar. “Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes”, *Última Década*, vol. 12, núm. 21, Santiago de Chile, Centro de Estudios Sociales, 2004. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=s0718-22362004000200004&script=sci_arttext, [Consultado el 15 de marzo de 2014].

De la Peña, Gabriela, “Simmel y la Escuela de Chicago en torno a los espacios público en la ciudad”, *Sincronía*, Barcelona, ITESM, Universidad de Barcelona, 2003, Disponible en: http://sincronia.cucsh.udg.mx/pena03.htm#_ftn6 [Consultado el 15 de enero de 2016]

Díaz Barrado, Cástor Miguel; Romero Serrano, José y Moran Blanco, Sagrario, *Los conflictos armados en Centroamérica*, Serie Conflictos Internacionales Contemporáneos 13, España, Ministerio de Defensa, 126 pp.

ERIC/IDESO/IDIES/IUDOP, *Maras y pandillas en Centroamérica. Volumen I*. Managua, UCA Publicaciones, 2001, 445 pp.

García Martínez, Jesús, “La conciencia del otro: agresores y victimas desde una perspectiva constructivista”, *Apuntes de psicología*, vol. 28, núm. 2, Andalucía, COP/Universidad de Andalucía, 2008, p. 3.

Garriga Zucal, José y Noel, Gabriel, “Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso”, en *Publicar*, año VIII, núm. IX, 2010, p. 3.

González, Luis Armando, “El Salvador en la posguerra: de la violencia armada a la violencia social”, *ECA*, San Salvador, UCA “José Simeón Cañas”. Disponible en: <http://www.uca.edu.sv/revistarealidad/archivo/4df290c24f9a6elsalvador.pdf>, [Consultado el 18 de septiembre de 2014].

Guzmán B, Álvaro, “Sociología y violencia”, *Documento de Trabajo no. 07*, Colombia, CDS-Universidad del Valle, 1990.

Huhn, Sebastian y Oettler, Anika, “La telaraña de los discursos sobre violencia en Centroamérica”, *Iberoamericana*, núm. 19, Instituto Ibero-Americano de

- Berlín/Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo/Editorial Iberoamericana/Vervuert, 2005, pp. 188-189.
- IDHUCA-UCA, “Indicadores actuales de la violencia”, *ECA*, vol. 48, núm. 536, San Salvador, UCA “José Simeón Cañas”, 1993, pp. 594-598.
- Jimeno, Miryam, “Cultura y violencia”, *Biblioteca Virtual de Desarrollo Sostenible y Salud Ambiental*, p. 17. Disponible en: <http://www.bvsde.paho.org/sde/ops-sde/bvsde.shtml>, [Consultado el 22 de abril de 2014].
- Levine, Elaine (ed.) *La migración y los latinos en Estados Unidos: visiones y conexiones*, 1 ed., México, CISAN-UNAM, 2008, 445 pp.
- Liebel, Manfre, “Pandillas juveniles en Centroamérica o la difícil búsqueda de justicia en una sociedad violenta”, *Desacatos*, núm. 14, México, CIESAS, 2004. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-92742004000100005&lng=es&nrm=iso [Consultado el 15 de abril de 2015].
- Lozano Urbieto, María Iciar, “Nociones de juventud”, *Última Década*, núm.18, CIDPA, Viña del Mar, 2003, p. 14.
- Lungo, Mario, “La delincuencia en San Salvador después de la guerra: causas y planes para su control”, *Alternativas para el desarrollo*, núms. 15-16, El Salvador, FUNDE, pp. 11-16. Disponible en: <http://www.repo.funde.org/117/1/APD-15-16-II.pdf> [Consultado el 15 de febrero de 2015].
- Margulis, Mario y Urresti, Mariano, “La juventud es más que una palabra” en Ariovich, Laura y Margulis Mario, *et. al.* (eds.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, 3 ed., Buenos Aires, Biblos, 2008, 231 pp.
- Marroquín Parducci, Amparo María, “Indiferencias y espantos. Relatos de jóvenes y pandillas en la prensa escrita de Guatemala, El Salvador y Honduras”, en Rey, Germán (coord.) *Los relatos periodísticos del crimen. Cómo se cuenta el delito en la prensa escrita latinoamericana*, Bogotá, CCCAL, 2007, pp. 215.

- Martel Trigueros, Roxana, “Las maras salvadoreñas: nuevas formas de espanto y control social”, en Valenzuela Arce, José Manuel, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, 1er. Ed., México, UAM-I, El Colegio de la Frontera Norte y Casa Juan Pablos, 2007, p. 83-125.
- Martin Criado, Enrique, *Producir la juventud: critica de la sociología de la juventud*, México, Istmo, 1998, p. 28.
- Monroy García, Juan, “La teología de la liberación y su participación en la política en Nicaragua”, *Dialéctica*, año 33, núm. 42, Toluca, UAEM, pp. 23-43. Disponible en http://www.revistadialectica.org/42/archivos/42_teologia_liberacion.pdf [Consultado el 30 de enero de 2015].
- Moreno, Hugo César, “Bourdieu, Foucault y el poder”, *Voces y contextos*, vol. I, núm. II, México, Universidad Iberoamericana, 2006, p. 3.
- Morin, Edgar, “Sobre la interdisciplinariedad”, en el curso internacional sobre “La complejidad y la transdisciplina”, Medellín, Dirección de Investigación-U.P.B., Unesco, Colciencias, CNRS, Embajada Francesa y Unisalle, del 24 al 28 de febrero, pp. 9-15.
- Moro, Javier (ed.), *Juventudes, violencia y exclusión: desafío de políticas públicas*, Guatemala, INDES/INAP/RMAE/BID, 2006, pp. 299.
- Najar, Alberto, “La vida en territorio mara”, *La Jornada*, suplemento Masiosare, núm. 324, México, 2004. Disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2004/03/07/mas-cara.html>. [Consultado el 20 de septiembre de 2014].
- OMS y OPS, *Informe mundial sobre la violencia y la salud. Resumen*. Washington, D.C., 2002, pp. 15-16. Disponible en: http://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/es/summary_es.pdf [Consultado el 27 de abril de 2014].

Organización de las Naciones Unidas, *Temas mundiales. Juventud*. ONU. Disponible en: <http://www.un.org/es/globalissues/youth/> [Consultado el 21 de septiembre de 2013].

Organización Panamericana de la Salud, Ministerio Federal de Cooperación Económica. *Políticas públicas y marcos legales para la prevención de la violencia relacionada con adolescentes y jóvenes. Estado del arte en América Latina 1995-2004*, Washington D. C., OPS, 2006.

Padilla Arias, Alberto, “Reflexiones en torno a una psico-sociología de la violencia, cultura y educación”, *Versión. Nueva Época*, núm. 8, 2011, p. 3. Disponible en la Web: http://148.206.107.15/biblioteca_digital/articulos/7-577-8271tjo.pdf [Consultado el 22 de abril de 2014].

Park, Robert Ezra, “El hábitat del gang”, en Park, Robert Ezra, *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, estudio preliminar y traducción de Emilio Martínez, 1er. Ed., Barcelona, Ediciones del Serbal, 1999, p. 109. Disponible en: <http://www.antropologiaurbana.cl/wp-content/uploads/2014/08/Park-La-Ciudad.pdf> [Consultado: 15 de enero de 2016]

Perea Restrepo, Carlos Mario, “Pandillas y sociedad contemporánea”, en Valenzuela Arce, José Manuel, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, 1er. Ed., México, UAM-I, El Colegio de la Frontera Norte y Casa Juan Pablos, 2007, 276 pp.

Pérez Islas, José Antonio; Valdez González, Mónica y Suárez Zozaya, María Herlinda (coords.) *Teorías sobre la juventud. La mirada de los clásicos*, México, Porrúa, 2008, pp. 345.

Pérez López, Jorge A., “La explicación sociológica de la criminalidad”, *Derecho y Cambio Social*, Lima, 2011, pp. 12-13.

Recasens Salo, Andrés, “Aproximaciones antropológicas al fenómeno de la violencia”, *Revista de Antropología*, núm. 18, Santiago de Chile, FCS-Universidad de Chile, 2005-2006, p. 32.

Reguillo Cruz, Rossana, “Emergencia de culturas juveniles, estrategias del desencanto”, *Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2000, p. 6.

-----, “La mara: contingencia y afiliación con el exceso (re-pensando los límites)”, en Valenzuela Arce, José Manuel, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, 1er. Ed., México, UAM-I, El Colegio de la Frontera Norte y Casa Juan Pablos, 2007, pp. 307-322.

Revilla Castro, “La obra discursiva de la juventud: de lo general a lo particular“, *Papers. Revista de Sociología*, vol.63, Universidad Autónoma de Barcelona/ReDi, 2001.

Sanmartín, José, “¿Qué es esa cosa llamada violencia?”, *Boletín diario del campo*, suplemento, 2006, 11 pp.

-----, “¿Qué es violencia? Una aproximación al concepto y a la clasificación de la violencia”, *Daimon. Revista de Filosofía*, núm. 42, Murcia, Universidad de Murcia, 2007, pp. 9-21.

Santacruz Giralt, María L., Concha Eastman, Alberto, *Barrio adentro: la solidaridad violenta de las pandillas*, San Salvador, IUDOP-UCA, 2001, 185 pp.

Smutt, Marcela y Miranda, Jennny Lissette E. *El fenómeno de las pandillas en El Salvador*, San Salvador, Flacso/UNICEF, 1998, pp. 235.

Urraco Solanilla, Mariano, “Sociología de la juventud revisitada, de discursos, estudios e ‘historias’, sobre los ‘jóvenes’”, *Intersticios, Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, vol. 1, núm. 2, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2007, pp. 105-126.

Valenzuela Arce, José Manuel, “Introducción. Cien años de choledad” en Valenzuela Arce, José Manuel, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, 1er. Ed., México, UAM-I, El Colegio de la Frontera Norte y Casa Juan Pablos, 2007, p. 15.

-----, Domínguez Nateras, Alfredo y Reguillo Cruz, Rossana, *Las Maras. Identidades juveniles al límite*, 1er. Ed., México, UAM-I, El Colegio de la Frontera Norte y Casa Juan Pablos, 2007, p. 382.

Vargas, Carlos Germán Juliao, “Culturas juveniles y tribus urbanas: ¿homogeneización o diferenciación?”, *Praxis Pedagógica*, núm. 13, Bogotá, FE-UNIMINUTO, 2012, pp. 144-164.

Material visual

García, Gael; Luna, Diego (productores) y Fukunaga, Cary Joji (director), *Sin Nombre*, [cinta cinematográfica], México, Estados Unidos, 2009.